

A romantic couple embracing on a beach at night. The man is wearing a red and white plaid shirt and a grey scarf, and the woman is wearing a grey jacket. They are both smiling and looking at each other. The background features a dark sky with colorful fireworks exploding, and the ocean waves are visible in the foreground.

Tu
REGALO
Soy yo

JENNY DEL

Tu
REGALO
Soy yo

Primera edición.

Tu regalo soy yo

©Jenny Del.

©Noviembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Llevaba tan solo un mes trabajando en aquel hotel y una cosa tenía clara; en el pasado debí ser dominicano, porque fue llegar a él y sentir que yo pertenecía a aquel lugar, desde siempre.

Por razones que no me apetece reproducir, al ser demasiado dolorosas, en España apenas me quedaba un reducido puñado de parientes, ninguno de ellos demasiado cercanos, por lo que podría decirse que carecía de raíces y que, por tanto, no sabía dónde “poner el huevo”.

Un buen día, mi amigo Borja, que ya intuiréis que con ese nombre era más pijo que hecho de encargo, me habló de la posibilidad de irnos a trabajar a un hotel a República Dominicana.

Bueno, creo que ante todo no estaría mal que me presentase. Me llamo Aitor y en ese momento contaba con veinticinco años, sin rima, por favor. Borja y yo no hacía demasiado que acabamos la carrera de Turismo y, aunque a él le iba mejor porque entró a trabajar en una empresa del sector con su padre, le apeteecía cambiar de aires y salir de debajo del ala paterna.

En cuanto a mí, que compatibilizaba el trabajo que me iba saliendo por aquí y por allá con mi pasión, la de ser escritor de novela romántica, la suya me pareció, en principio, una idea un tanto extravagante.

No obstante, con el paso de los días, me lo comencé a plantear como una posibilidad real y vine a decirme más o menos eso de “¿quién dijo miedo?”.

—¿Tú lo ves viable? —le pregunté, así como una semana después.

—¿Tú crees que si no lo viera me metería en semejante movida? Ya te he dicho que mi padre tiene amistad con Christopher, el director del hotel al que iríamos.

—Se me olvidaba que siempre has sido un enchufado y que siempre lo serás, jodido.

—Y a mí se me olvidaba que tú eres un cagado, Aitorcito.

—Mira, guaperas de playa, a mí no me toques la moral que a día de hoy no ha nacido quien me dé miedo.

—Eso está bien, porque también se viene con nosotros Samuel—me anunció.

—¿Samuel? No puedes estar hablando en serio, qué te gusta quedarte conmigo.

—Sí, sí, me encanta, pero aparte Samuel se viene con nosotros.

—¿No es una trola? Venga ya, sabes que no es mal tío pero que tiene...

—Una fijación contigo, ¿y? ¿Qué temes? El chaval no puede evitar haberse enamorado, Aitor, reconoce que estás en racha y has atraído también a Samuel.

—Vaya, hombre, qué suerte la mía. Pero solo me iré con vosotros si me prometes que te harás cargo de él.

—Claro, hombre, ¿quieres que le ponga también un bozal? Y a ver si luego vamos a comprarle la correa, del color que el señor Aitor quiera, no sea que haya mosqueo.

Así comenzó nuestra aventura dominicana, con la Navidad a la vuelta de la esquina. Una aventura que no abordaríamos los tres solos, no, porque Borja tenía un corazón muy pijo, sí, pero que no le cabía en el pecho y se llevó también a Mercedes, una amiga nuestra, súper buena gente, pero pava como ella sola y a su antítesis, Elizabeth.

Elizabeth, al contrario que Mercedes, era un torbellino que se jactaba de serlo, divertida al máximo y con la que no nos faltaría diversión. Además, bailaba salsa que era una locura y, desde el mismo momento en el que supo que nos marchábamos, no dejó de enviarnos vídeos con “tutoriales” grabados por ella para que nos fuéramos poniendo al día.

—Para que no os tomen por tres pavisosos y tengáis la oportunidad de ligar también—nos solía decir en la confianza de que ella lo haría tan pronto como aterrizara.

Un mes, un solo mes y nuestras previsiones se habían cumplido y mejorado.

—Aitor, un cóctel de esos azul y rosa como el que me pusiste anoche—me pidió Sebas, un español que llevaba allí un par de días y con el que ya me había hartado de hablar la noche anterior.

—Un momento, un momento, ¿azul y rosa dices? Métele algún color más y será un unicornio con el cuerno de colores, ¿no te habrás equivocado?

—Qué va, si me lo pusiste así anoche, tío.

—¿A qué hora? Porque después de la tercera copa, todos los gatos son pardos.

—Chato, ¿eso fue antes o después de que me pegaras a mí el repaso? Porque lo mismo es que después de eso ya viste la vida en colores—Le guiñó el ojo Elizabeth a Sebas.

—Tía, tú no vas a dejar títere con cabeza—le dije negando porque no había un tío que estuviera bien con el que ella no acabase en el catre.

—Espera, espera, ¿y me lo estás diciendo tú? Porque bien que nos vendiste que antes eras un tanto tímido y tal, pero eso debió ser en otra vida, no vea si te has desmelenado.

—No te voy a negar que Punta Cana me ha sentado muy bien, guapa, tienes razón—Le di una palmada en el culo porque teníamos mucha confianza y al final es lo que pasa.

—Oye, estoy pensando que, dado que tú y yo hemos catado a la mitad del personal que transita por aquí, podrías pasarte esta noche por mi habitación para intercambiar impresiones—me propuso.

No era la primera vez que la química saltaba entre nosotros, lo que ocurre es que hasta ese momento ninguno de los dos se lo había propuesto abiertamente al otro.

—Pues no te digo yo que no, luego tratamos de hacer el cambio.

—No, si aquí el único que no echa un polvo es Samuel, que ese pobre está gafado—Habló de él mismo en tercera persona y vimos que estaba pelusón.

—Pero esta noche te mandamos a Merceditas para que te dé cháchara—le propuse.

—¿A Merceditas? Esa mosquita muerta me pone de los nervios y lo sabes.

—No seas malo, que ella es muy buena gente, solo que le falta...

—Un hervor, eso es lo que le falta a la pan sin sal esa, y me pone de los nervios, ¿por qué no te quedas tú a darme palique, Aitor?

—Porque eso no es lo que tú quieres que te dé y lo sabes. No me hagas hablar.

—Ay, niño, si supieras lo que te estás perdiendo, yo podría llevarte a universos que ni imaginas.

—Mira, Samuel, algo sí que me imagino, ¿por qué no vas a tirarle fichas a Rafael? Yo creo que con él tendrías más posibilidades, pero que muchas más.

Rafael era otro compañero nuestro, gay, dominicano, musculado, con una parla increíble y una marcha en el cuerpo de no te menees. Él era animador y bailaba de locura, por lo que era habitual el pillar a Samuel mirándolo embobado.

—Claro, montones de posibilidades tendré con él, ¿no ves que el tío no tiene con quién ligar? Dios mío, si se lo tirarían todas las mujeres de la sala y la mayoría de los maromos también.

—Para el carro, Samuel, que yo no me lo tiraría—le comenté.

—Pero eso es porque tú has llegado a esta isla con prejuicios, niño, solo por eso.

—¿Yo con prejuicios? Venga ya.

—Pues eso, que se te debe abrir la mente ya.

—Como si fuera la mente lo que tú aspiras a abrimme. Mira, te mando luego a Merceditas y no se hable más.

—¿Qué le pasa a Merceditas? —Llegó ella de servir mesas con cara de pocos amigos.

—Que esta noche duermes con los chicos—le ordenó Elizabeth.

—¿Y eso por qué?

—Porque Aitor y yo tenemos jarana. Es eso o te unes, tú eliges—Ya sabía la bocachancla de Elizabeth que con ese comentario la estaba escandalizando.

—¿Unirme? Sois unos guarros, es que sois todos unos guarros.

La teníamos frita, a qué negarlo. La pobre tenía muy poquito ánimo, pese a ser una chica guapísima que llamaba la atención; pelirroja, alta, con unos ojos claros de esos que parecen dos faros...

—¿Qué te ha pasado ahora, corazón? —resopló Samuel, sabiéndola apurada.

—Aquel grupo, ¿lo ves? Pues que los tíos esos se han pensado que todo el monte es orégano y uno de ellos me ha dado un pellizco en el culo.

—¿Y? Aitor acaba de darme una palmada en el mío y yo estoy encantada.

—Elizabeth, no compares—le dije porque tenía cosas de bombero retirado.

—¿Y eso por qué? A mí me has puesto *tó* perra, te lo advierto desde ya.

—Pues a mí me han puesto de un humor de perros, que es parecido, pero no igual. Yo voy a decir que me metan en oficinas y ya, paso de estar aquí con todos estos, que van más salidos que el pico de una plancha. Ay, ya me está dando el mareo...

—Niña, ni se te ocurra darnos un susto, ¿eh?

Mercedes tenía esa peculiaridad, que cuando estaba demasiado agobiada, no podía respirar y terminaba en el suelo.

—¡Ayuda! —pedí y en esas que llegaba Borja.

—Merceditas, ¿otra vez llamando la atención? Mira que me vas a obligar a hacerte el boca y boca y lo mismo lo graba alguien y se hace viral.

—¿Qué dices? Quitá, quitá, que ya estoy mejor.

—Oye, tío, tú sí que la entiendes—le dije a Borja.

—Es que, ahí donde la ves, la tengo en el bote.

—¿Sí? Pero si no me había dado cuenta, mira es que yo creo que veo a Merceditas como un ser asexual, como los ángeles, vaya.

—Chaval, todavía te falta recorrido, la tengo comiendo en la palma de mi mano, pero la estoy dejando a su aire porque a mí me gusta otra.

—Joder, pues ni cuenta me había dado, claro que con el ritmo que llevamos tampoco es para percatarse de nada.

—Sobre todo tú, que no paras de triunfar. Esta noche, ¿cuál?

—Esta noche Elizabeth, se me acaba de poner a tiro.

—Venga ya, pero si yo lo he intentado un par de veces y no me ha seguido el rollo.

—Pues a mí me ha bastado con darle una palmadita en el trasero, guaperas, lo mismo tus métodos no son tan efectivos como tú crees.

—Ay, yo moriría por darle una palmada en el trasero a Rafael—suspiró Samuel mientras lo veía bailar.

—Pues olvídate, que me han dicho que está liado con Christopher—le comentó Merceditas.

—¿Qué dices, niña? A ti te dan los mareos esos y ya estás inventando, ¿cómo va a ser eso?

—¿Y por qué no? Christopher está que cruje—intervino Elizabeth.

—A lo mejor prefieres irte con él—le sugerí.

—Aitor, no te pongas celoso que sería ya lo que me faltase por ver, hay que reconocer que el tío está buenísimo.

—Sí, tiene cuarenta y cinco tacos, pero a mí me parece un galán de esos del tipo de George Clooney—suspiró Merceditas.

—Un viejo, es un viejo, ¿cómo va a estar con Rafael? —Samuel no daba crédito, estaba indignado.

—¡Que no es ningún viejo! —le aclararon las dos chicas a la vez, porque Christopher seguía teniendo una planta impresionante.

—Que me dejéis, que me estáis agobiando, eso te lo has inventado tú para hacerme sufrir, mosquita muerta—le soltó a Merceditas.

—¿Cómo me has llamado? Mira, tú, no te vayas a creer que no sé defenderme porque todavía te canto las cuarenta y de lo que te entra te...

—Perdona, si es que tienes razón, el problema es que no me entra nada—Se echó las manos a la cabeza y yo también.

—Mira que emprenderla con Merceditas, tío, ya te vale...

—Si es que la abstinencia es muy mala, Aitor. Tú no lo sabes porque estás que te sales, pero que te digo que, de esta, palmo.

—Ya será menos, Samuel, ya será menos.

—¿Y tú no podrías hacerme un favor, aunque fuera solo uno chiquitito? Una cosita rápida, lo que viene siendo de toda la vida de Dios, un alivio...

—Samuel, estoy intentando tener paciencia, pero no sé cuánto me durará. Mira, aquí viene Borja, pídeselo a él.

—¿Qué me tiene que pedir? —Borja era el único de nosotros que no ponía copas porque él se encargaba de dar clases de surf durante el día, mientras que el resto lo mismo las poníamos en cualquiera de los locales nocturnos que en el chiringuito de la piscina durante el día.

—Un favor chiquitito, que estoy muy falto.

—Tío, ¿me quieres dejar en paz? Búscate la vida, pues anda que no hay tíos buenos aquí por metro cuadrado. Y, además, la costumbre es que le tires los trastos a Aitor, ¿a qué viene ahora esto?

—Gracias por la parte que me toca, con colegas así no me hacen falta enemigos—le dije mientras miraba a un monumento de orondas caderas que avanzaba hacia mí.

Capítulo 2



Para caderas también las de Elizabeth. Yo ya me había fijado en ellas muchas veces, pero no es lo mismo ver algo que tenerlo entre tus manos, como yo lo tenía en ese momento.

—Qué caderas, qué caderas tienes...

—Si es que a veces uno no se fija en lo que tiene al lado, atontado, que eres un atontado.

—¿Y quién te dice a ti que yo no me había fijado?

—Pues razón no te falta, pero como no te lanzabas... Aunque también es verdad que ni tiempo te ha dado, vas a una por noche.

—Como que tú te las pasas rezando el rosario, venga ya...

Estábamos desmadrados, lo cierto era que lo estábamos. Al menos nosotros dos y Borja, a quien tampoco le falaba compañía. Lo de los otros dos era harina de otro costal...

Terminamos de quitarnos la ropa y comenzamos a comernos la boca como si no hubiera un mañana. Elizabeth era pura fogosidad y yo me había imaginado más de una vez que estar con ella debía ser poco menos que explosivo.

—Alucinante, es que es alucinante.

—Mi buen dinero que me costaron, no te vayas a creer que estas cayeron del cielo...

Le miraba aquel par de buenas razones que tenía en la delantera y resoplaba.

—Pues qué trabajo más bien hecho...

Comencé a lamerla mientras ella, completamente desnuda ya, cabalgaba sobre mi muslo, al que amenazaba con derretir.

Sus jadeos no se hicieron esperar. Tan pronto yo saqué a pasear mi lengua y su sexo se acopló en ese muslo que nadie había rozado así hasta la fecha, jadeó incesantemente, con tal intensidad que temí que nos llamaran la atención.

—Eres una escandalosilla—Le puse mi mano en la boca y ella comenzó a mordisquearla.

—Si no me dejas chillar, tendré que morderte más fuerte.

—Si sigues chillando, conseguirás que nos pongan de patitas en la calle a los dos. Además, estos están en la habitación contigua.

—¿Y?

—Que mañana tendremos cachondeo y del bueno como sigamos siendo tan ruidosos.

—Pues que escuchen y que aprendan...

No tenía remedio, Elizabeth era una fierecilla indomable, capaz de enamorar al más pintado con sus innumerables encantos. Eso sí, pero no a mí, quien la veía como una diversión nocturna más. Tampoco es que ella estuviera tratando precisamente de enamorarme, por otra parte. Espero que no haya sonado pretencioso, pues entre nosotros no había nada más que unas inmensas ganas de echar un polvo, o dos o tres... los que se terciaran.

—Eres mala, eres malilla y lo sabes...

—¿Y? Sí lo soy y me encanta. De hecho, te voy a hacer una cosilla que también te va...

Sin tiempo para reaccionar por mi parte, Elizabeth bajó y le dio un repaso lingual a mi miembro que debió dejarlo reluciente, a juzgar por el afán con el que lo hizo.

—¿Se te vuelven los ojos? —me preguntaba mientras lo degustaba como si fuera un helado, de arriba abajo y de abajo arriba.

—Un poco, un poco sí que se me vuelven—le confesé mientras experimentaba el más intenso de los placeres.

—Pues eso no es nada, mira lo que...

Tenía razón, no pudo seguir hablando porque quiso demostrarme en ese instante cuánto de profunda era su garganta y no se trataba ya de que me volviera los ojos, sino más bien de que casi me saca las bolas de estos (entiéndase, de los ojos).

—Pero Elizabeth, ¿qué me estás haciendo? —resoplaba y resoplaba porque era para alucinar.

—Tú calla y come. O, mejor dicho, calla y déjame comer a mí.

Era graciosa hasta reventar, eso no había quien lo negara...

—No, si yo te deajo, será que tengamos prisa, vamos...

—Ninguna, prisa ninguna...

Me tumbé y me dejé hacer por esa lengua suya que valía un potosí, pero cuando por fin terminó mi orgullo masculino me hizo querer llevarla a lo más alto.

Tumbándola, saqué la mía, que hervía en mi boca, y compartí su calor con el del clítoris de una Elizabeth que

también estaba para reventar termómetros.

Después de llevarla al clímax, me senté en la cama y la tomé por esas caderas de diosa que me habrían convertido en la envidia de cualquier hombre.

—Voy a bailar para ti—me susurró, poniéndome los pelos como escarpas.

Y lo hizo, porque el contoneo de su cadera una vez la ensarté con mi hirviente y erecto miembro me llegó como la más sugerente de las danzas, una que solo podía ser bailada cuando la química entre dos personas es total.

Siguió, siguió bailando para mí...

—Esto es mejor que lo que nos mostrabas en esos tutoriales de salsa que nos enviabas—murmuré con la cabeza metida entre sus senos.

—Pero no me digas que no te calentaban porque no me lo creo ni borracha.

—Claro que me calentaban y lo sabes.

—Pues por eso te los enviaba.

—Pero si se los enviabas también al resto...

—¿Y? Con eso disimulaba.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que me gustas, empanado, solo eso.

—¿Yo te gusto? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Anda que como para acertarlo, si me has pasado cada noche a uno por la cara.

—Y tú a una, empate...

Seguimos haciéndolo con un rollo fabuloso, porque entre ella y yo saltaban chispas. Además, el rasgo que más me gustaba de Elizabeth era su alegría, esa sonrisa perenne que siempre tenía para todos nosotros. Sin embargo, yo no estaba por la labor de tener nada con nadie y así se lo dije.

—Ya, ya, yo es que aquí he venido para vivir la vida, también te digo. Que sí, que nos hartamos de currar, pero que esta es una experiencia que quiero vivir a tope.

—Lo que me estás queriendo decir es que ahora no quieres que ninguna te eche el lazo, ¿no es eso?

—Pues mira, sí, es que me apetece disfrutar de mi soltería y de mi libertad, mis compañeros escritores dicen que estoy irreconocible. Y yo me lo estoy pasando pipa.

—Ya, ya... ¿y en pareja no se puede pasar pipa?

—También, pero de otra forma. Yo siempre he sido de pareja, pero por una cosa u otra nunca me ha salido. Para escribir un libro, es más, lo he escrito... Y ahora lo que quiero es pasar de todo y vivir al límite.

—Vale, vale, como tú comprenderás, yo no te voy a insistir. Faltaría más—Levantó los brazos y yo aproveché para morderle el cuello, ella se revolvió entre las sábanas y el lío estuvo servido otra vez.

Menuda paliza tendríamos al día siguiente en el cuerpo, pero en mi idea de vivir al límite no entraba la de dormir demasiado.

Capítulo 3



—Vaya nohecita que nos habéis dado—me comentó Borja a la mañana siguiente mientras iba en dirección a la playa y yo ponía copas en el chiringuito de la piscina.

—Lo siento, tío, le dije varias veces a Elizabeth que bajara el volumen, pero ya sabes cómo es, ella va por libre.

—Oye, ¿y en la cama? ¿Cómo es en la cama?

—¿En la cama? Un puto volcán, tío, un volcán en erupción. Todavía puedo verla ardiendo y también me ha dejado ardiendo a mí.

—Joder, lo estoy yo de pensarlo. Esta noche me busco a alguna tía buena sí o sí, que no veas el plan de Merceditas y Samuel, yo sí que he tenido una nohecita toledana.

—¿Y eso?

—El uno con el tal Rafael, que no te lo pierdas...

—¿Qué ha pasado?

—Pues que habla en sueños, tío, ya lo sabes.

—Sí, más de una vez me ha acojonado por la noche, que parece que está poseído.

—Sí y en el hotel no hay exorcista de guardia. Pues nada, que anoche comenzó con su retahíla con la mala suerte de que estaba soñando con Rafael y no veas...

—Te lo has comido tú todo enterito.

—Ey, no te llames a engaño, que yo solo lo he escuchado, no me he comido nada—Se carcajeó.

—¿Y Merceditas? Porque esa sí que debía estar alucinando.

—No lo sabes tú muy bien, a la chiquilla solo le ha faltado rociarlo con agua bendita, para mí que va a tocar fondo con nosotros.

—O eso o espabila de una buena vez, que falta le hace, solo le falta ponerse el hábito y ya es una monja.

—Verdad y mira que está buena la jodía, pero vaya tela.

En esas, vimos venir a Gema, la última de las españolas que trabajaba en el hotel y de la que todavía no os he hablado. Gema era relaciones públicas y se había trasladado a vivir allí, con su marido y con su hijo. Los tres eran gaditanos y muy amantes del Carnaval, por lo que era muy frecuente que Gema se acercara a nosotros cantando algunas de esas letras que tan bien se sabía.

—Borja, ¿no deberías estar ya en la playa? Es que hay gente esperándote.

—A Borja es que hay que arrearlo un poco, Gema. Es como un burro en versión pija, no se lleva demasiado bien con el trabajo.

—Ey, Aitor, qué mala lengua...

—¿Sí? Pues no es eso lo que me dijo Elizabeth anoche.

—Ya tío, tienes una suerte...

—Quieto ahí un momento, ¿a ti te gusta?

—A ti no te puedo ir con mentiras porque tienen las patas súper cortas, pero esa chica me gusta desde hace tiempo, sí.

—Joder, Borja, pero que esas cosas se dicen, no me habría acostado con ella de saberlo.

—¿Y qué más da? Si se cepilla a un tío cada día, eso que te has llevado en el cuerpo. Y que conste que no lo digo como crítica, ¿eh? Que no hace nada que no estemos haciendo también los demás.

—Ya, tío, pero debí saberlo antes.

—No te preocupes, yo anoche paré un poco el carro porque ya tenía...

—El pito hirviendo como una olla exprés que seguro que ya ni te lo sientes, eso es lo que tenías—llegó Samuel para incorporarse conmigo.

—Más o menos, tío, ¿y tú?

—Yo sigo virgen...

—¿Virgen? Déjate de gaitas, Samuelito.

—Virgen aquí, que todavía no la he metido en caliente. Y al paso que va os casáis todos antes de que lo consiga.

—Sí, a lo mejor me caso yo con Merceditas y este con Elizabeth—Se la dejé para él porque después del comentario que me había hecho no quería parecer que tenía mayor interés en ella.

—Pues va a salir ganando él, porque tú echaras un kiki al mes a través del agujero de una sábana, como en el año de los tiros.

—Ha sido un decir, que Merceditas es muy guapa, pero la sangre se la tuvieron que meter en el cuerpo con un cuentagotas.

—Yo ya se lo he dicho, que somos dos desgraciados a tiempo completo, que conmigo no se junte mucho.

—Venga ya, Samuel, arriba ese ánimo. Mira, por allí viene Rafael.

—Ains, ¿dónde me escondo? Ábreme, que me voy a meter debajo de la barra...

—¿Y así es como pretendes tú ligar? Ya estás sacando pecho y preguntándole a ese tiarrón qué le pones.

—Cachondo, yo quería ponerlo cachondo, pero como veo que le van los viejos...

—Tío, cállate, que te puede oír y a ver si al final acabamos todos en la calle porque no controles la lengua, que a Christopher no creo que le entusiasme que hables de él en esos términos.

—Pero es que me ha levantado a mi chico y eso jode mucho.

—¿A tu chico? Pero si tú no has cruzado ni una sola palabra con Rafael.

—Ya, ¿y? Es mi chico desde que llegué aquí, ¿pues no sabes ya que hasta sueño con él?

—Sí, algo me han contado de eso. Ya te vale, a Merceditas me la vas a traumatizar de por vida.

—Pues tu chico va a lucir abdominales y nos va a dejar a los demás a la altura del betún, fijate en cómo lo miran las inglesas aquellas.

—Ya te digo, que esas ya están dándole al *drinking* desde primerita hora, pero es verdad, solo les falta el babero, se les está cayendo la baba con él.

—¿Con quién? —nos preguntó Elizabeth según llegó al chiringuito.

—Con Rafael, guapa, que debe ser el único tío del hotel al que no te hayas tirado.

—¿Y? ¿Tienes algún problema con eso? Porque yo no tengo la culpa de que seas un reprimido y no te atrevas a meterle cuello al que te gusta, Samuel.

—¿Un reprimido yo? Aitor, ¿tú la estás escuchando?

—Me está escuchando y seguro que opina lo mismo que yo, ¿o no?

—Hombre, tío, yo lo único que te digo es que no vas por el buen camino. Cuando a nosotros tres nos está yendo de fábula y tú sigues a dos velas, algo mal estás haciendo.

—Si tenéis razón y en el fondo lo sé, pero yo no he nacido con esa labia vuestra, a mí me cuesta mucho más lo de ligar. Y más con un tío que tiene ese cuerpazo, hostia... si es que va a derretir los Polos desde aquí, el muy mamón. Ese no sale del gimnasio más que cuando se lo manda el médico...

—Sí que está currado el tío—Me miré yo mi brazo y pensé que en el suyo cabían varios de los míos.

—Pero que a todas las mujeres no nos gustan los tíos así de petados, ¿eh?

—¿No? Venga ya, Elizabeth, no me vayas a decir que tú no te darías un revolcón épico con él.

—No te digo que no tenga cuerpazo, pero hay tías como yo que los preferimos un poco más escuchimizados—Me sonrió.

—¿Lo de escuchimizado va por mí, bonita? Que yo también estoy cogiendo más cuerpo, ¿eh? —me quejé porque de un tiempo a esa parte me estaba machacando en el gimnasio y yo veía mis progresos.

—Un poco, sí, pero quédate con la parte buena, he dicho que me gustan así.

—Con la parte buena me quedaba yo, que es la que se le intuye a ese a través del bañador—resopló Samuel mirando a Rafael.

—Vaya, que tienes ganas de rabo y no precisamente de toro—Allá que fue Elizabeth.

—Mira que tienes la lengua suelta, hija.

—Mira quién fue a hablar...

Samuel no se llevaba bien con las chicas y ese día mucho menos con Elizabeth, por el hecho de que se hubiera acostado conmigo esa noche, pues, por mucho que ahora tuviera cierta fijación con Rafael, lo de que yo le gustara le venía de serie.

—¿A qué esperas? Ve a decirle que qué quiere tomar—Lo empujó Elizabeth.

—¿Cómo va a ser eso? Pero si aquí no tenemos servicio de mesa.

—Ni vas a ir a una mesa tampoco, lo que vas a hacer es dirigirte hacia la hamaca de ese bombón y demostrarle que te corre sangre por las venas y no horchata.

—De ninguna manera, yo no puedo hacer eso de ninguna manera, ¿tú te has vuelto loca?

—Sí, es una locura total... Venga ya, hombre.

Elizabeth tenía iniciativa, de eso no había duda... Allí teníamos montado el 2 de mayo entre todos porque a ella le gustaba yo, ella le gustaba a Borja y, para colmo, yo también le gustaba a Samuel y a Merceditas le gustaba Borja. Y ninguno nos correspondíamos, por lo que cada cual nos seguiríamos buscando la vida como pudiéramos.

Le dio tal empujón a Samuel, que desde luego que era muy poquita cosa, que por poco aterriza directamente encima de Rafael.

—Hola, perdona, mira es que te he visto aquí tan solo, quiero decir, que no te has acercado a la barra... A ver que tampoco tenías por qué acercarte, pero que me preguntaba si te apetece que te traiga algo.

—A eso le llamo yo ir al grano, no va a dar vueltas...—resoplaba Elizabeth mientras limpiaba la barra.

—El chaval hace lo que puede, que le has dado un empujón que no veas.

—El que le hacía falta. Y hablando de empujones, nos lo pasamos bien anoche, ¿eh?

—Afirmativo.

—¿Repetimos hoy? —me soltó sin anestesia.

—¿Hoy? Pues verás, es que yo no soy mucho de repetir...

—Por lo menos sí eres directo y sincero, eso se agradece.

—Siempre, eso siempre...

El día pasó como otro cualquiera; mucho curro, poner copas, animar, alternar con todo el mundo...

Punta Cana me tenía absorto desde que había llegado, algo que me vino formidable para desconectar de un pasado que deseaba dejar atrás.

En concreto, nuestro hotel estaba en la paradisíaca Playa Bávaro y contaba con innumerables y exóticos jardines, increíble zona de piscina con barra y todo lujo de comodidades.

De entre todas las preciosidades que mis ojos vieron, una llamó poderosamente mi atención; una envuelta en un kaftán en verde agua, con intenso bronceado, larga melena rubia y ojos azul cielo.

—Samuel, ¿has visto qué pedazo de pibón?

—Ya sabes cuáles son mis gustos, pero la tía es impresionante.

—¿Quién es impresionante?

—La rubia aquella—le señaló a Elizabeth.

—Sí, muy guapa, pero tiene una pinta de estirada que tira para atrás—le indicó ella.

—¿De estirada? Pues a mí me parece que tiene una sonrisa muy graciosa, con esa naricilla tan mona ahí en medio de...

—En medio de la cara y, para mi gusto, se parece más a un pegote de plastilina que a una nariz, chico. Pero vaya que, para gustos, los colores...

—¿Qué te pasa a ti, cacho perra? ¿Estás celosa? Que lo estuviera yo, que llevo enamorado de este la tira de tiempo, vale, pero tú...

Mejor no contarle a Samuel lo que Elizabeth me había comentado porque se sentiría todavía peor, ya que se había

quedado súper cortado. El motivo fue que Rafael le dio charleta pero, en un momento dado, llegó Christopher y solo le faltó mearse alrededor de una palmera para marcar territorio.

—¿Celosa yo? Celoso tú, que te mata ver cómo lo mira—le señaló a la parejita. Es que, a Samuel, si algo le sobraba, eran frentes abiertos.

—Me da coraje, pero no por nada. Solo es porque, digáis lo que digáis, es un viejo.

—Y dale con lo de viejo, que el tío es súper atractivo por muy maduro que te parezca, ¿no se te puede meter eso en la cabeza?

—Pues no, porque alguien más joven es lo que le pega.

—Como tú, claro.

—No, más guapo que yo, de eso soy consciente, cualquiera de vosotros tiene más posibilidades de ligar que yo.

—¿Y eso quién lo dice? —le pregunté mientras no le quitaba el ojo de encima a la rubia.

—Lo digo yo, ¿o es que no tienes ojos en la cara?

—Tú eres un tío tan válido como otro cualquiera, aunque sí que es verdad que te vendría muy bien meterte en el gym, te subiría la autoestima tela.

—Es que ya sabes que para eso soy muy vago, pídemelo lo que quieras, pero un gimnasio no...

—¿No? ¿Y si te dijera que puedes coincidir con Rafael? ¿No te gustaría verlo en acción?

—Y tanto que me gustaría, pero no te voy a decir en qué acción estoy pensando.

—Ni falta que hace, pues a partir de hoy te vienes con nosotros al gym, ¿vale?

—¿Y a qué hora? Si nos pasamos el día currando.

—Después de comer, esa es la hora buena.

—La hora buena para meterse una siesta morrocotuda, para eso, ¿no me digas que me vas a llevar al gym con la comida todavía en el buche como los palomos?

—Pues tú eliges, o seguir siendo un escuchimizado toda tu vida o venirte al lado bueno y petarte.

—Vale, ¿y a esa hora va Rafael?

—Todos los días, no se salta ni uno.

—Yo sí que le saltaba a él en lo alto y me lo tendrían que quitar de las manos, no pararía hasta que no le hiciera un hijo.

—Mira que eres burro, ¿ese es tu concepto del romanticismo?

Elizabeth no estaba tampoco de mejor humor desde que yo no le había seguido el rollo, pero es que había motivos suficientes para no seguir tonteando con ella cuando sabía que eso podría traerme problemas...

Capítulo 4



—Déjame a mí, Samuel, que yo la atiendo—le pedí al día siguiente cuando vi a la rubia avanzar hacia la barra.

—Entendido, me aparto.

—¿Qué puedo ponerte? —le pregunté con mi mejor sonrisa.

—Un agua con gas, ¿puede ser?

—Puede ser, claro que puede ser, pero entonces corres el riesgo de que todos piensen que no eres una chica divertida y yo me juego lo que quieras a que sí lo eres.

—¿Cómo dices? —Me miró incrédula, para mí que no se esperaba que yo le entrara de ese modo.

—Que puedes optar por el agua con gas, que es más aburrida que una ostra o puedes dejar que yo te sorprenda. No es por nada, pero no hay color, ¿aceptas?

—Es que yo no suelo beber nada por las mañanas, pero me está picando la curiosidad. Venga va...

—Claro que sí, mujer. Además, que no voy a ponerte nada con alcohol, no te veo pinta de inglesa, paisana.

Para mi deleite, la chica era española. Yo me la había imaginado con otra nacionalidad, quizás italiana, pero no...

—Es verdad, también me ha hecho gracia que seas español.

—¿Tú de dónde eres?

—Yo, madrileña, aunque ahora vivo en Berlín.

—¿En Berlín? ¿Y que se te ha perdido a ti allí con el frío que hace? Mira yo fui a Berlín una vez y de un chipilín que me dieron en la oreja casi me la parten, qué dolor, la tenía congelada.

—Ya, qué me vas a contar... Yo sufro de sabañones y allí tengo que llevar guantes térmicos todo el rato mientras dura el mal tiempo, porque si no, se me ponen los dedos como porras.

Elizabeth la miró fatal por ese comentario que, sin embargo, a mí me hizo mucha gracia. No, no era una estirada como ella decía, solo que su apariencia, al ser tan elegante y sofisticada, podía dar imagen de frialdad, pero para nada.

—¿Tú sabes lo que son porras? —le preguntó mientras yo carraspeaba porque el comentario me pareció un tanto impertinente.

—Claro, de niña las tomaba siempre con mi padre. Los domingos salíamos a pasear por el centro. Vivíamos justo al ladito del Parque del Retiro y...

—En un barrio marginal, ya veo...

—Elizabeth, ya vale, no la dejas ni hablar—le recriminé mientras me disponía a prepararle el cóctel.

—Vale, vale—se quejó y se limitó a marcharse al servicio.

—Tienes dos opciones; eliges un cóctel de los que ofrecemos o dejas que te sorprenda con uno de mi propia cosecha.

—A ver, a ver... Lo segundo, mejor lo segundo.

—Excelente elección y así mientras me cuentas lo que haces en Berlín, aunque déjame que lo advine mejor. Ya lo sé, estás de Erasmus.

—¿De Erasmus? Anda ya...

—¿No?

—Pues entonces te has quedado a trabajar porque cuando fuiste allí de Erasmus te diste cuenta de que tenías más posibilidades que en España.

—No, tampoco es eso, anda ya...

—¿Y entonces? ¿Me lo vas a contar tú o tengo que llamar a un teléfono de esos del tarot y la adivinación? Pero te advierto de que cuestan una pasta y se equivocan más que una escopeta de caña.

—Vivo en Berlín desde que me casé, no hay ningún misterio.

—¿Estás casada? No, no puede ser—negué con la cabeza.

—¿Y por qué se supone que no puede ser? Tengo veintiocho años, ¿sabes?

—Pues aparentas unos cuantos menos.

—Todos me lo dicen, eso es verdad. Y tú debes tener unos veinte, ¿me equivoco mucho?

—No te equivocas si le sumas cinco más, a ser posible sin premio. Tengo veinticinco.

—Eres un niño, pero todavía me lo parecías más.

No, si a ese paso me diría que yo era un bebé de pecho, qué coraje me dio. Aunque el pecho a ella se lo habría

agarrado, y tanto que se lo habría agarrado, mejor no pensar.

—No, no te equivoques, soy un hombre y me llamo Aitor. Y tú, espera, déjame pensar... Linda, te debes llamar Linda.

—Eres muy amable, pero no, me llamo Ingrid.

—Vaya, Ingrid era el que tenía en la punta de la lengua, pero se me fue porque te vi una cara tan linda que pensé que...

—Ah, mira, por ahí viene Derek, mi marido.

Me quedé mirando y pensé que igual necesitaba gafas, porque no vi a nadie que pudiera ser su marido.

—Pero dónde, ¿detrás de ese señor mayor?

—¿De qué señor mayor? Pero si él es Derek.

—¿Ese viejo es Derek? Anda ya, déjate de bromas, no estás casada ni nada, ¿a qué es eso? Alégame la mañana.

—No, no es eso. Mira, esta es mi alianza de compromiso y este mi anillo de pedida.

Yo mucho no es que entendiera de joyas, pero tampoco había que ser un experto para saber que llevaba puesto en la mano mucho más dinero del que yo ganaría en un período muy extenso de tiempo. Jo, que al tal Derek le tenía que sobrar el dinero como en esas escenas de las pelis en las que los protas se bañan en billetes.

—Vaya dos pedrolos, pero si me lo permites, a mí las joyas que más me gustan, de entre todas las que llevas puestas, son tus ojos.

Por un instante la dejé sin hablar, se ve que en el mundo pijo del que ella venía no se acostumbraba a entrarle a una mujer con el desparpajo que yo lo hice.

—Eres un encanto, pero debo irme con Derek, ¿me das ya mi cóctel, por favor? Y no es ningún viejo.

A la pobre coctelera la tenía yo mareada, de los vaivenes que le di, porque lo último que me apetecía es que ella se fuera, pero cuando vi que su marido la localizó e iba hacia ella, procuré darle enseguida su cóctel y evitar problemas.

—Aquí lo tienes y, cuando lo que tengas sea un rato libre, vente por aquí, por favor y discutimos si lo es o no...

—Es que yo no tengo nada que discutir contigo sobre eso, ¿no lo entiendes?

—Y yo creo que sí, porque no me acaba de cuadrar tu historia. ¿Existe la posibilidad, aunque solo sea remota, de que ese tío sea tu padre y de que tú me estés dando más coba que a un chino?

—Cómo eres, claro que no...

—Que sí, que es eso, te lo veo en la cara. He descubierto tu mentirijilla, ve con papá y en un ratito te vuelves por aquí, que te preparo otro—Le guiñé el ojo y ella se fue negando.

—Tío, ¿no te has pasado tres pueblos? —me preguntó Samuel.

—Ni siquiera uno, ¿por?

—Porque lo has llamado viejo, al marido digo...

—Y dale, otro que no se entera de nada, que era broma... El tío es su padre, ¿no te has coscado?

—El que no se ha enterado eres tú, date la vuelta, chiquitín.

Me la di, y efectivamente, me quedé con las patas colgando porque ella diría que no tenía por qué desmentir me teoría... y allí estaban, él cogiéndola por la cintura y besándola a tope.

—Joder, pues sí que se debe haber reído de mí, soy imbécil perdido.

—Pero la has hecho reír, al menos tú la has hecho reír.

—¿Por qué dices eso, Samuel?

—Porque el tipo ese tiene pinta de haberse comido dos o tres kilos de callos en mal estado, ¿no ves la cara de avinagrado que tiene? Lo que está es exhibiéndola, como si fuera un florero.

—Es para exhibirla, porque vaya mujer, pero no para hacer de ella un trofeo. A una mujer así, el trofeo es conquistarla...

—Mira, yo no quiero meterme donde no me llaman, Aitor, pero para mí que esa tía está con él por dinero, porque se llevan un montón de años. Y los anillos que te ha enseñado no son más que la confirmación de mi teoría.

—También te parece un viejo para ella, ¿no?

—A ver, al tío le pasa igual que a Christopher, que todavía está bueno, pero este en versión siesa y ya eso mola menos.

—Para colmo es alemán, y eso ya...

—Buff, apaga y vámonos. Mi prima Silvia tuvo un novio alemán y lo dejó porque el tío era más frío que un témpano de hielo.

—Pero ¿esa prima tuya no era la que venía de estar también con el tío ese, todo rácano, que por no gastar no gastaba ni bromas?

—Esa misma, mira qué bien te acuerdas...

—Pues vaya ojito que tiene tu prima—El ojo es lo no le quitaba yo de encima a la rubia, que tenía unas curvas de infarto y un culo mejor puesto que el de Beyoncé.

—Sí, sí que lo tiene...

—¿Qué mierda tendrá el tío ese? Hay que joderse.

—¿Te lo tengo que volver a explicar? Dinero, tiene dinero, ¿no ves la pinta de ejecutivo que me trae? Si es que echa para atrás...

—Sí, sí, es un viejo forrado, eso es lo que es, pero que ella no puede estar enamorada de él, te lo aseguro.

—Ay, ladrón, si te dejaras de tanta mujer y me permitieras que yo te diera lo toyo, seguro que terminarías...

—Ingresado, terminaría ingresado, con las ganas que me tienes miedito me estás dando, ¿tú te has visto la cara mientras me lo dices?

—¿Por qué siempre nos tenemos que fijar en gente que es imposible, Aitor?

—Ah, no, eso serás tú, que no confías en tus posibilidades, a mí me dejas de gaitas.

—¿Y tú si confías? Porque hay que tenerlos muy buen puestos para quererle quitar la mujer a un tío como ese, que muy pronto te manda dos sicarios y te deja la boca que tienes que estar sorbiendo sopita con paja un mes, guapo.

—Ains, hombre de poca fe...

—Si es que yo solito me meto en la boca del lobo, para qué habré mentado lo de la paja.

—A mí ni se te ocurra mirarme mientras dices esa palabra, que te veo, Mateo. Y otra cosa, yo no quiero quitarle la mujer a nadie, yo lo único que quiero es que sea mía por una noche.

—Eso está genial, rollo “Una proposición indecente”, lo único es que al revés, porque aquí el que está sin blanca eres tú, ¿qué le vas a ofrecer para eso?

—¿Me estás diciendo de verdad que no tengo cualidades para que se quiera acostar conmigo?

—¿Me lo preguntas a mí? ¿A mí que te daba un revolcón ahora y no acababa hasta pasado mañana?

—Y dale, que ya he desayunado y me vas a revolver el estómago. Y que no estamos hablando de ti, hombre, sino de ella.

—Como que unos nacen con estrella y otros estrellados, pero estrellados a tope, qué guasa.

Capítulo 5



No volví a verla hasta la noche siguiente, cuando estaba currando en el chiringuito de la playa.

—Ahí viene tu bella damisela con la alegría de la huerta—me dijo Samuel.

—Pues tampoco es tan viejo como decís, anda que no sois exagerados, para mí que la tía esta se había casado con el señor Burns, el de los Simpson—nos dijo Elizabeth.

—No, no, que solo faltaba que tuviéramos que celebrar aquí que cumpla un siglo, aunque camino del medio sí que va—argumenté.

—Cuarenta y cinco, te dijo que tenía cuarenta y cinco. Y el tío está bueno, me dejaba empotrar por él hasta yo.

—Pero eso es porque estás más caliente que el palo de un churrero, Samuel.

—No, eso es porque el tío está bueno. Otra cosa es que tú te estés encoñando con la rubia y te parezca lo que no es, pero el tío lo vale.

—El tío tiene una cara de amargado que tira para atrás y encima alemán... Yo, con tal de que no me hablaran en ese idioma, daría dinero... Dime algo romántico en alemán, Samuel, a ver si te sale...

—¿Yo? Si tú sabes que a punto estuve de no poder licenciarme porque no aprobaba el último examen de alemán ni a tiros...

—Es verdad, que hasta se te bajó la tensión—La malilla de Elizabeth se reía.

—Y ya lo aprobé porque me metí medio polvorón en la boca y hablé así, porque a mí al natural no me salía...

—Mira que eres burro, aunque es cierto que de romántico no tiene nada.

—Lo mismo que ese matrimonio, él la exhibe, pero no es cariñoso con ella—Elizabeth no les quitaba ojos de encima.

Cuchicheamos hasta que llegó Borja, que ese siempre estaba más perdido que el barco del arroz.

—Buenas, Elizabeth y compañía, ya sabía yo que os encontraría por aquí...

—Qué gracioso el surferillo este, como tú trabajas menos horas que los Reyes Magos, vienes a reírte de los demás,

¿a que te doy con la bayeta? —lo amenazó ella.

—Vamos a dejarnos de bromitas de manos, no sea que nos salgan caras. A ver tú, ¿sabes quién es ese tío? Te doy una pista, es alemán y está casado con la tía más buena de todo el planeta—le pregunté.

—¿El que está con la maciza esa del culazo? ¿El de canas? ¿El que...?

—Ese mismo, joder, el que tienes ahí delante, no es tan difícil, ¿tú no fuiste ese día al cole? Delante, detrás, arriba, abajo...—nos interrumpió Elizabeth.

—Lo de arriba y abajo lo controlo más, guapa—añadió él.

—No tienes guasa tú tampoco...

—Venga, fuera de bromas, el tío ese es Derek, un magnate de las finanzas, se alojan en la mejor suite de todo el hotel, al personal le falta hacerle la ola a su paso.

—¿Un magnate de las finanzas? O sea, que caga billetes.

—Más o menos, es un pez muy gordo y un tipo con muy malas pulgas, además, te lo digo por si estás pensando en jugársela.

—Hombre no, que yo estafador no soy. Cualquiera día me voy otra vez a Las Vegas, eso sí, pero hoy por hoy...

—No me refería al dinero. Su bien máspreciado es su mujer, lo sé de buena tinta.

—Pero si no parece nada cariñoso con ella, no le saca una sonrisa ni por equivocación.

—Porque no le puedes pedir peras al olmo, pero está con ella que no sabe dónde ponerla.

—¿Y ella? ¿A ella qué le pasa? ¿No tiene ojos en la cara? Porque yo le vi un par de ellos como dos faros, ¿no se da cuenta de que ese hombre no es para ella?

—¿Y tú qué sabes? ¿Ahora te has metido a psicólogo?

—No es eso, pero yo me apuesto contigo a que le saco la sonrisa sin ni siquiera acercarme a ella.

—Huy, cómo está el chiquitín de venido arriba...

—Mira, te lo demuestro en cuanto el tipo ese se dé la vuelta.

Tan pronto como lo hizo, agarré la coctelera y me puse a cantar con ella, agitándola a toda pastilla y llamando la atención de Ingrid.

—Venga bonita, sonríeme en tres, dos...—murmuré por lo bajini.

No hizo falta que llegara hasta el uno, enseguida me dedicó una preciosa sonrisa.

—Vale, hay *feeling*, ¿y?

—Que yo la voy a tener en mis brazos, no pararé hasta tenerla.

—Pues disfruta del polvo, Aitor, yo solo te digo eso, porque como el marido lo sospeche, solo con que lo sospeche, te va a dejar que únicamente servirás para que hagan albóndigas contigo.

—Guapo, ni se te ocurra, ¿eh? Que como te toquen esta divinidad de cara que tienes, yo es que mato—Samuel era de lo más leal. Él ni se había comido nada conmigo ni se lo iba a comer, pero aun así era legalidad pura.

—Lo siento, amigo, si tengo que morir, que sea por amor...

—Míralo qué trágico, pero niño, ¿a quién quieres engañar? ¿Tú me vas a decir que te has enamorado de la rubia esa de un día para otro? Enamorado estoy yo de ti, hasta las trancas, ese sí que es un enamoramiento de verdad.

—¿Quién te ha dicho que yo esté enamorado o que me vaya a enamorar? Es un reto, para mí es un reto conseguirla.

—Pues yo no sé lo que le ves, tiene las piernas más largas que un día sin pan—Elizabeth no estaba muy contenta con el tema.

—Largas e increíblemente bonitas, no vayas a decir que no...—Yo es que no podía apartar mis ojos de ella, con aquel vestido en azul eléctrico que llevaba una abertura lateral que dejaba a la vista buena parte de uno de sus muslos. Además, ese vibrante color, contrastaba mucho con el dorado de su larga cabellera, que aquella noche llevaba rematada en ondas.

No veía la forma de acercarme a ella, puesto que Ingrid no sería quien viniera a pedir. Yo me había pasado el día pensando en esa mujer y en las pocas palabras que pudimos cruzar, por lo que no quería perder ocasión de volver a entablar conversación con ella.

—Ahora vengo—les dije a mis amigos en cuanto vi que Derek se apartaba de su lado e iba a saludar a otro tío que tenía la misma cara de estar oliendo mierda que él.

—Ey, guapísima, ¿cómo va? No te he visto en todo el día.

—Bien, he ido a la playa.

—Yo he estado en una reunión en la Casa Blanca y ahora acabo de llegar en mi jet privado.

—Eso no es posible y lo sabes...

—No, sobre todo porque no me dejan entrar en los Estados Unidos después de cierto incidente en Las Vegas, pero vaya.

—No me lo puedo creer.

—Pues es verdad, ¿tú te crees que soy un palurdo? Qué va, estás ante un hombre de mundo, que lo sepas.

—Nunca pensaría que eres un palurdo, que lo sepas tú también. Me caes bien, Aitor.

—¿Aunque diga que tu marido es un viejo?

—Qué tontería, no lo es. Y tú lo dirías porque se te escapó.

—Te lo dije porque lo pienso, es un viejo y no es capaz de hacerte sonreír ni un momento, ¿eso también es mentira?

—A ver, él no es un hombre divertido, eso es cierto, pero tiene otras cualidades...

—¿Otras cualidades? Voy a sacar mi agenda para tomar nota. Venga, venga, a ver si eres capaz de impresionarme.

—Eres muy payaso, nos van a mirar todos y no es algo que pueda permitirme.

—Pues vaya una novedad, si a ti ya te miran todos. Los hombres con ganas de devorarte, las mujeres de ahorcarte, hay un poco de todo...

—No, bobo, pero no puedo permitirme que nos vean así, juntos.

—¿Juntos? Perdona, pero solo estamos de palique, que yo sepa no ha saltado todavía ninguna alarma.

—Pero podría saltar, tú tienes algo... Yo no sabría cómo definirlo.

—Pues te lo defino yo en un pis pas y te hago un favor, tengo ganas de conocerte.

—¿De conocerme? Pero si ya me conoces, nos hemos presentado.

—Pues de conocerte un poco más y como te veo con ganas de contarme el listado de cosas buenas que tiene el viejo, aquí te dejo mi número de habitación para que te pases en cuanto se quite la dentadura postiza y se quede frito. Ah, y antes de que se despierte para ir al baño, que supongo que ya la próstata le habrá dicho “aquí estoy yo”.

—Eres un loquillo, eres un loquillo total, ¿qué dices?

—Que te guardes el número de la habitación, te lo he apuntado en una servilleta no para que sea más romántico, sino para que no saques el móvil y despiertes suspicacias. La habitación es compartida, pero mis amigos estarán encantados de irse a hacer gárgaras en cuanto llegues, ¿a qué hora te espero?

—Tú ve acostándote, si eso, porque yo no voy a ir ni de coña, ¿me has oído? —Ingrid no paraba de mirar hacia donde estaba su marido, como temerosa de que se percatara de la situación.

—Déjalo, estará hablando de sus cosas, más que nada de los viajes del INSERSO a Benidorm y eso. Ah, no, que él está forrado, pero que da igual, que ese tío no tendría dinero para pagar el rato de felicidad que yo te voy a proporcionar.

—O sea, que tú lo corneas y él te paga, mal negocio no sería, desde luego.

—No, sobre todo para mí, es cierto, ¿hay trato o no hay trato?

—Aitor, vete ya, por favor, ¿me lo estás diciendo en serio? No me puedo escapar de la habitación, qué pensaría Derek si se despierta a medianoche y no estoy.

—Pues ven entonces de día, con que me avises un poco antes será suficiente, yo puedo escaquearme...

—Aitor, tú tienes mucho morro, además de que eres un niño.

—¿Vas a empezar de nuevo con esa pamplina? No me vayas a decir que a ti es que te van los maduros porque no, ¿vale?

—Pues claro que me van, estoy casada con uno de ellos.

—Tú sabrás por qué y yo prefiero no averiguarlo. Escápate en cuanto puedas.

—Derek viene hacia nosotros, disimula, por favor.

—¡Hola! —me soltó en inglés cuando llegó, mirándome como si fuera un insignificante insecto.

Tampoco se me pasó por alto que, al llegar él, ella se puso más seria que un cuarto de especias, como suele decirse.

—Hola, señor. Señorita, permítame que le sirva una copa—le dije por eso de no despertar sospechas, mientras que comenzaba a verte el líquido en la de ella.

—Como puedes entender, si yo soy señor, ella es señora, no señorita—me corrigió.

Qué ganas me dieron de imitarlo allí mismo, como en los memes, cuando la niña repite que le ha dicho el mayor, pero utilizando solo una vocal.

—Está bien, Derek, no hay problema, no me ofende en absoluto—intervino ella.

—Quizás a ti no, pero a mí sí, eres mi mujer y me gusta que se sepa, amor—Le hizo un gesto cariñoso en la mejilla al cual ella correspondió con una leve sonrisa.

No fue capaz de mirarme a la cara ni un segundo más mientras permanecí allí, eso sí, pero noté que ella se estaba sintiendo incómoda.

—Si no desean los señores nada más...—Qué ganas me dieron de arrearle un buen pisotón en el brillante zapato italiano que llevaba puesto el tío. Por el amor del cielo, si llevaba traje, ¿quién vestía así en el Caribe?

—No, nada más, puedes irte—me indicó él. Tuve la impresión de que el tío era más listo todavía de lo que parecía y se percató de algo. Y digo más listo todavía porque ya le presuponía bastante inteligencia para levantar un imperio como el suyo. Aunque, por cierto, Derek el imperio no lo levantó de la nada, como Antonio Recio, sino que venía de una familia que Borja me definió como de rancio abolengo. Rancio, pero rancio que era el tío...

No hace falta decir que esa noche me la pasé mirándola todo el tiempo mientras permanecieron allí. A eso de las dos de la mañana se despidieron y se marcharon de la fiesta que estábamos celebrando, porque se trataba de una noche un tanto especial. Pese a ello, el impresionante vestido de Ingrid, en color rosa palo, denotaba que también se había vestido de etiqueta, igual que él.

Y a mí algo me decía que yo sería capaz de hacerla mucho más feliz que su marido.

De repente, estaba pensando en ella y la imaginaba en distintas situaciones de la vida cotidiana, con sus shorts tejanos y sus deportivas, el gesto mucho más relajado y la sonrisa en la cara.

Esa Ingrid que imaginé me gustaba más que la otra, pues sentía que la que conocía estaba, en cierto modo, haciendo un papel, ¿de verdad se habría vendido al mejor postor por dinero?

Mi intuición también me decía que no, que ella no era de las que viven de cara a la galería y llegarían a hacer un pacto con el diablo con tal de ascender puestos en la escalinata social.

Capítulo 6



—No viniste anoche a mi habitación—le comenté al día siguiente, cuando la vi ir con una toalla y ropa deportiva hacia el gym.

—Claro que no, ¿qué esperabas?

—Que me hicieras caso a mí, porque lo deseo, pero también que te hicieras caso a ti, porque no lo deseas menos—Me tiré sin paracaídas.

—Esa es una grosería y lo sabes, no te lo voy a permitir.

—¿Por qué no te relajas un poco? Derek no está aquí, te noto más tensa que el pellejo de un tambor cuando él revolotea alrededor de ti, pero ahora solo estamos tú y yo.

—Y eso es lo malo, que solo estamos tú y yo.

—¿Malo? Yo lo veo muy bueno, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué? Dime.

—Porque cada vez que nos quedamos a solas siento que está más cercano el momento de que me regales un beso.

—Se te ha caído un tornillo, definitivamente, se te ha caído un tornillo.

—Pues si pensar y decir esto supone que se me ha caído, yo no quiero que me lo vuelvan a colocar, perdona que te diga.

—Aitor, vete, Derek va a llegar en cualquier momento y sería un poco chocante que me volviera a ver hablando contigo, va a pensar que tenemos algo.

—Y lo tenemos, solo que tú no quieres reconocerlo.

—¿Que lo tenemos? Tú lo que debes tener es fiebre, y por lo menos de cuarenta, entre nosotros no hay nada.

—Nada oficial, sobre todo por esa idea alocada tuya de ir casándote sin ton ni son, pero ya lo tendremos...

—¿Sin ton ni son? ¿Tú sabes lo que yo medité el casarme? Si parecía una cuestión de estado, más que un matrimonio...

—Imagino, tú echando cuentas de cuántos años le quedaban al viejo para espicharla, pero te voy a contar una cosa; tú no tienes por qué estar con él, no te hace feliz.

—¿Y tú qué sabes? ¿Acaso eres mi terapeuta?

—No, pero sí te aseguro que necesitarás uno, por la vía de la urgencia, como no lo dejes pronto.

—¿Qué majadería es esa? No entra en mis planes dejar a Derek.

—Es que todo no puede estar planificado, guapa. Ese es tu problema, que vives la vida como si estuviera sujeta a un jodido *planning* y la vida no es eso.

—¿Y qué es la vida, listillo?

—La vida es improvisar. Por ejemplo, yo de ti cerraría ahora mismo los ojos y dejaría que te diera un beso.

—No puedo hacer eso, Aitor, no puedo hacerlo, no insistas.

—Pero no niegues que lo deseas.

—Estoy casada con Derek, ¿lo has olvidado?

—Por desgracia no, pero solo te estoy pidiendo un beso, no te pido más.

—¿Uno solo? Querrás decir uno detrás de otro, más función final con fuegos artificiales.

—Chupinazo incluido, eso es, me encantan los fuegos artificiales. Y por la sonrisilla que se te ha dibujado en la cara al mencionar lo del chupinazo, sé que a ti también te gustaría.

—Ya, Aitor, ya vale. Tienes que parar, ¿no lo entiendes?

—Pero si no estoy haciendo nada. Mira, levanto los brazos si con eso te quedas más tranquila, ¿vale?

—A cincuenta metros, deberías mantenerte a cincuenta metros de mí para que no...

—¿Para que no sucumbas a la tentación? ¿Es eso lo que estás pensando? Porque si es así, voy a traspasar esa barrera una y otra vez, una y otra vez, hasta derribarla...

Hay ocasiones en la vida que no precisan de decir nada con palabras, me bastó con ver la forma en la que a Ingrid se le erizó la piel para entender que su deseo crecía al mismo ritmo que el mío.

Capítulo 7



El hotel estaba precioso con su decoración navideña, a la que cada día daban algún nuevo retoque, una auténtica maravilla.

De entre todas aquellas bolas y monerías varias, eso sí, yo me quedaba con Ingrid, que era una monería más y que me sacaba la sonrisa cada vez que la veía, así como ese diablejo que llevo dentro y al que yo no conocía hasta entonces.

Cierto que ya luego la veía con Derek y se me cortaba un poco la sonrisa y el diablejo lo que tenía ganas era de darle un puñetazo al tío aquel que me caía como el culo, con la intención de que me dejase el camino libre.

Aquella mañana ella avanzaba sola en dirección a la peluquería y yo, que hacía lo posible y lo imposible por cruzármela, estaba allí, con esa intención de la que hablo y con la mejor de mis sonrisas.

—¿Cómo está hoy lo más bonito que ha llegado al hotel desde España? Ah, no, que se me olvidaba que eres española, pero que a ti te gusta lo que viene siendo el frío.

—No me busques, anda, no me gusta el frío y lo sabes. Son las circunstancias las que me obligan a permanecer en Berlín.

—Vale, vale. Y entonces, ¿por tu gusto dónde vivirías? —Eché a andar a su lado.

—Oye, ¿y tú a dónde vas?

—¿Yo? Pues a donde vayas tú.

—Yo voy a la peluquería de señoras, no sé si te viene bien—Se rio.

—Puede, con tal de ir contigo, como si me tengo que hacer unas onditas de esas tan monas que te haces tú en el pelo.

—Anda, anda, no te veo yo con mucha onda, no me lo tomes a mal...

—Ahora en serio, ¿dónde desayunamos?

—¿Cómo que dónde desayunamos? ¿Y tú no deberías estar trabajando?

—¿Eres una explotadora? Yo tengo mis momentos de descanso, ¿qué te crees?

—¿Tus momentos? Pero si te pasas el día esperándome por las esquinas, te van a rescindir el contrato.

—¿Y no te parece adorable? Me estoy jugando mi puesto de trabajo por ti—le dije poniéndole ojitos y con la tranquilidad de que mis compis me estaban cubriendo, tampoco llegaría la sangre al río.

—¿Adorable? Un choco eres—Se rio.

—¿Cómo un choco? ¿Lo dices porque te gustan los chocos? Yo tengo buenos amigos y compañeros de letras en Cádiz, no veas el choquito frito que se come allí.

—¿De letras? No te entiendo.

—¿No te lo he dicho? Yo soy escritor de novela romántica.

—Venga ya, eso es una trola, ¿a que sí?

—¿Una trola? ¿Dónde quieres que te envíe uno de mis libros firmados?

—¿No te estás quedando conmigo?

—Que no, guapa, las letras son mi auténtica pasión, de veras.

—Por favor, qué gracioso, tan niño y tan...

—¿Otra vez con lo de niño? Venga ya, si he vivido siete vidas y apenas nos llevamos casi nada de edad.

—Ya, pero...

—Por ahí no vayas, que ese ha sido un ataque muy gratuito—le solté porque había señalado mi barba.

—No te he querido llamar imberbe, no te enfades. Es solo que me hace gracia que apenas tengas barba.

—Es que a las mujeres no hay quien os entienda. Si tenemos pelo, porque la barba os pica y os irrita. Y si no lo tenemos, porque no lo tenemos y ya os parecemos niños, ¿es que estáis todas programadas para volvernos majaretas?

—No, no te he querido ofender, de veras.

—Pues lo has hecho y ahora estás en deuda conmigo—Puse un brazo en la pared en una zona del pasillo en la que no había nadie y nuestras caras quedaron juntas, tan juntas...

—Aitor, me tengo que ir, no hagas nada que luego podamos lamentar, porfí.

—Solo lo lamentarías tú y no creo que ni siquiera eso. Si supieras las ganas que tengo de besarte se te olvidaría hasta cómo se llama el viejo.

—Aitor, no seas malo...

—Venga ya, pero si ya no le debe ni funcionar...

—Pero ¿qué dices? Derek es todavía un hombre joven y muy deportista, claro que... Y, además, qué hago yo dándote explicaciones de nuestra vida íntima.

—Pues nada, demostrarme y demostrarte a ti misma que hay confianza entre nosotros, ¿no es bonito? Venga, dame ya ese beso, que estás loca por hacerlo.

—Loca estaría si lo hiciera. Apártate, anda, que se me va a pasar la hora en la peluquería.

—Vente conmigo a mi habitación y verás el look que te dejo. En concreto, en el pelo no sé, pero dicen que darle al tema es perfecto para el cutis.

—Tendrás cara y, además, mi cutis está ya perfecto...

—Eso lo veo, pero venga, que es para mantenerlo así, como un melocotón lo tienes, ¿no sería una pena que se te estropease porque el viejo ya no pueda?

—Y dale, que no es viejo y que sí puede, leñe, ¿cómo te lo tengo que repetir?

—Pero eso será de higos a brevas y Viagra va y Viagra viene, yo te hablo de algo natural, de algo que seguro que no recuerdas, pero que estás deseando.

—Aitor, por el amor del cielo, déjalo ya, que nos van a pillar en cualquier momento y no sé lo que te haría Derek, de verdad que no.

—Aplaudirme por hacértelo pasar tan bien, ¿qué iba a hacer si no?

—¿Tú nunca te rindes?

—No, la vida me ha puesto ya demasiadas pruebas que me indican que uno no se debe rendir nunca. Venga mi beso y te dejo de una vez tranquila.

—Eres un caso, te prometo que eres un caso.

Yo le puse los morritos con intención de que me diera un pico y ella me dio un beso en la mejilla. Algo era algo, porque cuando salió andando, con esas increíbles piernas al aire, ya que iba nuevamente en kaftán, sentí que ese beso era para mí un regalo.

Capítulo 8



—Te tiene loco, ¿eh? —me preguntó Borja a la hora del almuerzo.

—Bueno, es que me mola, sí.

—Ya, pero que él pasa de líos, ¿eh? —intervino Elizabeth con ironía.

—A mí me da miedo por ti, Aitor, dicen que el tal Derek siente devoción por su mujer, a ver si tenemos aquí un problema de los buenos cualquier día—añadió Merceditas, que ella andaba un poco asustada con el tema.

—Y te nos vas otra vez al suelo del tirón, Merceditas, ¿te imaginas?

A Elizabeth le gustaba hacerla rabiarse un poco de vez en cuando y sabía cómo picarla.

—Si es que sois todos unos irresponsables, lo que yo os diga.

—Merceditas, déjalos, al menos ellos saben vivir la vida, no como tú y yo, que somos...

—Mira, a mí no me repitas eso de que somos dos desgraciados a tiempo completo porque no respondo, ¿eh, Samuel?

—Si es lo que siento. Y mira que a veces noto que Rafael me mira, también te lo digo, pero luego no sé cómo sale el tal Christopher como por arte de birlibirloque de cualquier esquina y se acabaron las miraditas. Es que yo creo que le tiene puesta una cámara de vigilancia encima.

—O lo mismo le ha colocado un chip, que nunca se sabe.

—Mira, Elizabeth, que mi Rafael no es un perro, ¿eh?

—Ahora es “tu Rafael”, muy bonito, cuando hasta hace poco era “tu Aitor”.

El tinto de verano que me estaba tomando salió a la carrera de mi boca, precipitándose contra Borja, a quien tenía enfrente.

—Tío, que me has regado, ¿tú te crees que yo soy una planta de las del hall? Qué asco y encima qué pestazo a vino, va a parecer que estoy empujando el codo desde bien temprano.

—No, no te preocupes que se te ve a las claras que no eres inglés, por esa parte estás salvado...

—Muy graciosos todos... a ver Samuel, ¿me llamabas “tu Aitor”?

—Pues claro, ¿te molesta? Pues ajo y agua, guapo, que ya uno no puede ser ni cariñoso con sus amigos.

—Eso es verdad, Aitor, que no sé de qué te quejas, unos tanto y otros tan poco...

—¿Por qué dices eso, Merceditas?

—Pues por razones obvias, que a ti te sobran pretendientes y que, sin embargo, una está aquí... Que me siento sola, vaya—Le salió un puchero y, para colmo, miró a Borja, que no supo dónde meterse.

—Ay, pobre. Tú, insensible, dale un abrazo de mi parte a la niña, que lo necesita y ya luego te lo doy yo a ti—le ordenó prácticamente Elizabeth que estaba haciendo barquitos con el pan y la salsa de su plato.

Si es que allí no nos emparejábamos ni uno. Y lo malo es que todos teníamos fijación con alguien. En el caso de Merceditas era con Borja, mientras que este solo tenía ojos para todas las turistas.

—A nosotros lo que nos está haciendo falta es corrernos una buena juerga ya, os lo digo yo—nos aseguró Borja mientras la abrazaba.

Para ver la carita de ella, dejándose querer, era una auténtica monería, de lo más entrañable.

—Tenemos que librar una noche todos juntos e irnos por ahí, ¿no os parece? —les pregunté.

—Sí, pero eso será cuando los sapos bailen lo que viene siendo un poquito de flamenco—Elizabeth hizo como que se colocaba el clavel y salía bailando, cosa que no nos extrañaría porque esa se meneaba hasta con la melodía del móvil.

Es más, la jodida, además de sus talleres de salsa y demás, que los impartía a tutiplén, también comenzó a impartir unos de flamenco terapéutico que tenía a los turistas locos, en particular a los japoneses que lo daban todo con ella.

—Ahí está, miradlo vosotros, que yo no puedo—nos dijo Samuel en cuanto Rafael entró en el comedor.

—Si es que eres un zopenco, estoy harto de decirte que le des carrete en el gimnasio, que allí está solo, ¿no ves lo que hago yo con todos los tíos buenos? —le aconsejó Elizabeth.

—Pero eso es porque tú tienes un cuerpazo que no veas con dos pedazos de melones ahí bien puestos, pero yo, ¿tú me has visto? Si no tengo carne ni para hacer un puchero, malas *puñalás* me den... Mira mis patitas, son como dos alambres—Se puso de pie y todo para que lo viéramos, la escena era de lo más cómica.

—A ver si te crees que yo tenía mucha más carne que tú cuando me metí en el gym, lo que pasa es que tienes que ser constante, tío, ¿a que sí, Borja? —traté de animarlo.

—Sí, pero que con esas patitas tampoco te creas que va a poder hacer maravillas—le soltó el muy burrango de él mientras miraba a un grupo de suecas que nos cayó al lado.

—Tú eres único dando ánimos, ¿no? —Elizabeth le tiró con un trozo de mango con tan mala suerte que le dio en todo el ojo.

—Animal de bellota, que me vas a dejar ciego, con el panorama tan bonito que hay aquí para observar...

Estaba yo fijándome en ese mismo panorama cuando vi llegar a Ingrid con Derek. Él, con su rictus serio, que parecía que venía del entierro de su abuela, y ella con esos andares suyos que me robaban el sueño.

Eso sí, la traía cogida por la cintura, no fuera a despegarse un centímetro de él. Se notaba eso que decían, que tenía algo con ella, debía ser una obsesión... Yo lo veía como un viejo verde, no lo podía remediar y cada vez que lo tenía delante necesitaba luego sal de heno para el estómago.

Capítulo 9



—¿Vendrás esta noche por la disco? —le pregunté a Ingrid ese día cuando, camino de la playa, se pararon a tomar algo en la piscina.

—Sí, claro... Todos van, ¿cómo no? ¿Tú estarás allí?

—¿Te importa? —le pregunté con un airecillo un tanto payasete.

—Más bien me preocupa, también te digo—Se rio.

—¿Te preocupa? Pero si estás deseando verme, nadie te sirve las copas como yo y lo sabes.

—Ya, pero tampoco me mira nadie con tanto descaro y también lo sabes tú. Derek se va a dar cuenta un día y la tendremos.

—La ventaja que yo tengo es que me haré el sueco, como si no entendiera el alemán.

—¿También lo entiendes? —Derek estaba, para no variar, hablando por teléfono. Ese los negocios no los podía dejar quietos ni un momento, su otra obsesión debía ser el dinero.

En cuanto a Ingrid, enmarcó su cara con sus manos en la barra para escucharme.

—He estudiado Turismo, sí que lo entiendo...

—Anda, pues sí que... Vaya sorpresa.

—¿Y tú? ¿Tuviste que aprenderlo para poder comunicarte con el viejo? Porque solo que por eso ya me habría echado yo para atrás. Bueno, por eso y por otro montón de cosas más—No podía evitar que me salieran las maldades de dos en dos respecto a él.

—No, lo sabía de antes. Mi padre se empeñó en que recibiera una educación de aúpa y me tuvo internada por distintos lugares de Europa, Alemania incluida, durante mi juventud.

—¿Qué dices? ¿Rollo princesa Leonor, pero de aquí para allá?

—Justo eso, en unos internados de fábula, de esos de cuento.

—Ya, ya si se ve, parecen el castillo de Harry Potter.

—Palabrita del Niño Jesús que sí, lo mismo pensaba yo mientras estaba en ellos.

—¿Ves? Si es que tú y yo estamos comunicados cerebralmente, lo que pasa es que no lo quieres ver, ¿es o no?

—Sí, ¿no? Pues va a ser que no lo veo, fijate.

—Porque estás poniendo barreras a lo nuestro, pero también te digo que esto va a ser como canta El Arrebato, ¿a ti te gusta El Arrebato?

—Pues la verdad es que no lo conozco mucho, no te voy a mentir.

—Ya, ya, porque tú eres más finolis, de Il Divo y compañía, si lo sabré yo, pero El Arrebato canta verdades como puños.

—Ajá, ¿y a qué te refieres exactamente?

—Pues a que él canta que *“el deseo de ignorar un sentimiento es igual que pretender parar el tiempo...”*

—Tienes unas cosas que no son normales, Aitor, te lo digo y te lo repito.

—Y yo te digo y te repito que conmigo te ríes y con él no. Y esa es una verdad universal que, por lo visto, sirve igual aquí y en Pekín, ¿ok?

—Lo que tú digas.

—No, lo que digas tú—le saqué la lengua— y ahora, cuéntame más cosas de esos internados que solo podéis pisar los que estáis forrados en billetes.

—Que no, que también hay muchos niños becados en esos centros, ¿tú qué te crees?

—¿En serio? Pues eso no me lo habría imaginado en la vida.

—Pues sí, en serio, no te acostarás sin saber una cosita más.

—Y si no se aprende en la cama, ¿no es eso lo que dicen? Venga, vamos a darnos un camazo tú y yo, que seguro que nos enseñamos un montón de cosas interesantes.

—Aitor, no seas loco, cállate, que alguien podría oírte.

—Pero será alguien que tenga parabólicas en vez de orejas y coja la señal, porque aquí no hay nadie. Está el viejo, ese sí, pero entre que está dale que te pego a los negocios y que igual no se ha bajado el sonotone, chungo lo lleva...

—¿Qué sonotone? ¿Estás majara? Derek no utiliza eso.

—¿No? Pues ya a su edad debería, que te debe coger una palabra sí y dos no...

—Definitivamente estás loco—Negaba ella con la cabeza.

—Sí, loco porque me cuentes cosas de ti, ¿qué pensabas cuando estabas en el pijointernado? ¿Cómo se veía el mundo desde sus ventanales?

—Pues gris, yo lo veía todo gris.

—Normal, si estabas en Gales y en esos sitios, no verías el sol ni por cachondeo.

—Ya, pero no era cuestión solo del tiempo, es que en ese momento la vida era muy chungu para mí.

—Vaya por Dios, ¿y eso por qué?

—No, no quiero hablar de eso y menos contigo, que eres un desconocido.

—¿Tenemos una relación y soy un desconocido para ti? No hay quien te entienda, y luego el loco soy yo...

—Que no tenemos ninguna relación, locuelo...

—Porque tú lo digas. Venga, cuenta, que soy todo oídos...

—Vale, vale, es que mi madre había muerto y yo la echaba muchísimo de menos.

—Jo, lo siento.

—No, lo podrás imaginar, pero de ahí a saberlo... eso hay que pasarlo para tener una idea clara de lo que se siente.

—Es que yo tampoco tengo padres, ¿sabes?

—Ains, lo siento... Qué tonta, debí preguntarte antes de decirte eso.

—Anda ya, tú que ibas a saber, pero no estamos hablando de mí, sino de ti, ¿te sentiste muy sola allí?

—No sabes cuánto, fue una época muy complicada de mi vida.

—Vale, vale, me hago cargo de la situación. Y luego, en la universidad, ¿qué estudiaste?

—ADE, Administración y Dirección de Empresas.

—¿Y trabajas de ello?

—Ahora me he tomado un año sabático, pero empecé con las empresas de mi padre y luego seguí con las de Derek.

—¿Y se puede saber por qué lo del año sabático? Eso suelen hacerlo las personas por algo.

—Supongo que lo he hecho porque puedo, de otro modo, me habría tenido que aguantar—Se rio.

—Eso lo supongo, que en tu casa debe salir champagne del grifo, en vez de agua. Pero yo quiero llegar a lo más profundo, guapa, dime el porqué.

—Que quieres llegar a lo más profundo ya lo he intuido desde el primer momento.

—Mírala, si ella también sabe hacer bromas picantes, una cajita de sorpresas es.

—¿Y tú? Que ahora te has metido a terapeuta...

Capítulo 10



La que tenía montada Elizabeth esa noche en la fiesta no era normal. Ella, a la que ya parecía habersele pasado su interés por mí, valía igual para un roto que para un descosido, de forma que igual te servía copas que te montaba un sarao de mucho cuidado.

—¡Venga, todos conmigo! —Sus coreografías eran contagiosas, la gente no paraba de bailar con ellas.

—Esta pone en pie a un muerto—me decía Samuel.

—A ver si es verdad, porque hay alguno que sí parece estar muerto, pero encima es que se lo contagia a la pareja, el muy...

A Derek no se le movía ni un pelo de su canosa cabeza. Por más que lo miraba permanecía ajeno a la música mientras que a Ingrid es que se le iban los pies, no paraba.

Viendo el percal, yo me estaba poniendo malo por momentos, pues me imaginaba sus ganas de bailar y me parecía una soberana tontería que ella no pudiera estar dándolo todo en la pista con los demás solo porque a él no le llegara ni una pizca el día que repartieron la gracia.

En algún que otro momento, su mirada se cruzó con la mía y yo le hacía un gestito de que ya la quería ver bailando. Ella lo único que hacía era abrir mucho los ojos, como en señal de que no podía decirme nada. Ni falta que hacía, porque con ellos hablaba.

—Es cuestión suya, si quiere estar amargada, no deberías meterte, cada cual elige su destino. Pero que yo te entiendo, ¿eh? A mí también me mata que estén con esos por dinero—Samuel estaba que era una manguerita repartiendo alegría.

—Tío, ánimo, que no te quiero ver así.

—Ay, Aitor, si es que tú no lo entiendes, ¿no ves que no tenemos suerte en el amor? Tú y yo podríamos...

—Tío, qué morro tienes, tú estás a la caza, el uno o el otro, qué pasada, olvídate, que cuando te sale la parte ceniza eres un poquito pesadilla, perdona que te diga.

No, yo no creía que ella pudiera estar con él por dinero. Y menos cuando no es que viniera precisamente de una familia pobre ni nada parecido. Ingrid había conocido el lujo desde la cuna y no me la imaginaba hipotecando su felicidad de ese modo.

Si Derek se hubiera comportado de una forma distinta, sí me habría cuadrado más que pudiera estar enamorada de

él, pese a la diferencia de edad, pero es que... No, no era ella cuando estaba con él, ni la sonrisa esbozaba y si lo hacía, era de forma tímida. No era la sonrisa que me regalaba a mí, la que yo le sacaba con cualquiera de las tontunas que me acercaba a decirle.

—Sácala a bailar, Borja—le pedí a mi amigo, que estaba tomándose una copa en la barra.

—¿Yo? Tío, que eso es meterme en la boca del lobo, no me fastidies. A ver si al final los sicarios me los manda a mí el alemán.

—Me da mucha pena verla así. Mira, se le van los pies detrás de la música, pero nadie se ha atrevido a sacarla a bailar.

—Y quieres que sea yo, ¿ese es el aprecio que me tienes? Porque te recuerdo que si estamos aquí ha sido gracias a mi iniciativa.

—Y yo te lo agradezco, amigo, solo te estoy pidiendo un favor.

—Ya, pero un favor que puede llevarme a que me capen, nos ha jodido.

—Creía que tenías más arrojo, me he equivocado, déjalo.

—¿Y encima me dices que no tengo arrojo? Manda narices, tío. Venga, va...

Allá que fue Borja y la cara se le descompuso a Derek cuando la invitó a bailar. Ella, en un principio, negó con la cabeza, como agradeciéndoselo, pero diciéndole que no podía ser, ¿Que no podía ser? Yo es que me cagaba en todo lo que se meneaba, que no podía ser...

Mi amigo me miró y yo le pedí que insistiera, él me dijo con la mirada que valía, pero que le debía una bien gorda, porque la situación no era del gusto de Derek, se le notaba incómodo.

Finalmente, Ingrid dio su brazo a torcer y bailó con él una salsa, todo un clásico, “Valió la pena”, de Mark Anthony. Una verdadera señal porque y tanto que valió la pena, como que la cara se le cambió por completo a esa chica mientras se movía de un modo tan elegante como sensual sobre la pista.

Reparé en que eran muchos los hombres que la estaban mirando, espléndida como estaba con aquel precioso vestido blanco. Aquellas iban a ser unas Navidades muy especiales, unas en las que yo no pondría personalmente mi árbol de Navidad, pero sí contaba con una estrella que me iluminaba.

Derek tampoco les quitaba ojo de encima, aunque también miraba su teléfono a cada momento, lo mismo estaba cronometrando el tiempo que duraba la canción, capaz era.

Mientras, mis pies se movían debajo de la barra y me hacía a la maravillosa idea de que era yo y no Borja quien estaba bailando con ella, tomándola por los hombros, por la cintura, rozando mis manos con las suyas...

—Desde luego, hay que reconocer que la tía vale, llena la pista ella sola—murmuró Samuel.

—Así que me perdonas, ¿no amigo?

—Hombre, si me fueras infiel con una fea, no te lo perdonaría ni en mil vidas, pero con esta...

—Ay—suspiró Merceditas sin decir nada más. Tampoco hacía falta que lo dijera, ella miraba a Borja como yo miraba a Ingrid, por lo cual nos entendíamos perfectamente.

Mientras, Elizabeth seguía sacando lo mejor de cada uno de los presentes, animando a tope.

Ingrid iba y venía con su vaivén de caderas y movía las manos con un estilo tal que la palabra elegancia debía estar representada por su foto en el diccionario.

Mientras bailaba me dedicó una única y significativa mirada, con la que me agradeció estar viviendo aquel momento tan bonito.

Capítulo 11



—Tienes que bailar conmigo, me debes una—le aseguré al día siguiente, cuando la pillé en uno de los pasillos.

—¿Ya te la estás jugando otra vez? Mira que te van poner el carné del paro en la mano y luego dirás que ha sido mi culpa.

—Oye, que hoy estoy en mi hora de descanso. Como tú eres rica te piensas que nos están dando aquí todo el día con el látigo, los trabajadores conseguimos descansos hace ya un tiempesito, ¿qué te crees?

—No seas sarcástico que no te va, anda.

—¿Y qué me va entonces? ¿Me lo quieres contar tú? —La acorralé un poco con los brazos, me flipaba ver cómo el color acudía a sus mejillas siempre que lo hacía.

—No voy a decir lo que estás queriendo escuchar, si es a eso a lo que te refieres.

—Quedan tan solo unos días para Nochebuena y yo puedo adivinar en tu mirada lo que quieres pedirle al barbudo ese, ¿por Alemania también suele pasar con el frío que hace? Porque como se le congele la pedazo de barba que lleva las va a pasar canutas.

—Sí, también pasa por Alemania, listo. Pero este año las disfrutaré aquí.

—Has debido ser muy buena para merecerte eso, así como el regalito que te va a dejar el barbudo.

—¿Y qué regalito es ese? Si es que puede saberse...

—Muy sencillo, te doy una pista... Se mueve, jadea por ti, se le puede poner un lacito...—Si no hubiera sido una grosería, le había dicho que tenía rabo, pero no era plan.

—No me digas que Derek me va a regalar un cachorrito—me contestó, de lo más zalamera.

Vaya, ese también habría tenido rabo, pero no estábamos hablando de lo mismo.

—Muy graciosa, tu regalo soy yo y estoy listo para que me degustes cuando quieras.

—Eh, tú, la distancia de seguridad—se quejó porque cierto que, cada vez que la acorralaba, mis labios quedaban más cerca de los suyos.

—Cualquier día de estos me la salto, palabrita del Niño Jesús, como dirías tú—le insinué.

—Ni se te ocurra—me advirtió.

—Lo deseas al menos tanto como yo. O sea, mucho...

—Aitor me estás mareando, te prometo que no me dejas...

—¿Que no te dejo pensar en otra cosa que no sea yo? Pues me alegro cantidad de que así sea, guapísima.

—Tú tienes mucho morro, Aitor, sobre todo para ser un niño...

—Y dale, que no soy un niño.

—Tampoco Derek es un viejo y tú lo llamas así, de forma que ahora te aguantas.

—Eso de que no es un viejo habría que discutirlo, que para mí que era primo hermano de Tutankamon.

—Sí, Matusalén es ahora, lo que tú digas.

—Por lo menos iba con Noé en el arca, eso te lo garantizo.

—No se puede ser más tonto—murmuró.

—Y tú no puedes tener más ganas de besarme.

—No, las ganas las tienes tú.

—Las ganas las compartimos y lo sabes, pero te has metido detrás de esa fachada de esposa seria, que no te pega ni con cola...

—¿Qué te pasa a ti con eso de que yo sea esposa? ¿Es que tienes algún problema?

—Ninguno, el problema lo tienes tú, que solo te falta el collar de perlas para parecer una señorona cuando estás con él.

—¿Y qué si me pongo un collar de perlas? Bien elegantes que son...

—Ya, pero tú no quieres llevarlas.

—Ah, que se me olvidaba que de vez en cuando sacas la bola de cristal o, mejor todavía, te metes en mi cabeza y lees mis pensamientos.

—No me hace falta y lo sabes. Solo hay que verlo, tú lo que quieres es venirte conmigo a una excursión y que buceemos juntos o que hagamos surf, ¿te gusta el mar?

—Me encanta el mar, me apasiona.

—Claro, por eso te fuiste a vivir a Berlín, por las extraordinarias vistas al mar que tiene.

—Eso ha sido un golpe bajo, no puedes juzgarme, pero sí, el mar me apasiona.

—Pues dime cuándo puedes escaparte y yo te prometo que voy a enseñarte unas cosas con las que fliparás.

—Ese es el problema, que a mí me da miedo lo que me quieras enseñar.

—Me estaba refiriendo a unas cosas en el mar, pero que si tú me das luz verde yo te llevo al cielo directa.

—¿Tú no estás muy seguro de ti mismo para ser un niño?

—¿Yo? Cantidad, estoy cantidad de seguro. Además, me debes un baile y lo sabes.

—¿Y vamos a bailar en el mar? Mira que me extraña.

—No te voy a decir dónde ni lo que bailarías yo contigo por temor a que me cruces la cara, pero no me busques, por favor.

—¿Yo soy quién te busca? ¿Vas a tener el morro de decir eso?

—Tú encuentra un rato, te pienso llevar a ver sitios alucinantes y prometo no tocarte si eso es lo que quieres.

—No me fio de ti, Aitor, no me fio.

—Tú solo encuentra ese rato y yo te doy mi palabra de que no te arrepentirás.

—¿Nunca te cansas de insistir?

—No si merece la pena y tú la mereces.

—¿Y cómo sabes que la merezco? No me conoces de nada...

—Te conozco más de lo que crees, ¿y sabes por qué? Porque tus ojos son transparentes y a través de ellos puedo ver muchas cosas.

—¿Sí? Pues mira qué bien, me vas a tener que recomendar a tu oculista, porque debe hacer unas lentillas impresionantes.

—Tú sí que eres impresionante, ¿te vas a escapar o no?

—Es una locura, todo esto es una locura, pero igual mañana podría.

—Tú solo dime la hora que yo me acoplo.

—¿A ti te merece la pena todo esto? Mira que no lo creo, hay cantidad de chicas monas en el hotel y están solas.

—¿Y? Pequeña metomentodo, ¿me vas a decir quién tiene que gustarme y quién no?

—¿Pequeña yo? Aquí no hay nadie más pequeño que tú, que eres un niño.

—¿Un niño que ya comienzas a ver en sueños?

—No sabes lo que dices, de verdad que no sabes lo que dices.

Capítulo 12



Yo sí que lo sabía y también lo sabía ella... fui consciente de tal cosa cuando por la tarde me confirmó que al día siguiente tendría unas horas libres por la mañana, debido a que su marido debía hacer una videoconferencia de trabajo que le llevaría un buen rato. Por mí, como si eran tres días con tres noches, encantado de la vida.

—Buenos días, mi bella dama—Le hice una graciosa reverencia cuando la vi.

—Buenos días, todavía no me creo que esté aquí, se me debe haber ido la cabeza.

—Claro que sí, ¿no ves que estás haciendo una locura total?

—Tú riéte todo lo que quieras, pero para mí sí que lo es.

—Pamplinas, ¿te apetece que hagamos snorkel?

—Pero ¿para eso nos tenemos que ir muy lejos? Es que piensa que tampoco dispongo de tanto tiempo.

—No tienes ni que salir del hotel, confía en mí, ¿lo has practicado alguna vez?

—Sí y me encanta, pero hace años que no lo hago.

—Pues eso lo vamos a arreglar ahora mismo—Le di las gafas y el tubo que llevaba para ella.

En el momento que se despojó del mono a rayas marineras que traía puesto, a mí se me desencajo la mandíbula.

—¿Qué miras, tonto? —Se la veía apurada, a punto estuvo de volver a colocárselo.

—Que eso se avisa, rubia, porque ahora se me ha desencajado la mandíbula y no tengo idea de si me va a sujetar el tubo o no.

—Eres más bobo... Venga, vamos a meternos en el agua...

—Estás ansiosa, ¿qué te pasa?

—Que no estoy acostumbrada a hacer según qué cosas y me siento como culpable...

—¿Te refieres a ocultándole cosas al...?

—Ni se te ocurra decir viejo, niño...

—Pues lo es, no lo diré, pero lo pensaré. Mira, tú me ves así que parece que tengo la mente en blanco, ¿no? Pues por dentro estoy diciendo “viejo, viejo, viejo”.

—Míralo, el morro que tiene y se queda tan campante. Pues como le vuelvas a decir viejo no voy contigo ni a la puerta de la calle.

—No hay problema porque aquí no hay calles. Te recuerdo que estamos en el mismísimo paraíso, aquí todo funciona de un modo distinto.

Nos metimos en las transparentes aguas, aunque a mí se me iban los ojos más para aquella sirena que tenía a mi lado que para los bancos de coloridos peces que nos rodeaban, un espectáculo para la vista que la tenía entusiasmada.

Pese a ser diciembre, el Caribe nos regalaba unas temperaturas maravillosas y en el mar se estaba de vicio, aunque para vicio mi compañia, que estaba para echar una peonada con ella.

Yo no podía estar más feliz, porque con Ingrid me había pasado lo que con ninguna chica; que el simple hecho de estar a su lado durante un rato había supuesto todo un reto. Normal, también era la primera vez que yo me fijaba en alguien que estaba casada.

En un momento dado, su emoción hizo que se apartara de mi lado y se fuera hacia dentro a toda velocidad, lo que me obligó a imitarla. Vi en ese gesto que tenía impulso, determinación, que era de las que tiraba hacia delante sin mirar hacia atrás.

Cuando llegué a su lado, ni corto ni perezoso, la tomé de la mano y la empujé hacia fuera. Ella quería quedarse allí, pero estábamos a una distancia curiosa de la orilla y no me pareció lo más prudente.

Lo mejor del caso fue que permitió que nadáramos hacia fuera cogidos de la mano. Esa fue la primera vez que la rocé y, pese a estar debajo del agua, el calor de su mano me llegó como si estuviéramos delante de las brasas de esa chimenea de mi amiga Ari que tanto me gustaba.

—¿Por qué no nos hemos quedado allí? —me preguntó cuando, ya en zona segura, pudimos hablar.

—Locuella, porque te has ido hacia dentro como si no hubiese un mañana, ¿tú no las piensas?

—¿En serio me lo dices? Ay, mi madre, pues ni cuenta me he dado. Supongo que el problema es que las suelo pensar demasiado y que por una vez me he sentido tan...—Pensó en alto, no fue consciente de que la estaba escuchando.

—Tan libre, ¿no es eso lo que ibas a decir?

—Sí...—murmuró.

—Pues aquí no nos ve nadie, aquí tienes la libertad de hacer todo aquello que quieras sin que nadie te censure. Hazlo, por favor.

Noté que su mandíbula tembló un poco. Yo conocía ese temblor porque me ocurría lo mismo siempre que estaba muy nervioso o que deseaba mucho algo.

—No, no puedo...

—¿No puedes? ¿Y qué te lo impide? Verás, imagínate que el mundo se fuera a acabar y que tienes una última posibilidad de hacer aquello que te nace de dentro. Como se va a acabar ya no te traerá ninguna consecuencia, hazlo entonces. Es lo mismo, yo soy una tumba, esto no se sabrá, confía en mí.

—¿Y por qué debería confiar en ti? —me preguntó con ojos brillantes.

—Primero, porque no te he dado ningún motivo para que desconfíes, y lo suyo es confiar en las personas por instinto. Y segundo, porque sabes que me gustas demasiado para hacerte daño.

Ella no dijo nada más, solo actuó. Lo hizo por instinto, lo hizo siguiendo ese impulso que la llevó a que sus labios besaran los míos o al contrario... Solo sé que me quedé pegado a ella, irremediabilmente pegado.

—Ahora no voy a parar hasta conseguir hacerte mía, lo siento, pero tú has abierto la veda—le confesé con la miel todavía en los labios cuando se separó de mí.

—Ahora deberías conformarte con lo que ha sucedido. Siempre quedará aquí y entre nosotros. ¿vale?

—Siempre, pero pásate una noche de estas por mi habitación, por favor.

—No me pidas más de lo que puedo darte, acabo de traspasar una línea y para ello he faltado a una promesa que me hice.

—¿Te prometiste a ti misma que no le serías infiel conmigo al...?

Enarcó una ceja y su mirada reprobatoria habló por ella.

—No le digas...

—Pero si no he dicho nada...

Capítulo 13



Desde aquel momento, solo pude pensar en ese beso. Es como si me hubiera quedado en él, en un bucle que se repetía en mi cabeza una y otra vez.

—Desde luego, Aitor, que no puedes estar más agilipollado, muévete—me dijo Elizabeth, que esa era una polvorilla.

—Merceditas, ¿qué le digo?

—¿Y a mí me lo preguntas? Yo ya me estoy poniendo nerviosa, que no veas cómo me está mirando el tío ese del que os hablé.

Sin más, se agachó y Elizabeth y yo nos echamos a reír. El tío en cuestión era un ruso que parecía estar hinchado como el muñeco Michelin, de los músculos que tenía.

—Merceditas, hija de mi vida, sal de ahí, que no se puede ser más ñoña. Andando me escondía yo si me mirase el cachas ese así, hasta un hijo me dejaba hacer por él.

—Mira que sois con eso de los hijos, Samuel también con ese cachondeito...

—Bueno, pero él con Rafael lo tiene más difícilito para gestar, vamos digo yo que si hay comparación que venga Dios y lo vea. Ahora que yo con ese...

—Ese te iba a hacer un rinoceronte en vez de un niño, ¿no has visto lo que mide el tío?

—Y tanto que lo he visto, boba. Sal, que viene hacia aquí, ese quiere tema y tú estás muy falta.

—¿Tema? Pues como todo lo tenga igual de grande, te lo regalo enterito, Elizabeth, que yo no quiero ni pensarlo.

—¿Se puede ser más boba? No me digas que tú no mirarías ese cabezón suyo con ojos golosones.

—¿Qué cabezón? Porque yo me estoy perdiendo un poco—le pregunté.

—Normal, porque eres un hombre, el cabezón de abajo, por supuesto.

—Él es un hombre y tú una guarra.

—Sal, niña, que ya está aquí—Sin más, la cogió Elizabeth por la pechera y yo no sé cómo la levantó con tanta fuerza, que parecía estar poseída, pero la encaró hacia el ruso, de forma que esta se puso morada de la vergüenza.

—¿A que se nos desmaya aquí mismo otra vez? —le pregunté por lo bajini.

—Pues que se desmaye, pero a esta la espabilo yo, por la gloria de mi tía abuela Petra que la espabilo yo.

El ruso le sonrió y ella más se amarató todavía y no digamos ya cuando comenzó a hablarle, eso sí, en inglés, porque si lo llega a hacer en ruso también lo iba a entender la tía abuela esa Petra de la que hablaba Elizabeth, que Dios la tuviera en su gloria.

—Hola, ¿puedo preguntarte cuándo estás libre?

Ella lo miró como si hubiera visto al fantasma de la tal Petra, porque no podía articular palabra.

—Preguntarlo ya lo has preguntado—acertó a contestarle.

—Ya, ¿y tú vas a responderme?

Un codazo por parte de Elizabeth fue santa medicina, se veía que era lo mejor para que a uno se le soltase la lengua.

—Bueno yo... Esta tarde, libro esta tarde.

—Y por la noche también, lo que pasa es que a ella le gusta irse a dormir a la hora de las gallinas, que solo falta que le pongamos el palo. Pero que yo de ti sería otro palo el que le pusiera en las manos y lo mismo lo cogía con ganas, que esta está...

—Calla, calla, que le da, so burra—le pedí.

La otra estaba a punto de sucumbir por la presión e irse al suelo, porque Elizabeth era mucha Elizabeth, una auténtica bestia parda a la hora de decir las cosas.

—Lo que mi amiga te ha querido decir es que esta otra amiga—le señalé a Merceditas para dejarle claro que yo no tenía nada con ella, no fuera a perder los piños—, estará encantada de que la invites a cenar esta noche, que trabaja mucho y necesita airearse un poco.

—Pues eso, lo mismo que he dicho yo, ¿o no? Que te la lleves a cenar y que no nos la devuelvas hasta que le hayas dado un buen revolcón. Si al final hemos llegado al mismo punto, solo que por caminos separados...

Menos mal que habíamos llegado al mismo punto, porque al que llegó Merceditas, inevitablemente, la hizo acabar en el suelo.

—Si es que no se puede contigo, Elizabeth, no se puede—le reñí mientras intentábamos reanimarla echándole viento con una servilleta.

—Claro, Elizabeth tiene la culpita de todo, cuando lo único que dice son verdades como catedrales de grandes, ¿o no está falta de un buen...?—Hizo el gesto con el brazo y hasta el ruso se rio, y eso que a priori no parecía demasiado fácil.

—Que yo no estoy falta de nada—murmuraba ella entre este mundo y el otro.

—Que te calles, que te va a dar la vida, niña. Mira, ruso, abanícala tú—Le dio la servilleta y yo me reí por esa salida suya de llamarlo “ruso” como si no tuviera otro nombre...

El chaval tiró la servilleta y, sin más, comenzó a soplarle él mismo en la cara.

—Madre mía, si echa más viento que los molinos esos eólicos de las carreteras, el jodido, como le ponga el mismo ímpetu a todo, yo me cambiaba por ella ahora mismo—comentaba la otra.

Sí que echaba viento, sí. El suficiente para que la chiquilla hubiera pillado una pulmonía si no fuera porque estábamos en el Caribe y no en la Estepa rusa, de donde debía ser el tiarrón aquel.

Había cada ejemplar por el mundo que debía ser digno de estudio.

Capítulo 14



Gema llegó la mar de contenta, como era ella, con su pelo corto siempre perfectamente peinado, con la sonrisa en la cara y ese agrado que Dios le había dado, único para las fiestas.

—Es que va a ser la mejor cena de Nochebuena de toda la historia del hotel, ya la estoy viendo, con los salones perfectamente engalanados.

—Te veo muy contenta, Gema y eso que no paras, tienes culillo de mal asiento.

—Aitor, es que tiene que quedar todo genial, estoy hecha un manojillo de nervios, como dicen en mi tierra.

—Qué tierra esa tuya, Gema, mira que aquí comemos bien, pero es que ese olor a pescadito frito que sale de la Plaza de las Flores, ese no se puede comparar con nada.

—Qué va, pero aquí podemos caribear, Aitor, me estoy preparando unas coreografías para la fiesta que voy a dejar a todo el personal masculino con el rabo más tieso que...—Elizabeth es que no podía contener su verborrea, de manera que le puse la mano en la boca.

—Tú déjala que yo no me voy a asustar de nada de lo que me diga. Y menos hoy, que estoy eufórica, qué fiestón...

—¿Conoceremos por fin a tu marido y a tu hijo, Gema? —le pregunté porque ya tenía yo ganas de que me los presentara.

—Hombre que sí, él ya tiene la ropa escogida desde el minuto cero en que se lo dije.

—O sea, que tienes un marido la mar de coqueto.

—¿Mi marido? Qué va, te hablo de mi niño y eso que tiene solo siete añitos, pero ya apunta maneras, no le gusta nada un logo de Spagnolo...

Causó mi risa porque Gema era de esas personas que se hacían querer y que me cargaban las pilas cada vez que la veía, siempre tan dicharachera y con mil cosas positivas que contar. Además, no tenía un pan suyo y siempre nos traía algún detalle de esos que te llegaban al alma, mucho más estando lejos de nuestra tierra.

Me quedé poniendo copas, aunque mi cabeza no paraba. Solo me faltaba girarla un poco más y hablar ciertas lenguas muertas para que en el Vaticano dieran fe de mi posesión, porque no podía tener el pescuezo quieto hasta que no diera con Ingrid, a la que no había vuelto a ver.

Tanto es así que aquel mediodía no aguanté y le pregunté a Juan Carlos, de recepción, por si continuaban en la

misma habitación. Una vez que me confirmó que sí, me pasé por cocina a ver si había alguna comanda preparada para la de ese número y, ¡bingo! Allí estaba.

Suerte que el chico que debía encargarse de subirles la comida estaba en la inopia, por lo que cogí yo la camarera, lujosamente preparada, y para el ascensor que me fui. Menos mal que no se trataba de llevar una bandeja, porque con esas me llevaba yo algo peor y más de una había acabado en el suelo. Lo mío era más bien el trabajo de detrás de la barra...

—Buenas tardes, servicio de habitaciones—le dije en el más neutral de los tonos al abrir ella la puerta, porque él debía estar escuchándonos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó por lo bajini, indicándome que Derek estaba en el baño.

—No podía aguantar las ganas de verte, ¿y tú? ¿Se puede saber por qué no estás luciendo palmito en la playa? Que se te va a ir ese bonito bronceado entre estas cuatro paredes, chica.

—Es que ayer estuve un poco indispueta, por eso.

—¿Indispueta? Pues yo te veo la mar de bien y, es más, yo sí que estaría dispuesto a darte lo tuyo.

—Que te calles, Aitor, que Derek puede enterarte y junto con la comida seguro que se sirve una buena ensalada de puño.

—Joder, y encima yo no podría ni tocarlo porque estaría muy feo pegarle a un anciano, claro...

—¿A un anciano? Pues no te imaginas los rechazos que encaja el anciano, que lleva toda la vida haciendo boxeo.

—Joder, con el viejo... Bueno, lo mismo podría hacer una excepción y defenderme, que tampoco me importa a mí tanto lo que digan de mí.

—Más te valdría y ahora vete, por favor, me estás poniendo en un compromiso.

—Cariño, ¿estás hablando con alguien? —le preguntó Derek desde el baño.

—Con el botones, que ha venido a subirnos la comida.

—Sí, el botones Sacarino de los tebeos soy yo, no te jode. No me voy de aquí hasta que no me des tu teléfono, tengo derecho a saber de ti si estás mala.

—Mal de la cabeza estás tú, no te quieres bien, Derek te va a hacer picadillo.

—Que lo intente. Y si lo consigue me da igual, habrá valido la pena.

—Tú no sabes lo que dices, te prometo que no lo sabes.

—El teléfono y me voy. Venga, tecléalo aquí—Le saqué el mío.

Ella echó una mirada hacia la puerta del baño, para asegurarse de que seguía totalmente cerrada y, a continuación, lo

tecleó.

—Buena chica, ahora ya solo falta un detalle más y me voy.

—¿Qué detalle? Vete ya si aprecias tu vida, hombre.

—La aprecio, la aprecio, pero qué sería de la vida sin los besos... Quiero el mío.

—¿Qué beso ni qué niño muerto? Que te vayas ya, por favor.

—No me pienso ir hasta que tú no me lo des y no creo que a tu marido le falte demasiado para abrir la puerta... O lo mismo sí, que igual chochea y se desorienta.

—Tú sí que estás desorientado en la vida, venga vete—me dijo al tiempo que me estampaba un besazo en los labios de esos que uno no quiere que se borren.

Capítulo 15



A un día de la Nochebuena se celebraba otra bonita cena esa noche, por lo que le escribí, más que nada para confirmar su asistencia.

Yo: Tienes que bajar esta noche, el salón está precioso, pero le falta la luz que irradian tus ojos, ¿eso lo puedes comprender?

Ella: ¿Y tú puedes comprender que como te pille Derek los tuyos no los podrás abrir en mucho tiempo? Te va a dar la del pulpo.

Yo: Que lo intente, además que me importa un bledo con tal de haberte visto, aunque solo sea un momento.

Ella: Pues prepárate, porque a partir de entonces tendrías que escribir esas novelas tuyas en método braille.

Yo: Te repito que no me importa, ¿qué sería del mundo sin amor? Eso es lo que dicen mis novelas y yo tengo que predicar con el ejemplo, ¿o no?

Ella: Muy propio tú, pero como te pille mi marido, que el Señor te coja confesado.

Respiré hondo porque al menos bajaría a cenar, pero no le faltaba razón en que cada vez me la estaba jugando más. Eso no me importaba, no le había mentido, si bien lo que no quería era causarle ningún problema a ella.

La cena, pese a no ser todavía la de Nochebuena, era de bastante postín y un pianista emitía las primeras notas mientras los clientes iban llegando y tomando asiento.

Dentro de los hoteles de Punta Cana, aquel sobresalía por el lujo y por los cuantiosos detalles que tenían con unos clientes que solían salir de él encantados, dejando las mejores reseñas.

Gema estaba magnífica, preciosa y brillante, muy metida en su papel. Elizabeth se preparaba para la paliza de animar que se daría más tarde y Merceditas parecía como ida.

—¿Se puede saber que te pasa a ti? —le preguntó Borja cuando llegó, viendo que estaba en babia.

—Nada, que ayer trasnoché y hoy estoy un poquito cansada.

—¿Trasnochaste? Espera, que creí que hablaba con Merceditas, lo siento.

—Muy gracioso, pues sí, trasnoché, ¿Qué pasa?

—Escucha que para ella trasnochar fue llegar a las doce, ¿eh? No te creas que la cosa es para tirar cohetes—le aclaró Elizabeth.

—¿Y? Pero nos dio tiempo a cenar y a tomar una copa, fue un plan perfecto.

—Un plan perfecto, ¿con quién? Yo me he perdido algo, ¿puede ser?

—Tú verás, Borja, concretamente llevas un par de días perdido... Se dice, se comenta y se rumorea que en brazos de una mulata, ¿puede ser? —emuló su coetilla Elizabeth.

—En sus brazos no diría yo, pero va...—Al otro solo le faltaba ponerse galones al respecto.

—Pues yo salí a cenar con Vladimir, ¿pasa algo?

—Nada, nada, sobre todo porque no sé quién es Vladimir, guapa.

—Pues un tío cachas, pero cachas.

—Se ha quedado corta, pero que muy corta. Es un tío que te da un guantazo y te manda directamente a Groenlandia, sin pasar por la casilla de salida y sin nada, eso es lo que te ha querido decir la chavala—le aclaró Elizabeth.

—Ay, es que siempre tenéis que mentar la sogá en casa del ahorcado... Ya me habéis recordado a los músculos de Rafael, que yo lo veo ahí, sudado en el gym y me pongo tó cerdo.

—Qué guarro, ¿te gusta verlo sudado? —le preguntó Merceditas.

—Claro, tonta, así está más jugosito. Además, que yo a ese el sudor se lo quitaba a lengüetazos.

—Y yo habría podido vivir toda la vida sin conocer ciertos detalles, cállate ya, tío—le pedí.

—Un poco de silencio que estoy yo intentando ponerme en situación, entonces, ¿en qué momento estáis el Vladimir ese y tú, Merceditas?

—Ay, pues yo qué sé, supongo que nos estamos conociendo, Borja.

—Eso será él a ti, guapa, porque a él se le conoce desde lejos, se le ve venir a leguas—matizó la otra, que estaba divirtiéndose tela con la conversación.

—Eso es verdad, que tiene unos músculos que ni Popeye. Mira, Elizabeth, me dijo que le tocara el bíceps y yo creía que estaba tocando la piletá de bautizar de la iglesia de mi barrio, que es de mármol y está más dura que un leño.

—Pero vamos a ver, niña, ¿tú pillaste cacho o no pillaste cacho?

—¿Qué cacho? Él vino entero y se marchó entero, guapa. A ver si te crees que lo iba a descuartizar, ¿tú me has visto a mí cara de Jack “el destripador”?

—No, hija, sobre todo porque a ese le iba demasiado la sangre y tú de eso no tienes ni una mijita, ¿que si te liaste

con él o no? Leches, que no hemos tenido tiempo de hablar en todo el día y estoy intrigada perdida.

—Ah, no, qué va, pero le toqué el bíceps, ¿te lo he contado ya?

—Y encima un disco rayado, que sí, que te pareces a una vieja repitiéndolo todo...

—A mí de viejos no me hables, que me pongo de mala leche—le advertí.

—Y dale el otro, no es pesadito, que ese tío no es viejo, el alemán tiene un buen repaso. Si quieres te lo entretengo un rato para que te comas a la rubia, que no sé qué le has visto, pero que estás chalado desde que la conoces.

—Joder, menos mal que quería contigo—murmuró Borja.

—¿Qué has dicho? —le preguntó ella con malas pulgas.

—No, si hasta la pan sin sal esta se va a dar un revolcón antes que yo, he caído en desgracia, he caído en desgracia. ¡yo también quiero follar! —chilló Samuel, a quien le patinó en ese instante la única neurona que debía quedarle en la cabeza.

Ante semejante grito, se creó tal confusión en el salón que hasta el pianista paró la música, por lo que todas las miradas se fueron hacia él.

—Lo siento, lo siento, es esta humedad del Caribe, que me está perjudicando un poco, ahora mismo se pone Samuel un taco de hielo en la frente y se le pasa.

—¿Un taco de hielo en la frente? Para rebajar lo que tú tienes, mejor metes directamente los huevos en una cubitera, chaval—le aconsejó Elizabeth.

—Tú eres muy graciosa, ¿puede ser?

—Y muy lista, más que tú, que yo me llevo de calle al que me da la gana...

—Pero eso es porque eres mujer. Prueba a meterte en mi cuerpo de hombre un día, un solo día. Y eso, además en este cuerpo escuchimizado, que si te metes en el de un guaperas como Borja vale. O en el de Aitor, que tiene una cosa que a mí me puede...

—Ya estaba tardando en salir Aitor a la palestra—resoplé. Me estaban volviendo loco, a mí, que solo podía pensar en ese segundo beso por parte de Ingrid. Parecía como, si de repente, la vida fuera eso que transcurría entre cada uno de sus besos...

—Pues la empanada esta, ha tenido la oportunidad y no se ha comido un colín, ¿cómo te lo comes?

—No lo busques más, Elizabeth, que te gusta mucho escucharlo—Ya sabía yo que venía tela detrás de eso.

—Oye, que tampoco tuve la oportunidad, que solo me dijo que le tocara el bíceps...

—Que no la tuvo, chicos, ¿qué os parece? Mira, guapita, a mí ese expositor de músculos me dice que le toque el bíceps y es que abre la veda, me amorro al pilón y no me separan de él ni con agua caliente, ¿te has enterado?

—Yo sí y también se ha enterado todo el salón, por si te ha quedado duda—El torrente de voz de Elizabeth tenía lo suyo y de nuevo el pianista dejó las manitas quietas otra vez.

—¿Se puede saber qué habéis bebido? Sobre todo, para que me deis una copita, porque debe ser algo buenísimo, estáis revolucionados, van a pensar que los españoles somos unos degenerados—concluyó Gema.

—Pues anda que irían muy desencaminados, como no nos digan algo que no sepamos...—Elizabeth lo tenía clarísimo también.

—Un poquito de por favor, que porque no estamos en Cádiz, pero, si no, íbamos a salir en las letras de Carnaval, va...

—Tranqui, Gema, yo te los controlo a todos, déjalo de mi mano.

—¿De tu mano, Aitor? Todavía se están preguntando en cocina quién subió el almuerzo a la habitación de cierto alemán que, como te atrinque, vas a tener que volver a España corriendo sobre las aguas, como Jesucristo.

—No tengo ni la menor idea de lo que me estás contando, Gemita, eso ha debido ser obra de un gamberro, que hay mucho suelto.

—Es que estáis acabando con mi paciencia, Aitor, que sois unos impresentables...

—Gemita, te veo un poco tensa, ¿tú quieres irte a casa y que nosotros nos ocupemos de todo?

—En eso estaba yo pensando y mañana, en vez de un hotel, me encuentro un solar cuando llegue—resopló.

—Pues no te diría yo que no, porque cada vez que veo a Christopher con Rafael, me dan ganas de ponerle una bomba.

—Tú quietecito, Samuel, que te veo muy suelto. Mañana, si eso, nos vamos con Borja fuera a tirar unos cuantos petardos, pero hasta ahí...—Le di unas palmaditas en la espalda.

—“*En la puerta de mi casa, voy a poner un petardo...*”—comenzó a canturrear Merceditas y por la mirada que le echó Elizabeth, comprendió que era mejor que se callase si quería seguir con vida.

—Pues yo, cada vez que escucho hablar de Rafael, me acuerdo de la canción esa de “*¿Qué pasará? ¿Qué misterio habrá? Puede ser mi gran noche...*”—le tomó Gema el relevo en lo del canturreo, si bien ella tenía una voz muy bonita.

—Esa mola, aunque sea una antigualla, pero mola... Pídesela al pianista, Gema, que a mí no me hace caso.

—A ti no te hace caso porque le has cogido el culo antes de sentarse, Elizabeth, bonita, que lo hemos visto todos.

—Oye. Samuel, ¿tú no tendrás complejo de cámara de vigilancia de las antiguas? Vaya, de lo que ha sido toda la vida de Dios una portera de patio, ¿no?

—De eso nada, que yo tengo mucho estilo para eso.

—Y mucha mala leche también, que cuanto menos fo...

—Por el amor de Dios, que voy a tener que agarrarme a una botella para que no me dé un telele, ponedme una copita, sí.

A Gema se la estábamos dando mortal en una noche en la que mi expectación era grande por ver bajar a Ingrid. Lo hizo un ratito después, con un vestido en verde (Mercedes me explicó que era verde agua, algo que yo no habría sabido ni en tres vidas que viviera) y con el pelo perfectamente alisado. Ese día lo llevaba como si fuera un manto, de tal forma que no acaparaba para nada la atención, que se centraba en sus preciosas facciones.

—Si es que es una muñeca—dije en alto sin pensar.

—Sí, una muñeca que piensa que eres un niño, igual por ahí hacéis buen equipo.

—Elizabeth no me toques las narices, que te gusta mucho hacerlo.

—La verdad es que me gustaba más tocarte otra cosa, pero resulta que desde que apareció la rubia parece que hayas hecho voto de castidad, así que me dedicaré a las narices, qué le vamos a hacer.

—Mira que eres tocapelotas, se te da de fábula.

—Ahí sí la has clavado, ¡bingo! Nunca se me han quejado.

—¿Tenéis que seguir hablando de pelotas y de clavar? Porque yo ya me he echado dos cubiteras por la espalda y sigo embarradito en sudor.

—A Samuel, como siga así, vamos a tener que ir a que lo ordeñen directamente—Elizabeth era de lo más bruto cuando quería.

—¿Me estás comparando a mí con una vaca?

—No, las piernas las tienes más bien de gallina, pero que no te ofendas, si yo lo decía por tu bien.

—Pues por tu bien también te puedo yo decir lo que pienso de...

—¡Otra copita, Aitor, por favor! —me pidió Gema, que ya había tirado la toalla, a sabiendas de que esa noche estábamos totalmente descontrolados.

—Si luego se te sube a la cabeza, no es mi culpa, ¿vale? Que yo solo obedezco órdenes, por eso de que donde hay patrón no manda marinero, Gema...

Y hablando de la Marina, me acordé de mi querido Dylan, otro compañero de letras que se lo hubiera pasado de miedo luciéndose por allí, entre tanta chica guapa, con una copita en la mano.

La noche prometía, de modo que yo emulé a Gema y lo primero que hice fue meterme un copazo entre pecho y espalda de esos que no se saltaba un galgo.

Ingrid estaba tomando asiento y él no le soltaba la cintura, como si temiera que si la soltaba durante un segundo la perdería. Qué equivocado estaba el viejo aquel, porque en parte ya la tenía perdida.

—Aitor, tú tranquilo, que se te nota a dos kilómetros y tampoco es plan de que te batas en duelo con el tío este, que

según dicen que es con la mujer nos tira una granada y nos deja a todos aquí como en los dibujitos animados, con la cara más negra que el tobillo de un grillo—me sugirió Borja.

—¿No tenías otra parte del tobillo que mentar? —le preguntó un Samuel que estaba de lo más irascible.

—¿Y ahora qué he dicho yo para que te ofendas? Tío, a ver si el Rafael ese te hace ya un favor, porque estás de un sensible que no hay quien te mire el hocico.

—O a ver si se cambia de acera y se lo hago yo a él, que no veas cómo se está poniendo el tío, cada día más bueno—intervino Elizabeth.

—Eso, ¿serás avariciosa? De los pocos tíos con los que no tienes posibilidades aquí y también te lo vas a querer beneficiar, es que me das un asco...

—¿Beneficiármelo yo? Mira, guapo, en todo caso el que saldría beneficiado es él, ¿tú me has visto?

—¿Ahora también me vas a querer impresionar a mí? Pues la llevas clara, porque para eso te hace falta un buen...—El muy borrico hizo el gesto de que le faltaban unos cuantos centímetros que más o menos marcó en el aire para ser su tipo.

—Estás amargado, tío, vamos a hacerte entre todos un Bizum y te pagamos un gigoló, porque saldremos ganando, que como la amargura se pegue vamos listos...

—Venga, venga, tranquilidad en las masas, porfi—nos pidió Borja.

—Sí, tú pide tranquilidad, pero tampoco provoques.

—Pero Samuelito, ¿yo te he provocado? Si no te he dicho nada, macho.

—Sí, sí, pijo, que al mentar lo del tobillo del grillo me traes muy malos recuerdos, que los niños siempre me decían que yo tenía menos carne que eso, desde que era así—Marcó la altura de un retaco.

—Pues más o menos como ahora—soltó la otra y él le dedicó una miradita incendiaria capaz de hacerla arder a ella y a todos los que la rodeábamos.

No sé cómo fui consciente de todo eso, porque yo solo tenía ojos para Ingrid, que ya volvía a mostrarse lánguida delante del hombre que creía estar poniéndole el mundo a los pies, cuando en realidad ella no estaba en absoluto feliz con él.

Durante la cena noté varias veces cómo él trataba de darle conversación y ella se la seguía, lógicamente, pero solo le bastaba bostezar, que para mí que ese le estaba recitando la lista de los reyes godos.

Yo sí que tenía ganas de susurrarle cosas al oído, cosas que la ruborizaran hasta hacerla caer en la cuenta de que tenía que ser mía sí o sí.

Estuve toda la noche esperando, rezando porque la próstata le jugara una mala pasada o porque tuviera que ir a ajustarse el peluquín (dígase también con ironía porque el tío tenía pelazo) o porque simplemente se abriera un agujero debajo de su silla y la tierra se lo tragara, escupiéndolo en la Gran China, por no decir en la gran puñeta.

Fue a la hora de los postres cuando lo vi levantarse y salí flechado hacia su silla.

—Acompáñame, Ingrid, por favor—le pedí al pasar por su lado, como quien no quiere la cosa.

El salón estaba a rebosar de gente, por lo que nadie se coscó de la maniobra, aunque tampoco creía yo que el tío tuviera infiltrado allí a un espía, aunque de ese, cualquier cosa me podía esperar.

—Estás loco, Aitor, Derek puede volver en cualquier momento.

—Menos lobos, Caperucita, que me he asegurado de que Borja lo distraiga un momento a la salida del baño.

—¿Has hecho eso? Vosotros qué sois, ¿una banda de delincuencia organizada?

—Sí, la mafia rusa somos ahora. Hombre que, si Vladimir nos echa una manita, no te digo yo que no nos trajera más cuenta que lo de trabajar aquí.

—Venga ya, ¿qué quieres?

—Otro beso, quiero otro beso.

—Te estás malacostumbrando y yo en unos días me habré ido, ¿no lo entiendes?

—Pues claro que lo entiendo y como por WhatsApp no sería lo mismo, quiero mi beso aquí, en vivo y en directo.

—¿Y si alguien nos ve?

—Yo aquí no veo a nadie, así que déjate de excusas y dame mi beso.

—Eres imposible, Aitor, ¿qué quieres de mí?

—No me hagas decirte aquí lo que quiero porque entonces sí que llegaría el viejo y le darían los postres y hasta la copa de Jerez de después antes de que vuelvas.

—¿De Jerez? Ya se nota que te gusta a ti la zona de Cádiz, ya...

—Sí, pero todavía me gustas más tú.

—Eres un niño y un incorregible, que lo sepas.

—Pues entonces, no trates de luchar más y dámelo. O, en su defecto, dime que no tienes ganas de dármelo y asunto zanjado.

—Uno cortito y salgo corriendo...

—Muy bien, guapísima, y a ver si hay suerte y se te cae el zapatito de cristal por el camino, de manera que tenga yo que ir mañana a probártelo.

—Tú aparece por mi habitación con un zapato y Derek se encargará de que el tacón te lo tenga que sacar de la

cabeza un cirujano.

—Me da igual, habrá merecido la pena. Estoy esperando mi beso.

Acerqué mis labios a los suyos y obtuve mi premio durante un instante, un instante en el que habría parado el tiempo.

Capítulo 16



El ambiente no podía ser más festivo... Día de Nochebuena y el bullicio era tremendo en el hotel.

—Ay, Dios mío, ¿no es Rafael el que está en lo alto de esa escalera? Pero ¿qué hace un animador allí? —El chaval estaba echando una manita.

—Pues sí, yo por ese culazo que tiene diría que es él...

—Tú, cómo no, Elizabeth, siempre pensando en lo mismo, no tenías otra cosa en la que fijarte de él.

—Claro que la tengo, en el paquete, no te digo... Y ahora me vas a decir que tú le miras a los ojos. Mira Samuel, eres un hipócrita total.

—Pues claro que le miro a los ojos y bien bonito que los tiene.

—Lo que yo diga, un hipócrita...

No le dio tiempo a decir nada más porque lo vimos salir corriendo como si se le fuera la vida en ello.

—La escalera, la escalera...

Resulta que una señora de esas de lo más considerada, que llevaba un bolsazo en el que podía meterse ella a dormir, le arreó con él a la escalera al pasar y el chaval se quedó en el aire.

Décimas de segundo, fueron unas décimas de segundo en las que la escalera se tambaleó y en los que SuperSamuel, porque solo le faltó ponerse la capa y el calzoncillo rojo, corrió al rescate.

Digamos que no se lo pensó ni mucho ni poco y el pobre se puso debajo, con tal mala pata, y nunca mejor dicho, que trató de sujetar a Rafael, quien le cayó en todo lo alto, con un peso que debía doblar al de nuestro amigo y de muro músculo.

Y, por si eso fuera poco, lo siguiente que cayó fue la escalera sobre la pierna del escuchimizado y el crujido que escuchamos precedió a un grito que lo decía todo.

—¡Ostras! Se nos ha desgraciado—soltó Elizabeth mientras todos corríamos al rescate.

—Tío, ¿te has puesto debajo para que no me pasara nada? —le preguntó Rafael, emocionado.

—Sí, sí, pero me ha pasado a mí, Dios mío, cómo duele, me muero, trae un papel que voy a plasmar mi última voluntad.

—Pero chalado, si tu última voluntad es darle un meneo a este, aprovecha ahora que lo tienes encima. Total, si la vas a espichar—Elizabeth era pura sensibilidad.

—¿Qué estás diciendo, brujona? Aitor, amordázala y trae morfina en toneladas para mí, que me estoy muriendo y no quiero sentir más dolor, bastante he padecido ya en la vida.

—Animal, ¿soy yo médico o algo? Y tú no te vas a morir, en todo caso tendrás la pierna rota.

—¿Y te parece poco? Ay, yo no quiero pensarlo... No me llevo muy bien con el dolor, no me llevo nada bien, no hay nada que pueda calmármelo, absolutamente nada, mi vida se ha ido al garete, ya nada podrá reanimarme...

Y, sin mediar palabra, Rafael le metió un besazo con lengua que debió llegarle hasta la campanilla. Yo no sabía que los besos tuvieran efecto terapéutico, pero me enteré ese día, porque aquel cazurro se calló de inmediato.

—¿Ahora mejor? —le preguntó Rafael, sin dejar de mirarlo.

—Mucho mejor, mucho mejor... Pero necesito un buen puñado más, besos a montones para que se me pase el dolor, que te he salvado la vida.

Samuel se vino tela arriba mientras los demás lo mirábamos negando. No podía ser más personaje el tío, pese a tener la pierna a la virulé, allí estaba de lo más contento y allí hasta habría dejado que el otro completara una faena si se hubiera puesto a ello.

Enseguida se corrió la voz y acudió cantidad de gente. Una de las primeras en llegar fue Gema.

—¿Y ahora qué habéis hecho? Dios mío, si todavía no me he repuesto de la que formasteis anoche y ya vais a por otra.

—Gema, tranquila, ha ocurrido un milagro porque me estaba muriendo, pero Rafael me ha resucitado con sus besos.

—¿Con sus besos? —Los ojos le hacían chiribitas a la mujer y enseguida comprendimos la razón.

—¿Rafael? ¿Qué está pasando aquí? —Christopher venía detrás de ella y se encontró allí el pastel, con guinda y todo, porque para demostrárselo a ella, Rafael comenzó a besarlo de nuevo.

—Pues que pasa de tu culo, básicamente—le contestó una Elizabeth que eso de tener pelos en la lengua era un concepto del que nunca había escuchado hablar.

Él la fulminó con la mirada, y no digamos ya a Rafael y hasta al pobre de Samuel, que volvía a quejarse a gritos, porque vio que el potaje se estaba poniendo muy agrio.

—¡Llaman urgentemente a un médico! —chilló mientras el otro se ponía de pie.

—Ya viene en camino—le informó Gema.

—Pues yo quiero que me anestesien, pero mucho, hasta que pierda el sentido y no me despierte en días. Mientras, en

sueños, recordaré el calor de tus besos, Rafael.

—Pero ¿este tío de donde lo habéis sacado, Aitor? No puede ser más dramático, menudo actor se está perdiendo el mundo.

—Yo qué sé, Elizabeth, veremos si terminamos el año aquí o si este tío nos sube a todos en un avión hoy mismo— El semblante de Christopher lo decía todo, estaba desencajado mientras se marchaba.

—¿Y qué culpa tenemos los demás? No, Christopher no nos hará eso, que es amigo de mi padre, pero en evidencia estamos quedando, mi padre nos envía un matón en cualquier momento—añadió Borja.

—¿Nosotros? Pero si es el escuchimizado, los demás no hemos roto un plato—se quejó Elizabeth.

—No, no, aquí todos hemos sido muy prudentitos, no nos conocen ni nada.

—Vale, que sí, que nos hemos tirado a todo lo que se menea y que Aitor está a punto de crear un conflicto internacional por su capricho con la rubia, pero que tampoco es para tanto.

—Nada, nada, no es para tanto...

Bien había comenzado el día de Nochebuena. Al pobre de Samuel le tuvieron que escayolar la pierna y, aunque no le dieron morfina, sí que creo que le administraron algún calmante más de la cuenta, pues de sobra entendería el médico que de otro modo no podríamos soportarlo.

Mientras, él, empastillado como estaba, les contaba a todos que el accidente había ocurrido por cogerle las bolas a Rafael, las bolas de decoración, se entiende, pero él no daba demasiadas pistas al respecto, dejándolo en el aire.

En el fondo y, pese al susto, el tío estaba encantado de la vida, sobre todo desde que Rafael le había plantado cara a Christopher, de quien no debía estar demasiado enamorado, porque desde el principio le lanzaba unas miraditas a Samuel que así lo indicaban...

Capítulo 17



La gran noche llegó y con ella no nos faltaría el trabajo, porque la gente tenía unas ganas de comer, beber, bailar y, en general, divertirse, que eran una pasada.

—Míralo, lisiado y más feliz que una perdiz—Elizabeth se reía de Samuel, quien se empeñó en permanecer a nuestro lado en la barra en su sillita de ruedas, no sabía yo si por no sentirse solo o porque temía que Christopher apareciera en cualquier momento y le partiera la otra pierna.

—La que has liado, pollito, la que has liado, a partir de ahora nos van a tener en el punto de mira...

—¿Y no merece la pena, Aitor, no merece la pena por amor?

—Yo es que, a todos los románticos como vosotros, los metía en un cubo de agua y los ahogaba.

—Elizabeth, por favor, ¿qué estás diciendo? Pero si el romanticismo es lo más bonito del mundo. A mí, Vladimir me ha enviado un ramo de flores esta tarde y he sentido como que el alma...

—¿Qué hablas de alma ni alma? La almeja es la que te debe palpar, que estás cruda, hija.

—Elizabeth, ¿se puede ser más bestia? Déjala, no todos pensamos como tú—De buena me había librado yo, porque no sabía lo que le pasaba, pero estaba peor que un camionero.

—Otro que mejor baila. Mira, Aitor, tú cállate que todavía vas a escapar mal, que te digo yo que la rubia esa no es trigo limpio, algo esconde.

—¿Qué estás diciendo, Elizabeth? Mira, yo siento mucho que tú no estés contenta, pero los demás si lo estamos. Además, que es una noche para celebrar, si no te has dado cuenta lo mismo te lo deberías hacer mirar.

—O lo mismo te lo deberías hacer mirar tú, porque no es normal que estés tan agilipollado.

—Déjala, está avinagrada perdida, a esta no se la están zumbando bien.

—Y tú no cantes victoria tan pronto, Samuel, que te han dado unos cuantos besos, no te han prometido la luna.

—Al menos por algo se empieza, ¿no te parece?

—Muchos pajaritos en la cabeza es lo que tenéis todos.

Sí que estaba mal, pues parecía envidiar que, quien más y quien menos, tuviera una ilusión. En otro momento, lo normal sería que Borja le hubiese metido cuello, pero él también pareció pasar de ella. De hecho, desde que apareció en escena Vladimir, ese parecía estar más pendiente de los movimientos de Merceditas que de otra cosa. Increíble, pero cierto, porque él jamás había demostrado la más mínima inclinación por ella.

El Caribe, esos aires festivos de allí, parecían estar cambiándonos a todos, a excepción de nuestra amiga Elizabeth que lo mismo padecía diarrea crónica. Yo ya moría por ver nuevamente a una Ingrid que seguro que aparecería esa noche totalmente espectacular como así fue, con un vestido en un tono rojo de lo más vivo que causó furor a su paso.

Fue entrar en el salón y ver que ella directamente me buscaba con la mirada. Ya con eso me bastó para que la sonrisa me cruzara la cara.

—Para mí que de aquí salimos más de uno enamorado—suspiró Merceditas.

—Tú eres tonta, pero tonta, hija—resopló la otra.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? Pues yo sí que me estoy enamorando de Vladimir y a Aitor no hay más que mirarlo. Por no decir a Samuel...

Ese sí que estaba en su pompa, pues entre los calmantes y los besos de Rafael, no parecía habitar en este mundo. Quien tampoco parecía de este mundo era esa rubia que me sacaba la más luminosa de las sonrisas y que esa noche lucía total y completamente increíble.

Nada más sentarse, Derek le comentó algo en el oído. No creía yo que fuera un chiste, desde luego, porque ese ni conocía la gracia ni había oído hablar de ella. Casi igual que nuestra Gema, que se codeaba con todos los grandes del Carnaval de Cádiz y, de vez en cuando, nos cantaba unas letras que me hacían partirme en dos de la risa.

De nuevo las notas del piano, totalmente navideñas, nos recordaban que estábamos ante la noche más entrañable del año. Yo me sentía dichoso por poder celebrarla con esos amigos que se habían convertido para mí en familia y con los que podía contar para lo bueno y para lo malo.

Miré hacia la mesa de Ingrid y comprobé que Derek seguía haciéndole confidencias al oído. A ver si se creía el viejo ese que ella estaba sorda, como a él ya le debía estar fallando el oído...

—Te da dos patadas en el estómago verlos así, ¿no? —me preguntó Borja.

—Pues sí, tío, me jode. Y mira que no debería afectarme, que yo sé desde el principio que está casada, pero es que los miro y me dan ganas retorcijones.

—Lo sé, porque a mí me está pasando lo mismo.

—Ya me he dado cuenta, Borjita, que tus gustos han cambiado y en nada...

—Sí, tío, lo de Elizabeth era pura atracción sexual, creo... pero después de acostarme con ella se me ha pasado, ya no me llama.

—¿Te has acostado con ella? Pero si no me has dicho nada, cabrito.

—Bueno, acostado... Un revolcón la otra noche en la playa, ¿y sabes para lo que me sirvió?

—Lo supongo, para darte cuenta de que te gusta más Merceditas, ¿puede ser?

—Sí, tío, y mira que esto es digno de un experimento, porque en realidad no es para nada mi tipo, pero es que me está despertando algo.

—Ya lo veo, si se te cambia la cara cuando habla del ruso.

—Ya te digo y encima le ha mandado hoy flores. Me dan ganas de encajarle un derechazo.

—Cuidadito, Borja, no sea que las flores las tengamos que encargar para ti. Piensa que te lo encaja él y te manda para el otro barrio.

Qué fácil es ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio, ¿verdad? Yo veía el riesgo que mi amigo corría, pero no el que corría yo.

Y hablando de ver, imposible apartar de la vista de Ingrid. Era, sin duda, la mujer más guapa de toda la sala y eso que había que reconocer que quien más y quien menos se había arreglado como si esa fuera la última noche de su vida.

—Aquellas dos están para partirse, parecen dos pavos reales de lo emperifolladas que se han puesto—Elizabeth criticaba a diestro y siniestro. Estaba desconocida, como si tuviera un resquemor que la llevara a criticar a todo el mundo.

—Pues yo no lo veo así, bien elegantes que van—añadió Merceditas, que esa sí que veía la vida en rosa desde que Vladimir estaba por ella.

—Elegantes, elegantes... Muchas de esas son unas vividoras que lo único que saben es sacarle hasta la cerilla de los oídos a sus maridos.

—Si lo dices por Ingrid no creo que tengas derecho...

—Ya salió Aitor en defensa de la rubia, mucho estabas tardando. No lo he dicho por nadie. Huy, es que estáis todos de un tiquismiquis, me voy al baño, que se me ha metido algo en el ojo...

Salió andando y nos miramos entre nosotros.

—Una cosa en el ojo, dice, habrá sido un salpicón del veneno ese que lleva dentro—Samuel estaba de lo más gracioso, parecía que se había fumado un par de porros.

La cena, como no podía ser de otra forma, resultó de lo más glamurosa. Solo con ver la decoración de las mesas ya se intuía el derroche de estilo que allí se viviría.

Tras ella y de los copiosos postres, llegó la hora de las copas y ahí fue donde entré en acción coctelera en mano.

—Se me está ocurriendo una idea, Borjita.

—Miedo me da, te prometo que miedo me da.

—Anda ya, tío, ¿qué sería de la vida sin un poco de emoción?

—Te juro que a veces no me creo que fueras ese tímido de antaño, porque ahora tienes más cara que espalda, tío.

—Si tampoco es tanto, solo que, ¿recuerdas la bebida esa que nos dijeron que tenía grados para tumbar elefantes?

—Sí, la que metiste atrás del todo, porque dos de esos y uno no se menean en diez días.

—Pues adivina quién se va a tomar un par de pelotazos de esos esta noche.

—¿Samuel? Joder, tío, pero si tampoco hace falta. Yo creía que estaría peor, pero como lo han sedado ni lata está dando.

—Que no, joder, que no es él...

—¿Entonces, tú? Aitor tío, que tampoco hace falta tirarse a la bebida, que yo sé que estás jodido y yo tampoco lo estoy menos, pero que mejor nos busquemos luego un par de tías buenas con las que quitarnos las penas.

—Tío, a ti te patina la pinza. Será Derek el que se las beba.

—¿El alemán? Tío, a ver si te lo cargas.

—No será para tanto, aunque lo de verla convertida en una rica viuda no te creas que es tan mala idea.

—Qué burrisimo que eres, tío. Y luego dices de los demás, ten cuidado no se te vaya la mano y te vea al final con el pijama de rayas puesto.

—Anda ya, es noche de celebración, ¿no? Pues toca celebrar.

Y tanto que íbamos a celebrar, como que logré colarle la primera copa, mezclando aquella bebida explosiva con la que me pidió, enmascarando así su sabor...

Con lo que no conté fue con que, cuando quise darme cuenta, Ingrid le cambió la suya por la de ella y yo quise gritar un ¡NOOO! Obvio que no podía, por lo que envié a Borja para que se las ingeniara y chocara con ella, de manera que enviara la copa a Pernambuco.

—Tío, estás loco, como le manche el vestido a su mujer el alemán me va a dar hostias hasta en el carné de conducir.

—No seas quejica, ya te ayudaré yo también con lo de Merceditas, pero ahora corre.

—Estás loco, Aitor, te has propuesto que te corten el cuello y que nos lo corten también a los demás, vamos a salir en las noticias, de esta salimos...

Lo curioso fue que, justo cuando él llegaba a la mesa, se intercambiaron de nuevo las copas, de tal suerte que ya no fue necesaria su intervención, por lo que tuve que abortar misión.

Con los brazos en alto, le hice señas mientras Samuel me miraba embobado.

—Aitor, ¿ahora te has metido a director de orquesta? ¡Pues que suene la música, que estoy loco por ver bailar a Rafael!

—¿Tú me has visto a mí cara de Luis Cobos?

—¿Luis Cobos? ¿Quién es ese?

—Qué palurdo eres, tío, pues eso, un director de orquesta y de los buenos...

—Joder, Aitor, ¿también entiendes de música? Qué completo eres, lástima que te quede un cuarto de hora de vida...

Allí todos estaban convencidos de que en cualquier momento Derek me enviaba a criar malvas, pero yo estaba cada vez más animado.

No en vano, dos copas después, Derek ya no podía ni con su alma.

—¿Le pasa algo? —Me acerqué, como quien no quiere la cosa, a la mesa.

—Yo qué sé, Aitor, en mi vida lo había visto así, si es que tiene la boca pastosa, no puede ni hablar. Para mí que está algo perjudicado.

—Y para mí que tiene una tajada como un piano, guapa.

—Pero si no ha bebido como para eso, solo han sido un par de copas...

—Lo mismo es que estaban un tanto aliñadas y lo mismo, también, duerme la mona hasta por la mañana.

—Aitor, ¿tú qué sabes de esto?

—¿De esto? Que tiene una pila de años y que no te puede dar la candela que tú necesitas, eso es lo que sé.

—Que no hablaba de Derek, bobo, sino de que esté bebido...

—¿Y yo tengo la culpa de que esté bebido? Venga ya, no me ofendas...

Capítulo 18



No podía creérmelo, cuando por fin lo subimos a su habitación...

Como ya podréis suponer, Derek acabó como una cuba, hasta la baba se le caía... Y en esa ocasión no ya por tener una mujer de toma pan y moja, sino porque el alcohol le salía por las orejas, que de eso me había encargado yo.

—Listo, este no se despierta hasta mañana a las doce del mediodía, te lo digo yo.

—Venga ya, Dios mío, a ver si le pasa algo.

—¿Qué le va a pasar? Que va a planchar la oreja como nunca, ¿el viejo ronca? Porque si ronca, ya verás esta noche con la borrachera el festival que va a dar. No te preocupes, lo escucharás desde nuestra habitación, así sabrás que sigue vivo.

—Aitor, yo no me puedo ir, tú no estás bien de la cabeza.

—Vale, pero por eso no te pido que te cases conmigo, solo que te vengas esta noche.

—Pero si por eso lo digo, que no estás bien de pensar que lo voy a dejar aquí solo para irme a...

—A hacer lo que deseas desde el primer día que me viste y, si estoy mintiendo, que me parta un rayo ahora mismo.

—Tampoco hace falta que seas tan intenso, tú tranquilito.

—Vale, guapa, pero te vienes conmigo. De veras, no te preocupes, parece que está en coma, pero no... Si hasta yo diría que canturrea en sueños, pega la oreja.

Ella la pegó y asintió.

—Yo también diría que sí, es un villancico en alemán. Qué flipe, no lo había escuchado cantar nunca.

—Y no ha bailado por alegrías porque no me lo he propuesto, que otra copa más y el viejo le hace esta noche la competencia a Sara Baras.

—Que no es viejo, ¿no estás viendo que no lo es?

—Cero ganas de discutir lo que es obvio. Venga, vámonos.

—No puedo Aitor, es que no puedo dejarlo solo, ¿y si le pasa algo?

—¿No lleva la pulserita de la teleasistencia? Mira que eso lo aconsejan mucho para las personas mayores.

—Eres para echarte de comer aparte, Aitor, te lo digo de corazón.

—Y yo de corazón te digo que te vengas. Mira, guapa, no le va a pasar nada, parece que está en coma, pero no. En realidad, está en la gloria, con sus letrillas ahí en alemán, un cante de lo más sencillito.

Lo miró a él, me miró a mí y vuelta a empezar...

—Ains, no sé...

—Para mañana es tarde y este va a dejar que yo le vuelva a servir una copa anteayer por la tarde, así que vente hoy o lo lamentarás para siempre.

—Lo que yo te diga, imposible ser más intenso....

La cogí de la mano y, aunque por fuera me hacía el chulito, por dentro rezaba para que no me la soltara y me enviara a freír un par de kilillos de espárragos por ahí, pero me siguió el rollo.

Abrí la puerta, miré hacia ambos lados del pasillo y, viendo que no venía nadie, salí corriendo con ella...

El sonido de sus risas detrás de mí me embriagó, me sonó como el más delicioso de todos, un canto que hubiera seguido por pasillos interminables por tiempo indeterminado.

Sin embargo, teníamos el tiempo contado y por ello llegamos a mi dormitorio, que estaba vacío a propósito. Los chicos se habrían buscado la vida, ellos sabrían cómo, pero yo se lo agradecía.

Una vez estuvimos allí, noté que su cuerpo temblaba y, dado que estábamos en el Caribe y que veníamos de darnos una buena carrera, podía afirmar sin temor a equivocarme que no era frío.

—¿Estás bien, mi bella dama?

—Muy bien, niño—murmuró.

—No soy un niño y estoy a punto de demostrártelo—la abracé por la cintura, desde atrás, en un gesto tierno y protector.

Desde hacía días me imaginaba ese encuentro como salvaje, pero la realidad imperó y lo que me apetecía, antes que nada, era abrazarla y notar su cercanía.

Lentamente, fui abriendo la cremallera de su rojo vestido, que comenzaba cerca de su trasero, pues este dejaba toda su espalda al aire. Cuando cayó al suelo, dejó expuesto ante mí un cuerpazo cuyas curvas daban auténtico vértigo. Tan solo un tanga me separaba de su total desnudez... bueno, quien dice un tanga dice un tanga, un ligero y unas delicadas medias, todo en negro.

Sus senos al aire, pues la espalda del vestido hizo que se decantara por no llevar sujetador, lo cual me resultó increíblemente exquisito.

Lo que sí quedaba ante mis ojos, fue su impresionante gargantilla, que producía unos destellos capaces de cegar a cualquier mortal. Al ver que la miraba, ella se echó mano al cuello.

—Son diamantes, por eso brillan tanto, pero para mí eso no tiene ningún valor—Se despojó de ella, dejándola sobre la mesilla de noche.

—Pues anda que para mí, yo creí que el brillo provenía de tus ojos, ni había reparado en ella...—disimulé porque ese tipo de regalos por parte de él me dejaban un poco fuera de juego, pero no le mentí en lo de sus ojos.

Antes que nada, solté lentamente el aire de mis pulmones, pues el ritmo de mi corazón se iba acrecentando por momentos. Quería dar la talla como nunca, le había mostrado una seguridad en mí mismo desde el instante en que la conocía que no podía flaquear.

Hacerle el amor como ella se merecía se convirtió en el mayor de los retos para mí, por lo que comencé besando sus labios con la máxima de las fogosidades mientras mi entrepierna, al acercarse a su sexo, le iba diciendo las ganas que tenía de ella.

—Te voy a hacer disfrutar hasta que ni te acuerdes de cómo se llama el...

—Ni lo menciones, él no está aquí. Solos, tú y yo.

A partir de ahí me centré en ese “solos, tú y yo” y me dispuse a hacer de su cuerpo un verdadero templo del disfrute.

Para ello, terminé de quitarle la poca ropa que la privaba de ofrecerme su exuberante desnudez y la tumbé boca abajo, después de que mis ojos quedaran totalmente impactados ante la belleza de su cuerpo sin ropa, impresionante de pies a cabeza.

Mi aliento en su nuca le habló de mis ganas de amarla, al tiempo que mi lengua se preparaba para recorrer su cuello y espalda, mientras mis manos masajearan sus prietas carnes, hablándome de una piel aterciopelada y perfecta que envolvía su extraordinario cuerpo.

Cuando llegué hasta su trasero, lo amasé con mis manos. Su dureza era impresionante y la forma de sus glúteos, sensacional.

Tuve que gestionar nuevamente la salida de aire de mis pulmones antes de seguir en dirección a sus muslos, que también recorrí con mi lengua, deteniéndome en su entrepierna, que lamí a placer mientras mis dedos iban buscando un sexo cuya humedad percibía incluso antes de llegar a él.

Fue al introducir el primero de mis dedos, cuando ella comenzó a temblar nuevamente, en un gesto que me pareció tan delicioso que tuve que contenerme para no comérmela de un bocado...

Ella también soltó el aire en ese momento, el cual yo aproveché para introducir un segundo dedo y luego en tercero. Cada gemido por su parte suponía para mí una invitación a disfrutar de algo con lo que ambos llevábamos días soñando y que por fin teníamos al alcance de nuestras manos y nunca mejor dicho.

—Gime para mí, por favor—le pedí notando que ella hacía esfuerzos por no resultar ruidosa.

—No quiero causarte problemas, alguien podría oírnos.

—Todos están de celebración esta noche. Y, aunque me los causaras, lo daría por bien empleado. La vida se compone de momentos sensacionales y este es uno de ellos.

—Dices unas cosas, Aitor, que hacen que mi cabeza vuele, hacen que me sienta mucho más...

—Mucho más libre, lo sé y no sabes cómo me gusta que así sea.

Mis dedos en su interior, completamente empapados, su torso contra el mío, mis labios envolviendo los suyos... Sentía que aún no la había hecho mía y ya tenía ganas de repetir la jugada, porque ganas era lo que había acumulado, tantas que mi pecho parecía tener vida propia dada la fortaleza de los latidos de mi corazón.

Cada segundo, cada caricia, cada beso, todo sumaba en una espiral en la que me vi envuelto y de la que ya no sabía cómo salir.

Antes de hacer eso por lo que moría, hundir mi miembro en su interior, me detuve a que mi lengua degustara un sexo que no necesitaba preparación alguna, pues estaba a punto de caramelo, pero que agradeció el contacto con ella, la cual se derritió al saborear ese sexo suyo en el que yo deseaba quedar atrapado.

Lamí hasta que con cada jadeo parecía que se le iba la vida y hasta que el temblor de su entrepierna fue la señal inequívoca de que iba a correrse para mí, algo que provocó una dedicación todavía mayor por parte de mi lengua, que degustó su clítoris como el más deleitoso de los manjares.

Una vez le hubo pasado, seguí besándola y amasando sus senos mientras mi pene comenzaba a recorrer ese húmedo camino que lo llevaría a su interior, un camino durante el que entrecerré los ojos para concentrarme en una entrada que gocé como ninguna otra.

Su gemido cuando llegué al final fue el punto de partida para que mi cadera comenzara a moverse como si estuviera bailando con ella esa salsa que compartió con Borja, un “Valió la pena” que adquirió en ese instante un significado aún mayor.

—No quiero parar de sentir esto—murmuró entre jadeos.

—Ni yo quiero que pares de sentirlo, preciosa...

La agarré por la cintura, como con miedo a perderla, y con cada embestida la hice mía una y otra vez, aumentando la intensidad irremediadamente, hasta que nuestros cuerpos bailaron la más desinhibida y libre de las danzas el uno dentro del otro.

La forma en la que me miraba, mis increíbles ganas de seguir regalándole los más fuertes de los envites, la provocación que se respiraba en el aire... El morbo se había instalado entre nosotros y amenazaba con convertirse en adictivo. Lo supe cuando sus piernas me rodearon fuerte, aprisionándome para entregarme el más sutil de los regalos, un segundo orgasmo que depositó en mi oído, en forma del más sugerente de los gemidos.

En ese instante supe que no había llegado a la prisión de sus piernas por casualidad y que desde ella quería ver una y otra vez esa mirada con capacidad para producir ella solita un devastador incendio y que Ingrid me dedicaba.

El alba nos describió regocijándonos en el cuerpo del otro, conociendo cada uno de sus pliegues, disfrutando de cada gemido, de cada insinuación, de cada descarada risilla que a ella se le escapaba y de cada mirada lasciva que yo le dirigía.

El alba nos indicó que el momento había llegado y que mi particular Cenicienta tenía que marcharse, por lo que se vistió a toda prisa... Lo hizo en silencio, porque hay silencios que dicen mucho más que las palabras.

El alba nos separó cuando ella cerró la puerta, dirigiéndome una última mirada en la que logró llevarse con ella una parte de mi alma.

Capítulo 19



Día de Navidad y en los pasillos resonaba el bullicio. Borja llegó con cara de haberse corrido una juerga de las monumentales, tirando de la sillita de Samuel.

—No puedo con mi cuerpo tío y encima, mira el plan...—El otro estaba dormido en la sillita con la lengua fuera, parecía un dibujito animado.

—¿Has estado toda la noche con él? —Lo miré un tanto horrorizado, pensando en lo que habría pasado.

—Y una mierda voy a estar toda la noche con él, he estado con un par de polacas que estaban que ni te cuento, vengo exhausto.

—Qué capullo, con lo poco que curras, todavía te quejarás. Nosotros sí que tenemos hoy un buen plan por delante...

—No será este, que para mí que lo vamos a acostar y no se va a levantar en dos días con dos noches. Yo creo que entre las pastillas y que al final se lo llevó Rafael a su habitación, también lleva lo suyo en el cuerpo.

—¿Se fue con Rafael? Pues sí que tiene que estar flipando, sí.

—Ya te digo yo que sí, ahora que ya os vale... La que estáis liando, en cualquier momento me llama mi padre para decirme que me ha cortado el grifo, mira que este levantarle el chico a Christian...

—Tío, deja ya de relatar, que pareces una maruja de patio y yo tampoco me puedo menear, no me taladres más...

—Eso, eso, hablando de taladrar, por fin te colaste en el agujero de la rubia. Cuenta, cuenta...

—Qué te voy a contar tío, que ha sido flipante...

—Buah, esa mirada me lo dice todo, aquí habrá tiros, ¿tú no eras el que se conformaba con pasar una noche con ella?

—Una detrás de otra, tío, eso es lo que yo quería.

—Lo que estoy diciendo, a tiros acabaremos, se ve venir...

Me espabilé y me di un vuelto. Estaba deseando saber de ella, porque le escribí y se ve que no me pudo leer, ya tendría al viejo verde al lado.

—Qué ganitas tenía de verte, ¿dónde te metes? —le pregunté cuando la vi ir en dirección al bar.

—Ay, Aitor, la que has liado, ¿qué le diste a Derek? Anda con un dolor de cabeza de no te menees, si no puede ni expresarse con claridad.

—Pero eso es por la edad, ya te lo advertí, que los síntomas seniles llegarían pronto y lo bueno se acabaría, si es que alguna vez algo lo fue con él, que permíteme que lo dude.

—Aitor, no sabes lo que dices, yo tengo mucho que agradecerle a Derek.

—Y yo también tengo mucho que agradecerle al dentista que me reconstruyó una paleta, que me la ha dejado como nueva, pero no por eso me caso con él.

—¿Qué dices de un dentista, hombre?

—Mira, algo hemos adelantado, ya no me dices niño.

—Pero lo pienso igual, ¿eh? Que conste.

—Pues no lo ha parecido esta noche. Que conste.

—Aitor, lo de esta noche no cambia nada, eso debes entenderlo. Además, que me tengo que ir enseguida, no quiero que sospeche nada.

—¿Te ha dicho algo cuando has llegado?

—No, estaba dormido como un tronco, no ha oído la puerta.

—Si es que yo tengo una mano...

—¿Una mano? Si se te llega a ir un poco más, lo dejas tieso como un ajo.

—Pero a su edad ya se consideraría muerte natural, ¿no? Yo no creo que le fueran a buscar los tres pies al gato.

—Aitor, he venido a subirle una manzanilla para que se le asiente el estómago, tienes que dejarme.

—Tú querías verme, por eso has bajado.

—No seas engreído, te he dicho que necesitaba subirle una manzanilla.

—¿Y para qué está el servicio de habitaciones? Oye, que ellos también tienen que comer, guapita.

—Vale, necesitaba airearme un poco.

—Porque ya no aguantas estar a su lado.

—No, porque necesitaba que me diera el aire, solo eso.

—Dime una cosa y te dejo que te vayas.

—Pero que sea rapidita, ¿eh? Que tengo que subir.

—¿Por qué estás con él?

—¿Y por qué no iba a estarlo? Por mucho que tú digas no es ningún viejo y, además, me adora.

—Vale, no lo discuto, pero no te hace reír.

—Porque él no es gracioso, pero todo el mundo no puede ser un payasete como tú, Aitor.

—Ok, pues voy un pasito más allá, no estás enamorada de él.

—¿Y eso quién lo dice?

—Eso lo digo yo, porque tengo ojos en la cara y veo cómo lo miras a él y cómo me miras a mí.

—¿Me estás diciendo que estoy enamorada de ti? Aitor, estás llegando muy lejos, por favor.

—No, estoy diciendo que me miras con deseo y a él con ninguno. Y uno no puede estar enamorado de alguien a quien no desea.

—Oye, que yo he bajado a por una manzanilla, no a recibir una clase de primero de amoríos varios.

—Ríete lo que te dé la gana, pero te estoy diciendo una verdad como un templo y no me lo reconoces.

—¿Y qué si te lo reconociera? Aunque así fuera, que yo no estoy diciendo que lo sea, no voy a dejar a Derek.

—¿Y por qué? Yo sé que no lo amas y estás ahí enganchada a...

—¿A una vida de lujo? ¿Es eso lo que piensas de mí? Mira, Aitor, sé que es lo típico. Cuando hay una diferencia de años y el hombre es el mayor, se supone que debe tener dinero para encandilar a una mujer, pero yo no soy ese tipo de mujer.

—Yo no he querido decir eso.

—Pero lo piensas... Sé sincero, no es la primera vez que alguien me lo sugiere.

—Te soy sincero, se lo he escuchado decir a mis amigos, pero yo he dado la cara por ti, he dicho que no das ese perfil.

—Y no te has equivocado—me comentó en un tono más conciliador.

—Y entonces, ¿por qué?

—Por lealtad, Aitor, por lealtad.

—¿Y a qué viene que debas ser tan leal? Joder, ¿es que siempre me tiene que tocar a mí perder? —me quejé, sacando de dentro lo que sentía.

—Aitor, siento que pienses así, pero ese es tu problema y no el mío. Cada uno tenemos los nuestros.

—¿Y no sería estupendo que pudiéramos compartirlos? Recuerda la noche que hemos pasado, ¿ya te has olvidado?

—Ni me he olvidado ni me voy a olvidar, Aitor. Pero eso no quiere decir nada.

Se fue a por la manzanilla y me dejó planchado...

Capítulo 20



—¿Y qué esperabas, un milagro de Navidad? —me preguntó Elizabeth a la hora del almuerzo.

—No le hagas ni caso, tío, que sí que existen. Yo he pasado una noche increíble con Rafael, tú puedes lograr estar con Ingrid también.

—No, Samuel, lo increíble es que sigamos trabajando aquí después de eso, en cualquier momento nos ponen una catapulta en la puerta y nos echan a todos para España.

—A mí me da igual, yo me llevaría a Rafael conmigo.

—¿Y quién te ha dicho que él vaya a querer irse contigo? Ahí te has colado, que una cosa es darse un buen lote y otra prometerse amor eterno, Samuel.

—Ya está la brujona con sus malos augurios. Mira, guapa, si a ti no te quiere nadie no es mi culpa, ¿no te ha traído Papá Noel un Satisfyer? Piensa que lo mismo te cambiaba el carácter.

—Yo no necesito eso porque doy una patada y salen tres tíos que me desean, escuchimizado, no como tú. Y otra cosa, ¿quién te ha dicho a ti que a mí no me quiere nadie? —En ese momento miró a Borja, pero él debió pensar eso de que “a buenas horas, mangas verdes” y se puso a silbar, algo que hizo que se pusiera todavía de peores pulgas.

—¿Y tú qué tal, Merceditas? —le preguntó Samuel.

—Yo voy avanzando con Vladimir también, pasito a pasito.

—¿Pasito a pasito para dónde? Espero que sea para la cama, porque no veas si estás tardando, hija de mi vida. Desesperadito lo debes tener ya.

—¿Hacia la cama? Oye, Elizabeth, eres tú la que está corriendo mucho, que esas son palabras mayores, además de que yo...

—Que tú, ¿qué? Mira, mira, que me lo estoy imaginando, aunque no puede ser porque entonces te habrían llamado del *National Geographic* para hacer un reportaje con tu caso, ¿me vas a decir que eres virgen?

—Sí, ¿qué pasa? Mira, guapa, que a todas no nos molestan las bragas como a ti, algunas las llevamos muy bien cogiditas y no se nos van cayendo.

—¿Qué bragas, pava? Si yo no las uso, me he dado cuenta de que es un gasto innecesario y encima es mucho más cómodo y natural, ahí todo al aire...

—Qué tía y encima lo dirá de verdad, a mí no te me acerques que igual me pegas algo.

—No te me acerques tú que como me contagies un ápice de la virginidad esa que me llevas, me tiro desde la azotea.

—Tú tranquila, que estás a salvo de eso. Ni por cachondeo se te va a pegar, vaya.

—De cachondeo es de lo que tenéis todos muchas ganas. Pues que sepáis que a mí no me hace falta nadie que me quiera, yo tengo mis intereses en la vida y pienso conseguirlos.

—Y yo que me alegro, guapa, como diría AuronPlay, pero que lo cortés no quita lo valiente. Se pueden tener intereses en la vida y aparte estar enamorado, no es incompatible.

—Ya te salió la vena romántica, Aitor, ¿todavía no te has enterado de qué va la película? Pues va de que el final es una jodida mierda para todos. No hace falta más que mirar este grupo para ver que eso de que “cada oveja con su pareja” es una gilipollez. Aquí todos tenemos muy claro quien le gustaba a quién y no le ha salido ni a Dios.

—¿Elizabeth eres tú quién habla o tu resentimiento? Porque yo ya me estoy liando, guapa.

—Pero eso es porque te vuelve a tocar la pastilla, Samuel, tómatela, que me quedo en la gloria cuando no te oigo.

—Pues anda que no te queda quina que tragar, guapa, porque yo pienso anunciar a bombo y platillo todo lo bueno que me pase con Rafael.

—Eso será si yo no te llevo a la cuesta de afuera y le doy una patada a la jodida silla, aunque siempre puedo sugerirle a Christopher que lo haga él. Para mí que estaría encantado.

—Tú lo que tienes es mucha mierda dentro, guapa y como sigas así, un día vas a reventar y te va a salir hasta por la boca.

—Qué más quisieras que a mí me cantara el pozo, que tengo unos piños divinos y un aliento fresco que no veas, yo no gano para enjuagues bucales, niño.

—¿Os podéis callar de una vez? Porque estábamos hablando de la virginidad de Merceditas, que digo yo que tendremos que echarle una mano entre todos, ¿no?

—Joder, Aitor, ¿entre todos? —me preguntó Borja, un tanto mosca.

—Macho, tú me has entendido...

—No, yo no te he entendido.

—A ver, que yo tampoco le hago ascos a una almeja de vez en cuando, pero meter a la mosquita muerta de golpe y porrazo en una orgía me parece un poco fuerte, a ver si le da un desmayo de esos de los suyos—nos soltó Elizabeth, en un arranque delicado de los suyos.

—Perdonad, pero estoy aquí y lo mismo tengo algo que decir sobre el tema, ¿no?

—Mira, Merceditas, lo que te quiero decir es que cada uno podemos ayudarte dándonos nuestro punto de vista,

hablándote de nuestras experiencias y tal—le comenté.

—Pero entonces ve diciendo que nos quiten los turnos de los tres próximos días porque aquí, quien más y quien menos, tiene para largo—le pidió Elizabeth.

—Que no, mujer que no se trata de eso, pero que habrá que echarle una mano a la chiquilla. A ver, yo, de los que estamos aquí, te diría que hablaras con Borja—Le debía más de un favor y pensé que sería un buen tema de conversación para que él pudiera confesarle sus sentimientos.

—¿Con Borja? Pero si Borja se tira hasta a una fregona con falda, pues anda que tú tienes unas ideas también—resopló la burranca.

—¿Con Borja? A Merceditas se le pusieron los pómulos como dos fresas.

—Sí, mujer, yo puedo ayudarte.

—¿A acostarme con Vladimir? ¿Tú puedes ayudarme a eso? Todo esto es muy raro...

—Sí, claro de sujeta velas estaba yo pensando en hacer, que no, mujer.

—Mira, lo de un trío lo veo más que lo de la orgía. Te metes con estos dos en el dormitorio, cierras los ojos y a levitar, ya verás lo cerquita que te parece que está Cuenca.

—Desde luego, Elizabeth, que eres lo más dulce que ha parido madre—le dije porque estaba que era un cardo borriquero.

—Me estáis liando, pero si yo no me quiero acostar todavía con él, que a mí lo de precipitarme no me va.

—Eso está muy bien, Merceditas, que esas cosas hay que pensarlas tela antes de hacerlas—concluyó Borja y ella lo miró arqueando la ceja y no entendiéndolo nada de nada.

Capítulo 21



Un par de días después de Navidad yo estaba un poco de capa caída, porque no lograba quedarme ni un momento a solas con Ingrid.

Era, como si de pronto, el viejo y ella se hubieran vuelto siameses (a Dios gracias no, que los separaba un par de siglos), pero esa era la impresión que me daba.

Para mayor desesperación, tampoco lograba que respondiera a mis mensajes de WhatsApp, que dejaba en visto.

—Es una jodienda de esas que no tienen enmienda, amigo, pero yo lo veo así, lo mismo solo ha querido echar una canita al aire contigo y ya, sin mayores pretensiones.

—No lo veo así, Borja. Sé que tenemos los dos un panorama negro, pero negro, pero yo quiero luchar por ella.

—Pero si te está demostrando que pasa de ti, yo es que creo ya que aquí no nos funciona la perola a ninguno, cada vez está todo más liado...

—Tú estás un poco afligido y yo sé que lo de Merceditas y el ruso te da por donde amargan los pepinos, pero hay algo más.

—Sí, tío, sí que lo hay. Es algo... a ver, yo ya lo venía sospechando, pero un par de botones me lo han confirmado.

—¿Qué? Tío, suéltalo ya, que me estoy agobiando, ¿nos echan del hotel? ¿Nos echan?

—No, nos echan y mira que no será por falta de méritos para ello, que yo creo que llevamos todas las papeletas...

—¿Y entonces?

—Es Elizabeth, tío.

—¿Otra vez con eso? Mira, puedo entender que antes te gustara, si a mí también me atrajo, pero solo porque Merceditas esté con el ruso no tienes que cargar con ella, porque está que no hay quien la soporte.

—Que no es eso, tío, anda que no te gusta darle a la alpargata. Es que yo no la veo bien.

—Ni yo tampoco y para mí que no es cosa de la vista, es que está requeteamargada, yo no sé lo que le está pasando.

—Pues mira que trabajo no le falta, que está la mar de distraída.

—De eso doy fe, porque yo hago el mismo que ella y esto es un no parar. No está mal pagado, tío, pero currar se curra.

—No, no creo que hagas el mismo que ella, porque nuestra amiga está echando horas extra.

—¿Horas extra? Qué va, tío, pero si de esas aquí no hay, me las hubieran ofrecido a mí también.

—No, las horas extra a las que yo me refiero no las paga el hotel, las pagan los clientes. En concreto los clientes masculinos.

—Che, che, espera, ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes, que se está cepillando a más de uno no ya por amor al arte, sino por amor al vil metal, tú ya me entiendes.

—¿Les ha dado un vahído a sus neuronas? Tío, me has dejado de una pieza, ¿no habrá un error?

—No, está totalmente confirmado, así que tú me dirás.

—¿Yo te diré? ¿Es que acaso soy su padre? Mira, ya sería lo que me faltara, que también me saliera una hija aquí.

—Pues no lo digas muy alto, que eso nunca se sabe.

—Tío, déjate de coñas, que bastante revuelto está el patio ya.

—Sí, Aitor, que desde que hemos llegado a Punta Cana no paran de pasarnos cosas, tío.

—Pero cosas, ahora lo que nos faltaba, Elizabeth metida a prostituta, pues espero que no abra el pico, porque del antipático que está va a espantar a todos los clientes.

—¿Será por eso que esté así? Yo lo he llegado a pensar...

—Tío, podría ser. Pero si ha tomado esa decisión, digo yo que lo ha hecho libremente, supongo que para llenarse los bolsillos. Aquí hay mucho baboso con pasta y estoy segura de que ella les garantiza discreción, con eso de que está dentro del hotel.

—Tío, pero también hay que tener ganas de una cosa así, ¿tú la ves tan ambiciosa?

—Yo es que no lo sé, porque últimamente siento que la conozco, para qué te voy a decir.

—Pues también es verdad. Es que Aitor, nosotros cuando nos estamos conociendo de verdad es ahora, que convivimos.

—Y que lo digas, Borja....

Capítulo 22



—Che, che, che, te pillé, llevas días evitándome—le dije cuando la vi pasar hacia la peluquería.

—Aitor, me alegra que lo hayas pillado.

—Lo que quiero pillar es un vuelo y largarme contigo a donde te dé la gana, ¿dónde te gustaría vivir? Deja al viejo, tira toda la ropa esa tan seria que me llevas y deja que te bese todos los días.

—Aitor, que no puede ser...

—¿Ves? Pero ya te he sacado la sonrisa, ¿cuánto hacía que no sonreías? Desde la última vez que estuviste conmigo, ¿me equivoco mucho?

—No, no te equivocas, pero tengo que ir a peinarme, por favor.

—¿A peinarte? Pero si tienes un pelo impresionante y lo llevas genial. Y otra cosa te digo, todavía un poco más despelucada te daría un aire así más bohemio, porque tú no eres ninguna señorona por mucho que quieras aparentarlo.

—Yo no quiero aparentar nada, Aitor, soy lo que soy...

—Por última vez, explícame una cosa que me tiene rayado desde el otro día...

—Ya sé lo que me vas a decir.

—Mira que eres lista, qué poquito te debió costar sacarte la carrera, con la de codos que tuve que hincar yo.

—Ni que tú fueras tonto, Aitor, también se ve que eres más listo que el hambre.

—Y no te digo que sea tonto, lo único es que yo me disperso con facilidad, a la vista está.

—Vale, es por lo de la lealtad, ¿no?

—Exacto, ¿lealtad por qué? No lo entiendo, ¿es que el tío te ha comprado una isla privada o ha invadido un país para ponerlo a tus pies o algo?

—Obvio que no, pero sí dejó a su exmujer por mí.

—¿El viejo estaba casado y se separó para estar contigo? Pero eso sería porque comprendió que su mujer tenía un pie aquí y otro en la tumba, ¿no?

—Mira que eres, claro que no, Emma tenía su edad, más o menos. Y también era una mujer guapa, muy llamativa.

—A la que Dios tenga en su gloria, porque deduzco que si tenía su edad ya habrá estirado la pata, ¿no es así?

—Eres más bobo, claro que no. Está vivita y coleando, encima ella ha rehecho su vida y la que se ha quedado prisionera soy yo.

—No entiendo nada, ¿me lo cuentas? Prometo no decir ni una tontuna más.

—Todo empezó cuando murió mi madre, cuando yo entré en la adolescencia. Ella enfermó y los médicos dijeron que se iría en poco tiempo. Yo la adoraba, mucho, todo lo que podía... Y mi padre... Mi padre solo adoraba sus negocios, ¿sabes?

—¿Y no le prestó la atención que debía?

—Para nada y mira que yo, pese a ser una niña, hablé con él y se lo rogué encarecidamente, que dejara sus negocios aparte por un tiempo, que a mamá se le acababa el suyo y que ella lo necesitaba.

—Supongo que fue muy frustrante, ¿no es así?

—No sabes cuánto, fue horrible, ella solo quería un poco de su tiempo y él solo lo tenía para los negocios, apenas estaba en casa. Yo la vi apagarse, la vi apagarse, Aitor y entonces...

—Comenzaste a odiarlo, ¿no?

—Sí, yo tenía una rebeldía interna que él no imaginaba, pero que no podía dominar, por eso acabé en los pijointernados esos de los que hablas, porque siempre que estábamos juntos los reproches aparecían y acabábamos a grito pelado.

—O sea, que eso de que los ricos también lloran es un hecho. No sabes cuánto lo siento, bonita, ¿y Derek? ¿Qué tiene que ver en esto?

—Él era el máximo rival de mi padre en su sector, la persona que más daño podía hacerle y, por ende, a la que más odiaba.

—Y tú pensaste que unirte a él sería lo que más daño le hiciera a tu padre.

—Cierto, pero no creas que lo hice con tanta frialdad. Verás, el que Derek le hiciera la competencia así y le complicara la existencia, me resultaba de lo más atractivo. Pese a que nos llevábamos fatal, yo comencé a trabajar con mi padre al acabar mis estudios y allí aprendí los entresijos del negocio.

—Y como la información es poder no tardaste en descubrir su talón de Aquiles.

—Así es, lo has pillado... Tan atractivo me resultó que no dudé en seducirlo y para él, estar con alguien bastante más joven, fue como...

—Como si le hubiera tocado el Euromillón, pero a lo grande. Ya me lo imagino.

—Supongo que algo así. Sobre todo, porque vio un interés real en mí más allá del económico que otras personas le habían mostrado. Te explico, yo no fui la primera en acercarme mientras él estuvo casado, pero sí la primera que le demostró que me la traía al paio su dinero.

—Lo entiendo, no vio en ti a una cazafortunas sino a una chica joven y bellísima que, encima, se suponía que estaba por él.

—Así es y por eso no dudó en dejar a Emma, él se volvió loco por mí.

—No, si eso no hace falta que me lo jures, lo puedo comprender...

—Y supongo que te pidió matrimonio enseguida.

—En cuanto tuvo los papeles del divorcio en la mano.

—Divorcio que supongo que además le saldría caro.

—Ni te cuento, carísimo.

—¿Y después? Supongo que viste la cara real del asunto.

—Sí, después comprendí que Derek me había servido para vengarme de mi padre, pero la venganza me supo agridulce porque pronto me di cuenta de que yo misma había firmado mi sentencia; me convertí en una infeliz.

—Se te cayó la venda y viste que el atractivo no era tal...

—No, y bien sabe Dios que nos es porque sea un viejo, como dices tú, que es un hombre con mucho éxito, pero para otro tipo de mujeres.

—Para otras que tengas menos sangre en las venas y no las ganas de marcha que tienes tú, ¿puede ser?

—Es una manera de explicarlo, pero entiende que me siento en deuda con él, porque lo tiró todo por la borda con tal de estar conmigo y siempre me ha tenido como a una reina.

—Ok, pero no puedes ser infeliz toda tu vida por eso, mi niña. Vida solo hay una y yo te propongo que te vengas conmigo. Tú no me conoces, pero cuando me importa alguien, yo apuesto a muerte por esa persona. Seré un niño, como tú dices, pero tú eres otra niña y tenemos toda la vida por delante. De ti depende que la tuya sea una vida alegre y plena o un encierro voluntario en una jaula de oro, con las alas totalmente cortadas, ¿qué me dices?

Capítulo 23



No, ella no me dio ninguna respuesta. Incluso lo que sí me dio a entender es que había ciertas cosas más que no podía explicarme y que estaban relacionadas con esa lealtad que le debía.

No por ello dejé de perseguirla en ningún momento, de tratar que ese instante que ambos vivimos juntos se repitiera en la realidad de la misma forma que se reproducía una y otra vez en mi cabeza.

Aquella mañana del día de Nochevieja, mi desesperación iba in crescendo porque sabía que era la última que Ingrid pasaría en el hotel y yo sentía que el tiempo, que los momentos, se me iban con ella de las manos de la misma forma que lo hace el agua cuando intentas mantenerla en ellas.

Por la mañana, pude abordarla un segundo, camino de esa peluquería que estaba repleta por ser el día que era, de tal manera que le tocó esperar.

—No te vayas mañana con él, quédate conmigo—le pedí.

—Supongo que es tu forma de darme los buenos días, Aitor. Pues eso, que buenos días.

—No, es mi forma de declararme, de decirte que has venido a revolucionar mi mundo y que no hay ningún derecho a que ahora te vayas por la puerta de atrás y sin decirme adiós.

—Puedo decirte adiós si eso te deja más tranquilo. Es más, esto es un adiós porque yo mañana me habré ido y todo esto solo existirá en nuestra memoria.

—Yo no quiero que te vayas, me niego...

—Pero no está en tu mano, no puedes ser un niño caprichoso que se empeña en tener a una persona a su lado como si fuese un regalo de Reyes.

—Yo no soy un niño y tampoco me considero un caprichoso. Lo que sí soy es un hombre que no deja pasar una oportunidad cuando sabe que de ella depende su felicidad.

—Aquí hay muchas chicas que pueden hacerte feliz, solo tienes que mirar a tu alrededor.

—Querrás decir muchas chicas que pueden proporcionarme un momento puntual de felicidad, eso no te lo niego, pero no es lo que yo quiero, ¿lo comprendes? Yo te estoy hablando de verdadera felicidad, de la felicidad que proviene de aquí—Señalé su corazón, cogiéndole la mano y luego la llevé hasta el mío.

—Aitor, Derek podría vernos, suéltame, por favor.

—Joder, ¿el viejo tiene poderes especiales y ve a través de las paredes o es que ahora se ha metido a espía? Y, en el caso de que sea así, ya habrá perdido parte de esas facultades, ¿no? Porque él ya tiene una edad y es inevitable.

Con ese comentario la hice reír.

—Eres más tonto...

—Sí, pero vas a echar de menos mis comentarios cuando no puedas escucharlos.

—No echaré solo de menos tus comentarios, bobo. Te echaré de menos a ti—me confesó y, en ese instante, la vi temblar de deseo como le ocurrió en otros momentos.

—Ven conmigo—Tiré de su mano y me la llevé corriendo.

—¿Dónde vamos, locuelo?

—Quiero llevarte a un sitio, ven...

Corrí, corrí con ella de la mano como solo pueden correr los enamorados, con el ansia de encontrar ese algo que pudiera retenerla allí conmigo. De esa guisa, y aprovechando que era muy pronto y apenas había nadie en los exóticos y maravillosos jardines del hotel, llegamos hasta la playa.

Allí la conduje hasta un rincón que para mí era especial, un pequeño apartado, fuera de la vista de todos, coronado por una espléndida palmera desde donde se ofrecía la más increíble de las vistas que combinaran aquellas arenas blancas con sus aguas turquesa.

—Es sublime, Aitor, sublime.

—Bien se nota que has ido a buenos colegios, de esos que cuestan un pastón.

—Qué bobo eres, ¿y qué se supone que debería decir de haber ido a otros?

—Pues que es la caña o algo así, pero como tú te empeñas en ser una señorona con collar de perlas, pues es lo que pasa.

—Y qué más dará, lo importante no es cómo lo llame sino cómo lo sienta y siento que no hay otro lugar en el mundo en el que pudiera estar mejor que aquí en este momento.

—Pues quédate, no te lo pienses, venga va. Cierra los ojos y dime que te quedarás.

Una risita, una risita fue su respuesta... una risita que me hizo albergar, por un momento, esperanzas de que se quedaría. Y luego unas lágrimas, unas lágrimas que brotaron de sus ojos y que me contaron la verdad; que ella tenía que marcharse y que a partir del día siguiente solo quedaría allí su recuerdo.

—Ey, amor, no llores, ¿por qué lloras? —La consolé en mi pecho como si no lo supiera, como si yo tampoco tuviera ganas de chillar, de llorar y de patalear.

—Ya lo sabes—me dijo mientras sostuvo mi mandíbula con sus manos y entonces me besó. No fue un beso fugaz,

fue un beso apasionado con el que, en cierto modo, me dijo que su cuerpo se iba a la fría Berlín, pero que su alma se quedaba conmigo en la cálida Punta Cana.

Aquel fue el beso más agridulce que me dieron en la vida, un beso que permanecería en mis labios más tiempo del deseado, porque mientras él estuviera ahí, mi corazón permanecería dolorido.

Nos quedamos allí unos minutos, minutos que ella aprovechó para atesorar en su mente el olor, el calor y las magníficas sensaciones de una tierra que solo podía ser concebida para quedarse. Igual que me ocurrió a mí cuando llegué, sé que aquella tierra la atrapó y que ella ya se sentía en una parte dominicana.

Capítulo 24



Nochevieja y nosotros nuevamente al pie del cañón. Lo de al pie no incluía a Samuel, que ese seguía en su sillita, pero rematadamente feliz porque lo suyo con Rafael seguía viento en popa.

—No tendrás ganas de que te quiten la escayola ni nada para poder darle bien al tema, escuchimizado, que como Rafael te coja por derecho, te da un envión que te hace volar y te iguala la otra pierna y los dos brazos al aterrizar.

—Mira que serás, envidiosa, ¿no te puedes callar un poquito? Que lo estoy viendo bailar y es una locura, mi cabeza vuela, niñaata.

Elizabeth seguía en las mismas. Yo no me podía explicar como una chica que siempre había sido una explosión de alegría se había convertido de la noche a la mañana en una resentida que solo disfrutaba si nos daba morcillas a todos.

Por mi parte, yo permanecía con la vista puesta en Ingrid, sabiendo que todo estaba controlado a mi alrededor. Bueno todo lo controlado que podía estar por mis compañeros, pues para mí que no había ni uno que nos salváramos de tener un tiritito dado.

Menos mal que también contábamos con Gema, esa mujer que había sido un apoyo esencial para nosotros desde que llegáramos y que ya formaba también parte de nuestra pequeña familia, la que habíamos creado en el Caribe, igual que su marido y su hijo, que no podían ser más divertidos y a los que tuvimos el gusto de conocer días atrás.

Ingrid esa noche apareció con un precioso y elegantísimo vestido en color salmón, que también dejaba su espalda al aire. Se veía que ese tipo de modelos le fascinaban y no era para menos, porque su espalda era simplemente perfecta y la más sensual de todas las que yo hubiese contemplado en mi corta, pero ya intensa vida.

—Un babero para Aitor—pidió Elizabeth.

—Un poquito de por favor, que yo no me meto en lo que tú hagas o dejes de hacer, guapa, y a ti te pido lo mismo.

—Como si te quieres meter, menudo problema, yo no le debo explicaciones a nadie.

El tono impertinente en el que yo contesté, unido a su secreto, debió darle una pista de que alguien se había ido de la lengua, pero ella pasó olímpicamente del tema y yo más. Elizabeth no era mi problema, porque mi problema era rubio y con unas ganas impresionantes de vivir que alguien le estaba quitando, ¿cómo se podía ser tan egoísta?

—Aitor, no me digas que estás pensando en emborracharlo otra vez, que de esta no nos libramos, vamos a acabar todos en el calabozo por tu culpa.

—No, Borja, no estoy pensando en nada de eso, moriría por pasar otra noche con ella, pero cogen un vuelo mañana y no puedo dejarlos en tierra, no si no es lo que ella ha escogido libremente.

—Pues eso digo yo, que ella ya es lo suficientemente mayorcita como para escoger ciertas cosas que, seguro que a la hora de meterse en la cama contigo no tuvo tantos remilgos, Aitor, bien sabía lo que quería.

—Elizabeth, estás a la defensiva todo el tiempo, me tienes hasta la punta del pelo. Te lo advierto, todos estamos teniendo mucha paciencia contigo, pero nos tienes más que hartos, ¿te queda claro?

—Habla por ti, que a mí estos no se me han quejado.

—Pero tiene razón, Elizabeth, Aitor tiene razón. Nosotros somos tus amigos y tú te pasas el día que solo quieres hacer sangre—añadió Mercedes.

—Mira, niña, si yo quisiera hacer sangre, te daba ahora mismo un puñetazo en la nariz y la teníamos, yo estoy como siempre.

—Menos mal que estás como siempre, guapa, a Mercedes no le hables así, que no te creas que yo comulgo con sus cosas, pero tampoco hay derecho—intervino Samuel.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Salir corriendo detrás de mí? Porque eso quiero verlo, como lo logres lo subo a YouTube, te lo prometo.

—Pues ten cuidadito no sea que sí lo haga, que puedo atropellarte con la silla y dejarte en el suelo como una calcomanía.

—¿Tú y cuántos escuchimizados más?

—Ya está bien, ¿no. Elizabeth? —le dije porque su actitud me resultaba bastante infantil.

—¿Estáis todos contra mí? Pues que sepáis que me da exactamente igual, no tengo ni para empezar con vosotros por mucho que os unáis en mi contra.

—No nos estamos uniendo en tu contra, solo es que sabemos que tienes problemas y nos gustaría ayudarte, no eres tú—le soltó Borja en un alarde de poner paz.

—Y ahora el surfero que viene a darme unas cuantas lecciones de Psicología barata, pues mira, te las puedes meter por...

Gema llegó en ese momento y se quedó patidifusa.

—¿Qué está pasando aquí? Se os oye discutir desde lejos... Desde luego, que siempre tenéis que dar la nota.

—Es la brujona, Gema, que nos quiere contagiar y no sabe lo equivocada que está, con lo feliz que estamos todos los demás aquí.

Miré a Samuel y negué con la cabeza, “todos los demás”, más le valía que hablara por él porque yo esa noche había sustituido la palabra “esperanza” que días atrás llevé en la frente por la de “amargura”.

—Bueno, bueno, pues un poquito de por favor que esto no puede ser, a ver si tenemos que empezar todos a pimplar como la otra noche para poder templar los ánimos. Y hoy no puede ser, que tendremos trabajo hasta el amanecer, la de Nochevieja es la fiesta más larga del año aquí en el hotel.

—Pues mira qué bien—resopló Elizabeth.

—Larga como una cosita que yo me sé y que tiene mi Rafael entre las...—A Samuel comenzaban a hacerle de nuevo efecto unos calmantes que ya no necesitaba, pero que seguía tomándose a puñados, como Lacasitos, así que en ese momento se estaba intentando contar los dedos de las manos y, por la cara que ponía, no le salían las cuentas.

—Venga, Gema, ¿qué necesitas? —le pregunté.

—Aitor, me han comentado que deberías ir a por más bebida, no sea que nos quedemos cortos. Por lo visto hay un grupo de ingleses y otro de rusos, dispuestos a beberse hasta el agua de los charcos.

—Pues Vladimir no bebe tanto, por él no será—matizó Merceditas.

—Es que un tío que beba y que mole no estaría por ti, guapa.

—Ah, ya. No, claro ni falta que me hace, que yo eso de los malotes lo dejo para ti, bonita. Yo lo que quiero es un hombre bueno que me quiera, no uno que se dedique a hacerme cabronadas a tutiplén.

—Mira Merceditas lo bien que te ha contestado y eso que parecía tonta cuando lo compramos, ¿no es así, Aitor?

—Samuel, ¿tú cuántas pastillas te has tomado?

Me fui a buscar las botellas y con eso me quité de en medio un ratito, que la noche en el salón sería larga y como que no me apetecía estar viendo cómo Derek trataba de impresionar a su mujer.

A decir verdad, me entretuve algo más de lo habitual, porque no me apetecía nada volver, por lo que le felicité el Año Nuevo a todo aquel con el que me encontré por el camino.

Lo de tomar las uvas en su presencia no era algo que me fascinara, pero volví al salón a tiempo de hacerlo porque esa tradición no podía perdermela.

Una a una, conforme me las fui comiendo al ritmo de las campanadas, pedí el deseo de que todavía la situación diera un giro de tuerca y se pusiera a mi favor; pedí el favor de que el destino, por una vez, decidiera favorecerme; pedí que no se llevara a la mujer de la que, sin apenas darme cuenta me había enamorado. En definitiva, pedí que no se llevara a mi sonrisa favorita.

Horas después, cuando nos acostamos, las lágrimas salieron de mis ojos pensando que, probablemente, esa fuera la última vez que la viera. Antes de salir del salón, algo que “la parejita” no hizo demasiado tarde, ella me dedicó una mirada que lo decía todo.

Imaginar cómo subía con él a la habitación, cómo le quitaba el vestido, como disfrutaba de la visión de esa espalda que yo ya veía hasta en sueños, representó para mí la más dolorosa de las torturas.

Capítulo 25



—Buenos días, Aitor, por favor, tienes que dejarnos que registremos tu habitación.

No, no era una pesadilla. Christopher había tocado en mi puerta con los nudillos y yo me había levantado con la esperanza de que fuera Ingrid quien llamara.

—¿Qué pasa, Aitor? —me preguntó Borja, que acababa de cerrar los ojos como yo, pese a que era primera hora de la mañana.

—No tengo ni idea, es Christopher con los de seguridad y con... Y con Derek—le contesté de lo más asombrado.

—¿Christopher y Derek? Dios mío, yo no quiero morir, no quiero morir, ¿vienen con pistolas? —Samuel se tapó la cabeza con la almohada como si eso pudiera salvarlo de un hipotético tiro.

—¿Qué dice este tarado? Aitor, tenemos que entrar ya—me aclaró Christopher.

—Por supuesto, no sé qué creéis que vais a encontrar en esta habitación, pero si habéis venido por respuestas...

—No, no hemos venido por respuestas. O más bien sí, pero referentes a un hurto que se ha cometido anoche en este hotel.

—¿A un hurto? Perfecto entonces, nosotros no hemos tenido nada que ver—Levanté las manos en son de paz pensando que ninguno de los tres teníamos nada que esconder.

—Vale, pues entonces no tendréis inconveniente en que registremos la habitación.

—Por supuesto que no, ya os lo he dicho.

Mi sorpresa no tenía límites, así como la de los otros dos. Los tres nos pusimos de pie y dejamos hacer a los de seguridad, que comenzaron a registrarlo todo a diestro y siniestro. Ignorábamos si buscaban dinero o qué leña sería, pero todos teníamos clara nuestra inocencia, por lo que nos mostramos tranquilos.

—Como veis no hay nada por ningún lado, somos trabajadores, no ladrones—les indiqué en un momento dado.

—Y nadie ha dicho lo contrario, solo es que nos tenemos que cerciorar—me contestó muy secamente Christopher, quien no paraba de lanzarle miradas asesinas a un Samuel que, literalmente, no sabía dónde meterse.

Fue al mover mi colchón, justamente al retirarlo del somier, cuando mis ojos se deslumbraron por el brillo de unos diamantes que yo reconocí al instante.

—¿Así que no tenías nada que ver, no chaval? —me preguntó Christopher.

—Absolutamente nada, no entiendo cómo pueden haber llegado hasta aquí—Y por supuesto que no lo sabía, pues yo recordaba perfectamente el instante en el que Ingrid echó mano de ellos para llevárselos.

—Pues supongo que ahora los diamantes tienen patitas, ¿o es que acaso su dueña ha estado en esta habitación?

Tanto mis amigos como yo nos miramos, pues no había duda de que yo estaba siendo víctima de una terrible encerrona que podía costarme más cara que los diamantes en sí, que ya era decir.

—No, por supuesto que no ha estado aquí—le contesté a Christopher mirándole a los ojos.

Ni aunque me hubieran torturado habría confesado. Si Ingrid quería mantener lo nuestro en secreto, no sería yo quien lo revelara.

—Muy bien, pues esto te convierte automáticamente en culpable—me dijo mientras que, por primera vez, detecté una sonrisa en la cara de Derek, por supuesto que maliciosa.

Era un mafioso, el tío aquel era un mafioso y yo había caído en sus redes. Mucho me lo habían advertido, que no se andaba con chiquitas, pero yo no quise escuchar a nadie. Y poco pagaría, porque podría haber ordenado a algún matón que me diera matarile.

—Nuestro amigo no ha sido, tienes que creerme Christopher, tú conoces a mi padre, sabes qué tipo de personas somos—me defendió Borja.

—Os conozco a vosotros, pero no a tus amigos, que por lo visto son de otra calaña...

Capítulo 26



Fue el día más surrealista de mi vida y eso que yo había tenido alguno de esos que hacen historia, pero ir a parar a un calabozo en un país extranjero es una experiencia que no le deseo a nadie.

Estaba ya de lo más desesperado, pensando que me imputarían un delito que no había cometido, cuando escuché la voz de Borja y de Samuel.

—Tienen que soltarlo, nuestro amigo es inocente, ya está todo aclarado—les decía Borja, que era el más cabal de los dos.

—Eso o los atropello con la silla, que le estoy cogiendo un vicio—Allá iba Samuelillo también, que con el tiempo me estaba cayendo hasta bien.

—Panda de tarados, nadie nos ha dicho nada de eso. Largo de aquí...

Mi gozo a un pozo, si bien puse el oído y enseguida vi la luz después del túnel ese que dicen que hay, porque para mí, las horas que pasé allí habían representado la muerte a pellizcos.

—Yo puedo testificar, sé la verdad de quién robó el collar y desde luego que no ha sido Aitor—Quien así hablaba era Sebas, ese compatriota, cliente del hotel, con el que yo me llevaba maravillosamente.

Parecía que ese chico se iba a convertir en mi salvador, porque hablaba con absoluta seguridad. Él había acompañado a mis amigos hasta allí después de contarles la verdad sobre un caso que me podía haber complicado la existencia una barbaridad.

Unas horas después, salí de allí, con lágrimas en los ojos, pues apenas podía contener la ira que me causaba el saber quién había sido la persona que me metió en ese lío.

—Aitor, yo lo siento porque sé que la aprecias. Elizabeth no sabe que yo escuché la conversación que mantenía con el tío ese, fue una casualidad total. Sabes que me he acostado alguna que otra vez con ella y que le tengo aprecio, de modo que la vi a la vuelta de la esquina y me paré para hablar con ella. Ella no me vio, pero el alemán le decía que, si todo salía bien, le pagaría lo mismo que valía la gargantilla. A mí me olió a chamusquina, pero como dicen que se ha metido en cosas chungas, supuse que estarían haciendo algún chanchullo, ya sabes que la estaba contratando para... y también para llevar la gargantilla a tu dormitorio, claro.

—Para mantener sexo, qué va, ojalá fuera de esos... Es un mierda, pero a su mujer la quiere con locura, según dicen y según afirma también ella.

—¿Sí? Pues ahí va la bomba... Ella le dio las gracias y le comió los morros, además de que le dijo que era una

lástima que no le diera tiempo a volver a compensarlo antes de irse. Y él le contestó que ya habían pasado un par de buenos ratos, al menos.

—¿El viejo contrató sus servicios? Yo me cago en todo lo que se menea y en mucho más. eso sí que no lo imaginaria Ingrid en la vida, tengo que contárselo, tengo que verla...

—Aitor, Ingrid ya se ha ido...

—Se la ha llevado, se la ha llevado... El tío lo sabía, no sé cómo, pero sabía lo nuestro y ha planeado también su venganza.

—Aitor, a mí se me está ocurriendo una forma de que lo supiera, pero te va a hacer pupa...

—¿Elizabeth también, Borja?

—¿Y tú lo dudas? Si ha sido capaz de dejar que te enchironaran cargándote con el muerto de un delito que no has cometido, ¿tanto te extraña que se fuera de la lengua con Derek?

—No, no me extraña nada—suspiré.

—Pues eso, lástima que ahora mismo la estén deteniendo, pero, Aitor... Blanco y en vasija...

—Leche fija, Borja, esto es una pesadilla total.

Llegué al hotel a tiempo de ver cómo se la llevaban esposada.

—No me lo creo, Elizabeth, todavía no me creo que hayas sido tú. Y, además, ¿por qué tuviste que contarle lo nuestro?

—Me fui de la lengua, Aitor, me sentía tan mal porque me dijeras que no querías nada con nadie y enseguida te encoñaras con la rubia, que le ofrecí a Derek acostarme con él en venganza.

—Previo pago de su importe, brujona, que tú ya por no dar no das ni las gracias—matizó Samuel, que algo más despierto estaba ya con todo aquello.

—Sí, pero eso lo he hecho por necesidad, no por gusto...

—No entiendo nada ni lo voy a entender nunca, yo creía que eras mi amiga, te apreciaba...

—Aitor, perdóname, me ofreció una suma de dinero muy alta por hacerte cargar con el hurto.

Uno de los policías dio fe, enseñándome un fajo de billetes que hizo que en nuestros ojos apareciera el símbolo del euro.

—¿Y preferiste vender a un amigo? Yo te habría ayudado y el resto también.

—No sabes lo que dices, yo hace un tiempo me metí en una movida de drogas y salí con un tipo muy chungo, que trapicheaba. Mientras estuve con él, me suministraba todo lo que quería, pero cuando lo dejé me pasó la cuenta y

casi me caigo muerta. Creí que, al venirme con vosotros hasta aquí, me perdería la pista, hasta que recibí un mensaje suyo que me demostraba lo contrario. Me entró el miedo y, por eso, me dediqué a conseguir dinero rápido y fácil, para saldar mi deuda...

Elizabeth se había equivocado y a punto estuvo de arrastrarme a mí al abismo. Pero ella no era la única culpable de una situación en la que otras personas habían participado. Derek fue el artífice del plan y Christopher lo ayudó a ejecutarlo, según me confesó también Elizabeth.

Cuando se la llevaron comprendí que ella estaba en un buen lío, pero que había otra persona que me importaba mucho y que tampoco estaba a salvo, puesto que Ingrid no sabía nada de aquello.

Ese fue el momento en el que tomé una decisión, Berlín no estaba a un tiro de piedra, pero yo hubiera recorrido nadando y andando la distancia que me separaba de esa fría ciudad de haber sido necesario.

No obstante, estimé que sería mucho más sencillo tomar un avión y eso fue lo que hice, ponerme manos a la obra para conseguir un billete.

Enseguida lo tuve... enseguida tuve el billete que me llevaría hasta la felicidad.

Capítulo 27



Mis amigos vinieron a despedirme al aeropuerto, lo que incluía a Merceditas, que estaba también de lo más triste porque ese mismo día se había marchado Vladimir.

—Bonita, no te preocupes, mira las vueltas que da la vida, yo me voy a buscar a Ingrid a Berlín—le dije dándole un cariñoso beso, porque vi que estaba poniendo un puchero.

—Pero es que veo que todo se está yendo a pique, Aitor. Mira lo que ha pasado con Elizabeth y ahora te vas tú.

—Yo me voy, pero vuelvo, no seas tontorrón.

—Y en cuanto a la brujona, pues anda que te trataba bien, si la echas de menos es porque eres masoca, pero como tú todavía no has catado varón, eso ni lo sabes, ¿o sí lo has catado ya? —le preguntó Samuel activando el modo maruja total.

—Pues no, listo, que no me he decidido al final...

—¿No te has decidido? Por mi madre que el día que lo hagas, Merceditas, al que le toque va a necesitar un cincel y un martillo, guapa.

—Serás cenutrio. Di que no, cariño, que solo te hace falta un hombre sensible que te quiera, simplemente eso—intervino Borja.

—O sea, un imposible, porque mira, mi Rafael me quiere, pero la sensibilidad la tiene donde yo te dije, cualquier día salgo escayolado de cuello para abajo.

—Samuel, que podemos vivir sin esos detalles y lo sabes, hombre.

—Ay, Aitor, qué tiquismiquis eres, que no se puede hablar delante de ti.

Esperaba irme por solo unos días, pues mi deseo era poder estar pronto de vuelta con Ingrid, pero me generaba cierta incertidumbre la situación. En el hotel no me habían puesto pega, de momento Christopher se había quitado de en medio sutilmente, tratando de evitar que le salpicara la mierda, cuando ese también debía estar de ella hasta el pescuezo.

Me subí a ese avión con la esperanza de proporcionarle a Ingrid una válvula de escape, de darle esas alas que un día le cortaron, de que pudiera llevar la libertad por bandera lejos de un tío hipócrita que le mostraba la cara de un caballero cuando en realidad no era más que una vil comadreja.

Llegué a Berlín reventado, después de casi doce horas de vuelo que me dieron mucho que pensar. La ciudad, majestuosa como era, acababa de despertarse en el momento en el que puse los pies en sus gélidas calles.

Por si faltaba algo, comenzaba a nevar y unos ligeros copos de nieve me cayeron en la cabeza. Aquel ambiente invernal, todavía con olor a Navidad, me resultó exquisito, mucho más sabiendo como sabía que en esa ciudad estaba la mujer que hacía mi corazón palpar.

El que tuviera su dirección no fue fruto de la casualidad, pues fue Juan Carlos, de recepción, quien, dadas las circunstancias, se la jugó para dármele, pues constaba en la copia de la documentación que ellos entregaron al llegar.

Ya imaginaba yo que no me encontraría un barrio obrero cuando llegara a las señas que me habían dado, pero Mitte, situado en pleno pulmón del Berlín Oriental, me dejó con la boca abierta. Y si ya hablamos de la fachada del lujoso palacete que me encontré de frente, ni digamos.

Situada al lado de una galería de arte, la casa de Derek e Ingrid parecía otra de esas galerías, por lo que se podía divisar ya desde la entrada.

Cogí aire, toqué en el timbre y esperé a que una persona de servicio tuviera la amabilidad de abrirme la puerta, pues lógicamente en ellos era lo que se estilaba.

—He venido a hablar con Derek, por favor—le comenté a la asistenta que me abrió la puerta gentilmente.

—¿Al señor?

—Sí, al amo del calabozo, que allí es donde intentó meterme a mí, puede decírselo así.

—Perdone, pero no lo entiendo, ¿se trata de una broma? —Hizo ademán de cerrar la puerta, algo que no le permití.

—Poca broma, aunque él sí que se hubiese reído tela de haberle salido la jugada, también le digo.

—No entiendo nada, por favor, tiene que marcharse.

—No, por favor, dígame que baje, que va a estar encantado de verme.

—¡Señor, señor! —chilló ella de lo más nerviosa, pues la pobre mujer debió pensar que se les había colado un loco.

La casa, como digo, era verdaderamente impresionante, con una entrada en mármol que dejaba perplejo al más pintado, lo mismo que las lujosas escalinatas que conducían hasta el piso superior, desde el que se asomó Derek,

—¿Qué está pasando aquí? —chilló él también.

—Nada, Derek, que he venido a que me invites a una copa y, de paso, a llevarme a tu mujer, ¿lo ves bien?

—¿Cómo? No sé cómo has logrado llegar hasta aquí, pero te ordeno que te marches ahora mismo de mi casa si no quieres que...

—¿Que llames a la policía? Hazlo y les ahorrarás trabajo. De hecho, no creo que tarden demasiado en llegar, tienes que darles demasiadas explicaciones. Yo de ti, me iría haciendo un esquema, que además no creo que tu memoria esté ya muy allá que digamos.

Me salió la vena sarcástica porque, en contra de lo que sentí en las últimas horas, en ese momento yo tenía la sartén por el mango y eso me hacía hincharme como un pavo real.

—No sé de qué me hablas, no tengo ni la menor idea, ¿es que has venido por dinero?

—¿Quieres comprarme? Sé que estás acostumbrado a hacerlo con la gente, ¿me ofrecerás lo mismo que vale esa gargantilla o a mí me tienes en más estima y sacaré una tajada mayor? Vete a la mierda, Derek, y métete de paso tu dinero por donde te quepa, yo solo quiero a tu mujer.

—¿A mi mujer? Te mataré antes de que te la llesves, te lo prometo...

—¿Qué está pasando aquí? —Ella debía salir del baño porque lo hizo con el pelo mojado, algo que me encandiló. Cuanto más natural, más guapa para mis ojos.

—Ingrid, vámonos, ya no le debes nada a este maleante—le aseguré.

—Aitor, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Tú no estabas detenido?

—Sí, por el hurto de una gargantilla que tu marido pactó con Elizabeth, a cambio de una succulenta cantidad de pasta con tal de meterme entre barrotes.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó.

—¿Que estabas liada con este desgraciado? Pues claro que lo sabía, idiota, tú no sabes mentir.

—Derek, yo no quise, es que... —La vi ponerse morada, como si a pesar de lo que yo le había confesado siguiera debiéndole esa lealtad de la que siempre hablaba.

—No tienes que darle ninguna explicación, Ingrid, ¿o es que él te las da cuando se va con prostitutas?

—¿Con prostitutas? Eso no es posible, ¿a que no, Derek?

Yo le había asestado la estocada mortal y ahora estaba en él tener algo de dignidad y terminar por confesarlo o seguir jugando al perfecto marido.

—Pues claro que lo es, ¿y si no fuera así cómo te crees que te habría perdonado lo de Herman?

—¿Quién es Herman? —le pregunté un tanto asombrado porque no me sonaba de nada ese nombre.

—¿Eso no se lo has contado? Pues siento decirte, desgraciado, que te vas a llevar una buena pieza, porque tú no eres el primer niño del que esta infeliz se enamora y, no, tampoco para el que se abre de piernas.

—¿Qué está diciendo, Ingrid? —le pregunté porque me dio miedo a encontrarme una segunda parte de la historia con un fin todavía más doloroso que el de la primera.

—Díselo, dile lo que eres, una ramera y una...

—¡Basta, asqueroso! Yo no soy nada de eso y si tú no me hubieras presionado tantísimo... Aitor, ¿tú confías en mí?
—me preguntó.

La razón me decía una cosa, pero el corazón tiraba para el lado contrario. El asunto es que yo soy de lo más visceral, por lo que no dudé en decirle que sí, pese a que el miedo me hubiera paralizado por un momento.

—Entonces cojo cuatro cosas y me voy contigo—le dijo y sentí pánico por instante, pues pensé que él pudiera echarle mano y hacerle algo. Claro que entonces, yo habría subido los escalones de cuatro en cuatro y nos habríamos matado.

—Tú no te vas a ninguna parte y tú tampoco—nos ordenó, mirando alternativamente primero a la una y luego al otro.

—No, si resulta que al viejo le va a ir el temita de mirar, amor. Lástima que tendremos que enviarle un vídeo, porque para mí que la policía ya está en la puerta—Acabábamos de escuchar el timbre y no me equivoqué.

—Ya voy, Aitor, espérame—añadió ella.

—Y los trajes de señorona, así como los collares de perlas los dejas ahí, que lo mismo a este le hace falta pasta para pagar la fianza...

Un rato después, en cuanto hablamos con la policía, salimos de allí.

—¿De verdad estás aquí, Aitor? ¿De verdad has venido a buscarme?

—¿Y todavía lo dudas? —Comenzaba a nevar más copiosamente y los termómetros se desplomaban, por lo que le cogí fuerte las manos, que llevaba heladas, ya que con las prisas se olvidó los guantes.

—Necesito un chocolate caliente, es que lo necesito...

—Busquemos una cafetería, mi amor.

Nos refugiamos en una, mientras veíamos el manto de nieve que, de un momento para otro, se estaba formando en el suelo.

—Esto es muy bonito, pero se va a quedar a vivir aquí el Tato de Jerez, también te lo digo.

—No, de aquí nos vamos, no tengo más que malos recuerdos de este lugar, por muy bonito que sea, Aitor.

—Bonita eres tú, ¿qué te pasa? —Veía dolor en sus ojos.

—Que he sido una imbécil por creer a ese hombre después de todo lo que me ha torturado tras lo de Herman...

—No tienes por qué explicarme nada, yo no le he hecho caso a lo que ha dicho, ¿vale? Además, lo que hicieras en el pasado, pertenece a eso, a tu pasado. A ver si te crees que yo he sido un santo...

—No, si ya sé que no, pero no quiero que pienses que te he hablado en todo momento de lealtad y que no era así, que lo engañaba.

—Bueno, si te vas a quedar más tranquila me lo explicas, pero no es necesario.

—Herman es un sobrino de Derek, alguien que conocí poco antes de nuestra boda, un niño...

—¿Otro niño como yo?

—Bueno, más o menos... Uno que me hizo perder la fe en la gente joven, supongo.

—Ya entiendo.

—Verás, yo me sentí irremediamente atraída por él, porque ya estaba un tanto desencantada de lo mío con Derek.

—Ya, fue ahí cuando te diste cuenta de verdad de que Derek ya no era atractivo a tus ojos.

—Correcto, pero eso era algo que no quise explicarte, por si pensabas mal de mí.

—Pero, bonita, ¿yo cómo iba a pensar mal de ti por eso?

—No lo sé, después de todo aquello me volví muy desconfiada. Derek se enteró de lo nuestro y me lo reprochó hasta la saciedad, haciéndome sentir culpable de su divorcio y emprendiéndola contra su sobrino.

—¿Y Herman no te apoyó?

—Qué va, ese salió corriendo con el rabo entre las piernas y eso que siempre me dijo que, llegado el momento, le plantaría cara a su tío.

—Lo del rabo puedo suponerlo, no esperaba que lo dejara atrás.

—Le sacas la parte divertida a todo, Aitor, ¿no piensas mal de mí por eso?

—¿Por qué? ¿Por querer rectificar? Me alegro de que finalmente no lo hicieras con él, porque eso me da la oportunidad a mí de que compartamos nuestra vida, pero ahora te admiro más porque ya entonces te diste cuenta de tu error y trataste de enmendarlo. Aunque, supongo, que después de todo eso, tu marido adquirió una posición de poder.

—Exacto, era como si yo siempre estuviera en deuda con él, una jodida deuda perpetua que me torturaba. Y él, que parecía estar loco por mí, en realidad lo que estaba era obsesionado por retenerme a su lado a cualquier precio, obsesionado porque nadie se enterara de que yo lo había dejado.

—Correcto bonita, cuando en realidad era un sinvergüenza de mucho cuidado, solo que sabía disimular muy bien...

—Sí, digamos que me las hizo pasar canutas, he vivido momentos buenos, pero también otros muy malos. Y cuando estos últimos llegaban, yo creía que me los merecía, por eso me decía a mí misma que nunca podría dejarlo.

—Y eso te llevó a un estado en el que supongo que no podrías concentrarte en nada.

—Correcto, de ahí que pidiera un año sabático, pero eso tampoco mejoró las cosas, ¿sabes? Al final acabamos pasando las Navidades en el Caribe para acercarme al mar, por si eso podía cambiar en algo las cosas.

—¿Y tienes ganas de volver allí, guapísima?

—No sabes cuántas, niño, no sabes cuántas...

Capítulo 28



Llegamos a un bonito hotel, en el que nos refugiarnos.

—Aitor, no me hace falta ni comprobarlo, conociendo a Derek, habrá dado de baja mis tarjetas ya.

—Supongo que estará demasiado entretenido para eso dándole explicaciones a la policía, pero yo no quiero nada de él. Déjame pagar a mí, tengo mis ahorros...

No es que fueran nada del otro mundo, pero algo tenía y no se me ocurría una mejor manera en la que emplearlos que pasando tiempo con ella, con esa maravillosa mujer en la que yo había confiado y no me equivoqué al hacerlo.

Subimos y nos quedamos mirándonos.

—¿Y ahora qué? —me preguntó ella.

—Ahora todo, ahora empieza lo bueno, ¿sabes?

—Ya me lo imagino, me parece un sueño, dime que no me voy a despertar. Dímelo, por favor.

—No te vas a despertar, preciosa. Y para demostrártelo, nos daremos una buena ducha...

La cogí en brazos y la metí en el cuarto de baño. Mientras que en la calle hacía un frío que pelaba, el interior del hotel, con madera por doquier, no podía resultar más confortable, con su calefacción a tope.

Disfrutando de esta atmósfera tan agradable, la fui desnudando lentamente, recreándome en cada una de las prendas que le quitaba, como si se tratara de un ritual. En esa ocasión sí que llevaba sujetador, una delicada prenda en blanco y de encaje, a juego con su braguita brasileña, un color que contrastaba vivamente con el bronceado caribeño que Ingrid lucía.

A continuación, me tocó el turno a mí, de manera que me fui sacando la ropa poco a poco, mirándola, sonriéndole, amándola con la mirada, como anticipo de lo que enseguida haría con el cuerpo.

Sus senos, esos senos que me llamaban, totalmente empitonados, eran la señal de que nuestros cuerpos se deseaban más de lo que nuestras bocas pudieran llegar a contarnos.

Juntos, nos metimos en la ducha, mientras el agua caliente caía sobre nuestras cabezas. Ingrid tuvo que salir de su casa con el pelo envuelto en una gorra, pues lo tenía chorreando, por lo que aún aparecía húmedo ante mí cuando volvió a rezumar agua.

—Eres tan deseable, serás la musa de mi próxima novela. ¿Qué digo? Serás la musa de todas mis novelas a partir de ahora.

—Aitor, qué bonito, me dices unas cosas que me hacen sentir tan...

—¿Libre? ¿De nuevo vas a decir libre? Porque ahora lo eres del todo, tienes alas, Ingrid. Y yo te prometo que jamás trataré de cortártelas—le aseguré mientras comenzaba a besarla con pasión, mientras mi sexo se refregaba con el suyo, tratando de provocar una entrada que esa vez no se hizo esperar, pues era tal el deseo de ambos, que así decidimos que fuera.

Cogidos de las manos, empapados, comenzamos a disfrutar de un ritmo frenético, pues las ganas fueron dando paso al ansia viva, un ansia que ambos compartimos y que tenía visos de hacernos conocer un placer que hasta entonces no nos había sido revelado.

Mis manos en sus caderas, sus sugerentes gemidos, mis fuertes embestidas... Locos el uno por el otro y locos por demostrarnos cuánto placer éramos capaces de proporcionarnos.

Ingrid me parecía la más sexy de todas las mujeres y, a la vez, una que podía administrarme esas dosis de amor que todos precisamos como bálsamo para curar las heridas de un pasado que, no por joven, yo dejaba de tener.

Nos amamos, nos amamos hasta que lo arrugado de nuestros dedos nos indicó que era hora de salir de una ducha que nos sirvió de templo para que aquella diosa del amor y yo pudiéramos culminar ese nuevo encuentro con el que tanto habíamos soñado y que quedaría para siempre en nuestra memoria.

Capítulo 29



—No veo la hora de que lleguemos—le comenté al día siguiente, desde mi asiento del avión.

—Ni yo tampoco, amor, es que esto me ha pillado de sorpresa.

—Que se esperen en el hotel, que bastante me han hecho ya la puñeta, detención incluida, ¿no es cierto?

—Pues bueno, pero si te echan, ya me contarás qué plan. Yo todavía no tengo trabajo, ¿tú te lo has pensado bien? —me preguntó mi niña en un día en el que la ilusión afloraba a su cara como nunca la había visto.

Nuestro destino no era otro que Málaga... Y la razón no fue otra que la necesidad de enseñarle ese rincón del sur de España en el que yo vivía antes de partir para Punta Cana y del que también me había enamorado.

Además de enseñarle mi casa y de que paseáramos junto al mar, como era su deseo, desde allí también nos trasladaríamos un día a Granada, pues ella me dijo que nunca había visitado esa capital andaluza tales fechas, una época en la que a mí me entusiasmaba especialmente gracias a sus mercadillos navideños que se mantenían hasta después de Reyes.

Llegamos a Málaga al mediodía y, nada más ver su luz, se le encendió esa otra que ella llevaba en los ojos.

—Qué maravilla, donde esté esto que se quite Berlín y todo lo que lo rodea.

—¿Y qué me cuentas del pescadito frito? Que aquí en Málaga también lo ponen espectacular.

—Ya te digo y los espetos de sardinas, de esos guardo unos recuerdos de mi niñez que no veas. Yo no pienso comer más salchichas en mi vida, te lo digo.

—Hombre, mujer, alguna que otra espero que...

—Mira que serás tonto, que me cortas.

—¿Te cortas? ¿Te corta un niño? ¿O es que ya has tomado conciencia de que soy un hombre? Es más, ¿has tomado conciencia de que soy el hombre que te va a hacer feliz?

—Todavía me parece que estoy soñando, pero creo que sí. Aitor, estoy pensando en que se le voy a pedir a los Reyes Magos.

—Pues a ellos ya les puedes encargar mejor una bufandita y unos guantes, que de lo otro ya me encargo yo...

Me encargaría de eso y, como anticipo, me encargué también de prepararle un día de Reyes Magos que no pudiera olvidar...

El día anterior, después de haber disfrutado alguno más de Málaga y de su mar, nos fuimos a Granada, donde nos compramos un montón de detallitos que poner en el salón de mi casa para abrir cuando Sus Majestades tuvieran a bien anunciarnos que ya habían estado por allí.

En la Judería nos lo pasamos de escándalo, visitando todas esas tiendecitas que parecían de cuento y en las que ella se encontraba como niña con zapatos nuevos, degustando con los ojos todas aquellas filigranas que nos ofrecían.

En un momento dado, me perdí en una de sus calles, pidiéndole expresamente que me esperara, pues nada me hacía más ilusión que hacerme con un detalle que había pensado para ella.

Allí visité a Julia, una amiga de siempre que estaba sentada en su taller artesanal, disfrutando de todas aquellas virguerías que salían de sus manos.

—Julia, amiga, quiero una pulsera especial para una chica que lo es todavía más.

—Ey, Aitor, supongo que debe serlo mucho para que hayas venido hasta aquí a por una.

—Es que nadie como tú para dar en el clavo. Te advierto que hasta ahora ha sido rica, porque estaba casada con un milloneti y ahora está conmigo, que no tengo donde caerme muerto, pero que la quiero a rabiar.

—¿Y ella ya sabe que ahora es cuando se ha vuelto verdaderamente rica?

—Venga ya, Julia...

—Aitor, lo que tú puedes darle a esa chica no hay dinero suficiente en el mundo para comprarlo. Yo sé cómo eres cuando quieres a una mujer, la forma en la que te entregas, que es infinita.

—Eso de “infinita” me gusta.

—Genial, pues ya tenemos símbolo para la pulsera y mira, te voy a enseñar un cuero que me ha llegado y que es para flipar...

—¿De cuero? ¿Crees que le gustará...?

Salí de su taller con esa pulsera personalizada que le quedó increíble a mi amiga. Era un pequeño detalle, pero que para mí significaba mucho. En el fondo de mi romántica cabecita, ya me veía poniéndole algún día un anillo en el dedo a Ingrid, pero no quise asustarla todavía, por lo que una pulsera me pareció un regalo fantástico.

Por la noche, hice que se acostara y me dediqué a decorar yo el salón enterito, con todos nuestros regalos, mogollón de chuches que compramos y hasta unos globos de helio con forma de corazón que también nos personalizaron con nuestros nombres.

—¿Sigues despierta? —le pregunté un ratito después, cuando me metí en la cama con ganas de jarana.

—Pues claro que estoy despierta, te estaba esperando, mi amor...

Los Reyes Magos se pasaron por allí antes de lo que yo pensaba, pues el de que Ingrid me llamara “mi amor” fue el mejor regalo que me pudieron hacer.

Comencé a besarla, la besé tanto que tuve miedo de desgastarla, de que aquella preciosidad se me esfumara de las manos. Una tontería si partía de la base de que, por fin, ella estaba con una persona libremente.

Nos amamos, nos amamos una vez más y después nos echamos a dormir a tiempo para descansar unas cuantas horitas antes de que los primeros rayos del sol nos despertaran...

—¡Han venido los Reyes, Aitor! ¡Han venido! —chilló Ingrid con la ilusión en modo máximo cuando vio el salón tal como yo lo había decorado.

—Sí, y ya es hora de que abras tus regalos, mi niña—Le puse la pulsera en la mano, ese el primero.

—Yo también quiero darte una cosita—me confesó ella, sacando otro paquete sorpresa.

—¿Los abrimos a la vez?

Y a la vez los abrimos, así como a la vez nos quedamos los dos con la baba caída cuando vimos sendas pulseras, idénticas, la suya en cuero marrón y la mía en cuero negro.

—No puede ser—murmuraba ella.

—Y tanto que no puede ser, como que a mí me la personalizó mi amiga Julia, ¿de dónde la has sacado?

—Venga ya, es imposible... A mí me la personalizó un chico de otro taller, cuando tú te escabulliste.

—¿Y por qué te crees que lo hice? Fui a explicarle a mi amiga lo especial que eres y lo que yo siento por ti. Y este fue el resultado—Le señalé a la pulsera.

—Y yo hice lo mismo con el otro chico y me dijo que esta sería tu pulsera ideal.

Una nueva señal, fue una nueva señal de que estábamos unidos por un fuerte nexo cuyo símbolo era el infinito. Cada uno de nosotros le ajustó su pulsera al otro, dos pulseras que unimos y a las que hicimos una foto que subimos a las redes, anunciando a nuestra gente que algo estaba naciendo entre nosotros. En mi caso, tuvo una gran acogida y, en el suyo, generó no poca sorpresa.

Capítulo 30



—Dios mío, Aitor, qué mal trago pasamos con lo de tu detención—Gema me dio un enorme abrazo cuando me vio llegar al hotel.

Acabábamos de desembarcar en el aeropuerto, después de cruzar el charco juntos por primera vez, con la expectación que genera el no saber el tipo de vida que te espera.

—Gema, yo no sé si me darán boleto de aquí, pero igual tú podrías recomendarme para trabajar en algún otro hotel, que a ti te tienen en mucha estima en este sitio.

—¿En otro hotel? Por encima de mi cadáver, Aitorcito.

—¿Y Christopher? Yo no quiero problemas, bastante he tenido ya.

—Christopher va a pasarse una buena temporada a la sombra, en calidad de cómplice del hurto.

—También al viejo, digo a Derek, nos han confirmado que se le va a caer el pelo y no lo digo ya solo por su edad—bromeé.

—Ay, Aitor, si es que hacéis una pareja tan bonita, sois adorables...

Todavía no había terminado de hablar cuando escuché gritos en el pasillo y eran Borja y Samuel, que venían a nuestro encuentro, el uno con la silla y el otro corriendo.

—Aitor, tío, qué alegría de verte y tan bien acompañado.

—Chicos, yo sí que me alegro de volver a veros. Y eso que nunca pensé que diría esto, pero os he echado de menos.

—Y nosotros a nuestro compañero de cuarto, las noches no han sido lo mismo sin ti, chaval.

—Ay, Samuel que tú y la noche tenéis mucho peligro, no quiero pensar para qué me habrás echado de menos...

—Anda ya, pero si estoy de lo más formal con mi Rafael. De hecho, vengo a anunciaros que me cambio formalmente de habitación, desde esta noche duermo con él. Es lo que le pedí a los Reyes Magos y es lo que me han traído, un buen ra...

—¡Samuel! Por favor, que hay una señorita delante, no me seas.

—¿Y esta señorita no sabe tampoco lo que es un buen rabo? Pues estáis todos apañados—Miró a Borja y este a su vez a Merceditas, que venía detrás.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo todavía no lo sé, listo?

—Ay, ladrona, con esa sonrisita que me traes, ahora sí que me cuadra. Por fin te han dado candela de la buena, si hasta se te ha subido el color a la cara, que la tenías más pálida...

—¿Y no tendrá algo que ver en esa palidez el que sea pelirroja? Mira que tienes unas cosas.

—Eso es verdad, que tienes tu punto. Mira, Borja, tú cuando vayas a darle al tema, dile que se ponga unas trenzas rollo Pipi Lastrum, que eso mola tela, ahí para tirarle bien...

—Pero bueno, ¿me voy unos días y aquí se revoluciona todo el cotarro? ¿Qué ha sido del Samuel que se pasaba todo el día quejándose? Menudos bríos, ya impartiendo clases de sexología y todo.

—Ese Samuel ya pertenece al riguroso pasado, ahora estoy que me salgo...

—Pues de la silla trata de no salirte, no vaya a ser que tengamos otro numerito, que se te dan estupendamente.

—Lo de la silla es ya una pamplina, menudas carreras que me doy en muletas por la habitación con mi Rafael, él persiguiéndome y yo haciendo como que me resisto. Pero lo del rollito de la silla lo voy a explotar todo lo que pueda, yo no voy a parar hasta que no me declaren herido en acto de servicio, que he estado leyendo sobre eso y no veas si interesa.

—Pero animal, si para eso hay que estar justamente eso, de servicio, y tú no eres militar, policía ni nada similar.

—¿Y lo que me gusta un uniforme no cuenta?

—Ingrid, bonita, estos son mis amigos, no te voy a decir que sean de lo más presentables, pero es lo que hay. Y así los quiero y no poco.

—¿Y quién quiere gente presentable en su vida habiendo otra tan divertida?

—Así se habla, guapa. Mira, yo soy Merceditas y este es mi novio Borja.

Yo ya había supuesto que el hecho de que esa chiquilla se hubiera estrenado tenía más que ver con mi amigo que con el ruso, pero su confirmación me puso los vellos de punta.

Hacia nada y menos que todos habíamos llegado al Caribe y la vida nos había dado unos vuelcos sensacionales. Gema nos miró riéndose, mientras yo los abrazaba y les daba la enhorabuena.

—O sea que ya no hay problema con las habitaciones, todo arreglado. Ahora que ya os tengo a todos emparejados, a ver cuál es la próxima sorpresa que me dais porque desde que llegasteis, esto es un sinvivir.

—¿Y de Elizabeth? ¿Sabéis algo? —les pregunté.

—Se le va a aplicar la eximente de miedo insuperable, ya que actuó totalmente coaccionada por la amenaza del malnacido que le exigía el dinero, de modo que ya la han puesto en libertad y podrá volver a España.

Me alegré, me alegré porque en el fondo ella no actuó bien yéndose de la lengua con Derek, pero lo que le estaba pasando tampoco era plato de buen gusto y yo prefería que no tuviera que cumplir condena.

—Chicos, yo solo os digo una cosa, ¿eh? ¡Que esta noche fiesta! Gema, ¿hay alguna posibilidad de que libremos todos? ¿Con quién debemos hablar? —le pregunté.

—¿Todos? Todavía no has llegado y ya la estás liando, Aitor, que al final consigues que nos despidan.

—Que no, Gema, que vida solo hay una—Y allá que comenzó Samuel a dar volteretas con su silla, que parecía que le hubiera dado un ataque de epilepsia y a cantar eso de “...*que la vida es un carnaval, y las penas se van cantando...*”

Dios le conservara la vista porque oído no tenía ninguno, cantaba como si le hubieran cogido los huevos con la tapa de un piano, para que os hagáis una idea.

Epílogo



Dos años después

—Ni se te ocurra volver a decirme niño, ¿eh?

—¿Y qué me pasará si te lo digo, niño?

—Eres una provocadora, una provocadora total y lo sabes...

—Sé eso y también sé muchas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Como que hoy es el día más feliz de mi vida, como eso.

En plena playa, allí estábamos celebrando nuestra boda, un par de años después de que la vida nos enseñara que estábamos hechos el uno para el otro.

La nuestra no era una boda de esas de postín, nada que ver con la primera que celebró Ingrid, en la que parecía una princesa de cuento. Ahora, mi rubia mujer parecía una pequeña hada, un hada blanca ibicenca, con un vestido corto y descaradamente sexy, escote de vértigo y sugerentes calados que me dejó perplejo cuando lo vi.

Ya intuía yo que ella llevaría algo así, pues para eso nuestra boda era ibicenca y allí hasta el gato vestiría de blanco, pero lo que no esperaba era la total frescura de un vestido con el que me enamoró todavía más, y eso que yo pensaba que era imposible.

Por todo adorno, llevaba una vistosa flor en el pelo, si bien la sonrisa más bonita del mundo era su mejor complemento, esa que lució desde el mismo momento en el que se levantó ese día y que tan solo se borró de su rostro cuando llegó su padrino y no fue precisamente la cara de Samuel (con quien se llevaba genial) la que estaba esperándola.

—Papá, no entiendo...

—Hija, cuantísimo tiempo. Estás tan, tan rematadamente guapisima y te pareces tanto a tu madre...

El comentario le gustó y le dolió a partes iguales, yo lo vi en su cara. Ingrid no supo qué decir, porque el hombre tocó el más peliagudo de todos los temas, el que los había separado en su día.

—Papá yo... Esto es todo muy raro, yo siento haberte hecho daño, pero es que también estaba tan dolida...

—Cariño mío, no tienes que explicarme nada y mucho menos hoy, vestida de novia como estás. Toda la culpa la tuve yo, no supe estar a la altura y no solo perdí a tu madre, sino que te perdí a ti después, lo que me merecía.

Esa fue la primera vez en su vida que Ingrid escuchó una disculpa de los labios de su padre, tras lo que se tiró en sus brazos.

—No llores, mi niña, que tienes que casarte. No quiero ser también el culpable de que se te estropee el maquillaje, ya con eso no podría cargar—Le sonrió él con no pocas lágrimas en los ojos.

—Papá, me alegro de que estés aquí—le contestó ella, antes de aceptar que él le diera el brazo y la acercara hasta el improvisado altar playero que Gema se había encargado de diseñar y de que colocaran para nosotros, una maravilla floral que constituyó un regalo en sí mismo.

Las palabras que se dijeron me las comentó luego Ingrid, pero yo las intuí cuando la vi avanzar con esa firmeza, pensando que ya lo tenía todo en la vida.

—¡Viva la novia más guapa de todo el Caribe! ¡Aitor ya puedes espabilar, porque a esta te la quitan de las manos!
—chilló el loco de Samuel.

—¿Qué dice ese muchacho? ¿Se ha creído que mi hija es una prenda de un mercadillo? —me preguntó su padre, a quien yo ya conocía. Por algo fui quien me puse en contacto con él y quien lo recibí el día anterior a la boda, a espaldas de mi preciosa prometida.

—No le hagas caso, suegro, es que le falta un tornillo, pero no es mal chico.

—¿Y el de al lado? Porque ese parece seguirle el rollo.

De lo poco que yo sabía de ese hombre destacaba que era un tanto tradicional, por lo que sonreí.

—Es su novio, pero no te preocupes que lo entiende divinamente, verás cómo lo calla.

Y tanto que Rafael lo entendía, como que le dio un besazo allí mismo que lo dejó sin respiración y ya no se le ocurrió decir ni una palabra más, porque tuvo que abanicarse y todo cuando se separó de él.

—Rafael, vida, ¿tú eres un vampiro? Porque me has besado así tan fuerte que te juro que me han entrado hasta mareos, creía que te estabas llevando mi energía.

—De mareos no habléis por favor, ¿eh? Y de náuseas menos—Allí estaba Merceditas, con su tripita incipiente de tres meses, pero que le provocaba un malestar que ahora sí que la recogíamos más de una vez del suelo. Borja siempre a su lado, que ese ya había aprendido la lección.

—Siguen siendo una panda de tarados, pero es mi panda de tarados, no puedo evitarlo, preciosa mía—le dije a Ingrid.

—No, es nuestra panda de tarados porque yo ya no puedo vivir sin ti, pero tampoco sin ellos. Y menos sin este sitio ¡y eso te incluye a ti, Gema! —le soltó ella desde lejos.

—¡Te como esa cara, guapa! —le contestó desde su asiento una Gema que iba divina, con su marido y su hijo, que

también apareció como un pincel, parecía un modelo en miniatura.

Fue una ceremonia de lo más emocionante y una celebración divertida hasta decir basta, pues a ella no faltó ninguna de las personas importantes de nuestras vidas, incluidas todos mis compañeros de letras, esos diez personajes tan queridos por mí, entre las que destacó Carlota, por su gusto por la salsa.

La celebración empezó en la playa esa mañana y acabó a la mañana siguiente hasta que, exhaustos, solo quedamos ella y yo... Ella, mi mujer, lo último que imaginé cuando llegué a Punta Cana y lo primero en mi vida... Por delante de Ingrid no ponía a nadie, porque a ella le había entregado mi corazón, lo mismo que hizo ese bombón rubio conmigo.

Los primeros rayos del día nos hablaron de que la celebración había terminado, dando paso a lo que sería una nueva vida... Una nueva vida con nosotros dos como protagonistas.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: [@jennydelautora](#)

Amazon: [relinks.me/JennyDel](#)